Fray Mocho

REVISTA SEMANAL



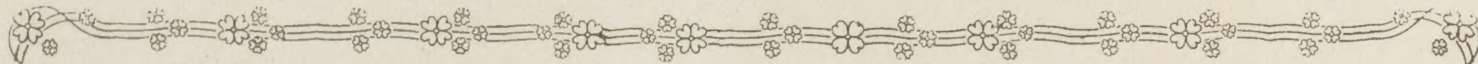
"PRIMAVERA"

Por E. Ferrando

N.° 857

TURISMO Y VERANEO

Puntos climatológicos servidos por los Ferrocarriles del Estado





NAHUEL HUAPI — "El Tronador" visto desde Laguna Frías.

Huelga manifestar que el ferrocarril, como elemento esencial de progreso imprescindible en cuanto a las exigencias imperativas de la vida actual de los pueblos, constituye uno de los factores más importantes para sus recíprocas comunicaciones, intercambio comercial, fomento de industria, movimiento social, etc., y también como vehículo rápido, cómodo y barato para los viajes de placer, que impulsa al turismo hacia las regiones más lejanas y recónditas.

En el país existen diversas zonas turísticas servidas por los rieles del Estado. Las sierras de Córdoba constituyen una de las regiones más visitadas por los viajeros y turistas, los que se dirigen a ellas atraídos por los encantos que brindan sus hermosos y sugestivos parajes serranos, así como también por las grandes comodidades que hallan en los numerosos hoteles que poseen todas las poblaciones situadas a lo largo de la quebrada y en sus pintorescos valles.

Como estaciones climatológicas, los numerosos villorrios de las sierras son muy concurridos en cualquier época del año, pues su clima benigno, sus aguas puras y medicinales realizan constantemente el milagro de curaciones prodigiosas. Es allí, en las hermosas sierras donde millares de personas restauran sus energías agotadas en las múltiples y fatigantes tareas de las ciudades.

BAÑOS TERMALES

Las Termas de Rosario de la Frontera y Baños de Reyes situadas en las provincias de Salta y Jujuy, son suficientemente famosas como estaciones climatológicas y también como establecimientos balnearios de primer orden, en donde encuentran remedios a su males, enfermos crónicos que fueron dasahusiados por la ciencia. Durante la estada en ellos, se puede alternar los tratamientos curativos con la realización de múltiples excursiones por sitios y parajes de extraordinaria belleza.

MAR CHIQUITA-MIRAMAR

Los rieles del Estado tienen el señalado privilegio de pasar a escasa distancia de Mar Chiquita, región balnearia por excelencia, a la cual concurren todos los años numerosos turistas, viajeros y veraneantes.

Este inmenso lago, constituye actualmente uno de los lugares de recreo y esparcimiento más visitado por las familias que desean pasar una grata temporada veraniega. Bordean las dilatadas aguas salobres del lago, preciosas barrancas pobladas de vegetación propia de la comarca y de su agradable clima subtropical. Numeross playas de suave declive hacen las delicias de los bañistas.

En Mar Chiquita, tanto las personas sanas como las enfermas pueden experimentar toda suerte de baños medicinales, como ser: surgente natural, de aguas térmicas a 30 grados C., aguas sulfatadas, clorudadas, sódicas, cálcicas, con apreciable proporción de sales de hierro, yodo, arsénico, vanadio, según diversos análisis efectuados por químicos nacionales; baños termales de las aguas del lago sobresaturadas de sulfato de soda y magnesia, y de gran proporción de yodo; baños de fango con marcadas propiedades radioactivas, fangos radíferos.

Las aguas de Mar Chiquita gozan ya de cimentada fama en todo el país para el tratamiento de afecciones nerviosas, reumáticas, anémicas, neurastenia, dermatosis, surmenaje, agotamiento, denutrición y debilidad general.

A ORILLAS DE ESTE INFINITO LAGO SE GOZA DE UN CLIMA VERDADERAMENTE IDEAL

"Riel y Fomento"

Es la revista que editan los ferrocarriles del Estado, publicación mensual, con ochenta páginas de variada lectura, admirablemente ilustradas. Interesa a comerciantes, industriales, agricultores, ganaderos, viajeros y turistas

Número suelto, 0.20 ctvs. — Suscripción anual, $ 2.—.

GUIA HORARIO OFICIAL

Aparece dos veces por año: temporada de verano y de invierno. Contiene trescientas páginas de nutrida información sobre todos los puntos de la zona que influencian los Ferrocarriles del Estado. Se distribuye gratis. Solicítela Ud.

Por mayores informaciones, Administración General, San José 180. Buenos Aires.

FRAY MOCHO

Fundado el 3 de Mayo de 1912 — Dirección, Redacción y Administración. CERRITO 607

Año XVII — Buenos Aires, septiembre 25 de 1928 — No. 857

20 de Septiembre

Italia conmemora el día glorioso del Estatuto, el 20 de Septiembre de la Brecha de Porta Pía. Fiesta civil que exalta de patriótico júbilo los corazones italianos, adquiere, ahora, en el resurgimiento histórico, toda su magnífica expresión.

El recuerdo florece en nosotros la gracia y la fuerza de Roma, bajo el símbolo preclaro de la Loba del Capitolio y la égida soberana del Foro que marcó al mundo la ruta sagrada del derecho.

Patria gloriosa de la latinidad, Italia está hoy en nosotros, como lo estuvo siempre, vibrando en la llamarada eterna del sentimiento de admiración y fe que conquistara el esfuerzo de sus hijos.

La sabemos infundida en nuestra sangre, en nuestra historia, en nuestra organización; y la sabemos adentrada en nuestro espíritu, en nuestra conciencia de pueblo libre, en las orientaciones de nuestra marcha hacia el futuro.

Italia representa para nosotros, argentinos, el aliento, la atmósfera en que nos movemos, la pulsación de latido en que viven nuestros días.

Desde el genio ligur que avizoró en la Atlántida infinita nuestra posibilidad de existencia, y que guió en las tres carabelas la estrella propicia de la Providencia, hasta esta enorme densidad de esfuerzo, de trabajo, de pujanza dinámica, Italia comprende, abarca, la grandeza de la República Argentina.

De ella vino la mente que vislumbró nuestro destino, y de ella partieron las falanges innumerables que levantaron nuestras ciudades, que arrinconaron y fecundizaron nuestra pampa, que animaron nuestro paso en la conquista de la civilización.

La patria del arte, de la Vía Láctea evocadora, de los circos donde la Cruz se yergue hoy en testimonio de perenne triunfo. Italia! La patria inspiradora de la potencia latina, de su alta dignidad de raza conquistadora y civilizadora, de su epopeya inmortal.

Patria de los Césares Augustos, de los jurisconsultos, de los poetas, de los creadores de la belleza y la ciencia, en cuyas manos sabias la miserable arcilla tomó un perenne aire de vida, y los obstáculos de la naturaleza se disiparon ante el prodigio humano.

Patria de héroes civiles y militares, iluminada por el ademán divino y predestinada a las jornadas inaccesibles.

En el 20 de Septiembre las naciones filiales se agolpan a sus puertas, para saludarla con el aldabonazo de su entusiasmo y para celebrar a su lado el acontecimiento magno.

El Estatuto significó la consolidación definitiva de la unidad italiana. Es la fecha en que sus guerreros bizarros, prontos a cualquiera acción de justicia, devolvieron Roma a la custodia de la Casa Saboya y restauraron su prestigio antiguo de ciudad mater de la latinidad. Es la fiesta civil de Italia. Es, por eso mismo, una fecha bien nuestra, vinculada también a nuestro reconocimiento histórico.

Reverdecerán los lauredes de los Arcos bajo el son de bronce de los clarines; la estatua ecueste donde el Rey Galantuomo erige su querida silueta tendrá la afirmativa significación de un destino cumplido; el bravo caudillo del gorro colorado, y las sombras venerables del Conde Cavour y del ciudadano desterrado en la niebla londinense adquirirán en nuestro recuerdo una presencia cierta.

Italia está hoy en nosotros, repetimos, como lo estuvo siempre, atada a nuestros sentimientos por la admiración y la gratitud.

La República Argentina celebra la ventura del destino de Italia.

Ceñida por los lazos de la sangre y de la tradición, del esfuerzo común y de la inteligencia recíproca, de la esperanza mutua y de la firmeza en los ideales de la civilización latina, nuestro pueblo pone en alto su enseña, y la baja luego en señal de homenaje al paso del 20 de Septiembre, la fecha imperecedera de Roma.

LA MASCARA

Por Sax Rohmer

Los chinos exhibían objetos curiosos de arte oriental en honor de Leonor Cradock en "los bazares" de Cantón. De las manos de un vendedor que podría haber sido mandarín en virtud de su aire solemne y pintoresco atavío, la joven tomó un collar de abalorios de jade y se volvió profiriendo una suave exclamación de alegría, hacia Esmond Falloden.

—Esto es precisamente lo que he estado buscando desde que puedo caminar — le dijo. — ¡Es una maravilla!

—Estás de parabienes, entonces— le respondió Falloden sin poder ocultar la admiración que brillaba en sus ojos. — ¿Quiéres permitirme el honor de que te regale ese collar?...

—¡Oh, no!... ¡Me sería imposible aceptar! Su precio debe ser muy elevado y además he estado economizando en mis gastos desde hace mucho tiempo con el fin de adquirir un collar idéntico a éste en cuanto pudiera.

Al lado de Falloden, otro mandarín tosió suavemente.

—¿Puedo llamarle la atención sobre esta humilde bicoca? — le dijo en inglés con voz sedosa. — Posee ciertas particularidades.

Falloden estudió las manos delgadas mientras sacaban la tapa del estuche. Dentro de él había una joya de escaso valor. — ¡Acérquese más, caballero... vea su humilde perfección! — Y mientras Esmond Falloden cumplía con los deseos del amarillo — Leonor se hallaba todavía examinando el collar de jade en busca de posibles fallas — el chino le dijo en voz muy baja y expresándose en su propio idioma:

—Noble hombre, ten presente que te digo la verdad. No compres para esa hermosa joven el collar de jade de Shu-Shun, pues es portador de terribles calamidades y puede producir la muerte. Lo digo yo, Shian-Tsu, conocido por la veracidad de mis predicciones, a pesar de ser comerciante. — El vendedor del collar de jade prorrumpió en agrias reconvenciones. Tomó la joya de manos de Leonor, le llamó la atención a la impecable de su fabricación y lo acercó al cutis satinado de la joven, donde el color verde pareció resaltar en profundas tonalidades.

—¿Por qué discuten estos hombres? — preguntó Leonor.

Falloden le explicó lo que ocurría, pues conocía el chino tan bien como puede comprender un europeo aquel difícil idioma monosilábico.

—¡Oh! ¡Qué fascinante! ¿Quiéres decir que este collar está realmente maldecido?

Falloden volvió a contemplar las pequeñas cuentas de jade sintiendo un súbito y extraño disgusto hacia ellas. Su color era maravilloso, pero a la vez desagradable, reminiscente de los ojos de la serpiente.

—Parece muy ansioso por deshacerse del objeto — observó. — ¿No sería mejor que buscásemos otro collar?

—Me parece imposible encontrar uno que responda con tanta exactitud a lo que yo he estado deseando todo este tiempo. Además, aunque tenga algunos defectos, no soy supersticiosa — le contestó Leonor. — ¡Como si un collar de cuentas, simples trozos de jade trabajado, pudieran afectar los destinos humanos!

—Yo estoy muy seguro de eso. Aquí en el radiante Oriente, ocurren cosas extrañas. Quiero decir que estas gentes han estudiado lo sobrenatural mucho mejor que los del Occidente. Por otra parte, hace muchos años que habito este país y he visto cosas muy raras.

A pesar de todo, siendo Leonor Cradock mujer y linda, resolvió quedarse con el collar. Falloden abonó el importe de la compra, que parecía ridículamente bajo y se sintió bien resarcido por la satisfacción de la joven. Su alegría por la posesión de las cuentas de jade era casi infantil, y agradaba profundamente a Falloden, cuyas ocupaciones lo habían mantenido, hasta ese instante, alejado del sexo débil, pues era de esos hombres que no titubean en internarse en los lugares más salvajes para realizar obras que más tarde se mencionan con respeto en los libros de historia.

Mientras dirigía la construcción de un camino carretero en China, había conseguido sofocar con éxito una tentativa de insurección, restableciendo el orden y la paz en una comarca cuatro veces más extensa que la misma Inglaterra. A pesar de lo joven que era, consiguió tender un puente sobre un río que se consideraba imposible de atravesar con ninguna estructura. Luego habíale sido necesario abandonar por tres meses el trabajo para regresar a su país a fin de enterarse de la marcha de ciertos contratos demorados. Y fué, en el viaje de regreso, que conoció a Leonor Cradock, mujer completamente distinta a todas las demás que tratara. Era la quintaesencia de la juventud moderna, y además, esquiva. Algunas de las mujeres con quienes alternara habíanse mostrado francamente conquistadoras, lo que hería la susceptibilidad de un hombre a quien la naturaleza y su vida de trabajo habían tornado en soñador e idealista.

Falloden y Leonor se hallaban todavía hablando acerca de las supersticiones de Oriente y su misticismo, cuando la señora de O'Hara y sus gárrutas acompañantes los encontraron frente a un quiosco donde algunos artistas chinos, estaban decorando jarrones de porcelana increíblemente delicados.

—Leonor querida — murmuró la señora de O'Hara. — Acabo de ver una cosa sorprendentemente deliciosa. Tiene usted que verla; venga conmigo, si el señor Falloden puede pasarse sin usted un instante. Se trata de una tienda para mujeres donde no se permite la entrada a los hombres... Y se llevó consigo a la joven, dejándolo solo por un momento. Volvió en respuesta a un suave toque en el brazo, y vió detrás de él al mismo comerciante que le ofreciera el estuche de laca.

—¡Una palabra, europeo! — le dijo en voz baja con tono sedoso. —Es la verdad lo que le dije respecto al collar de Shu-Shun. El mal persigue a todos los que lo poseen, y esto se ha repetido a través de las generaciones. Fué hecho por uno que ultraja al Dios, y fué asesinado al terminar de fijar la última cuenta de jade. Le digo lo que sé. Otras personas murieron antes de que la joya colgase del cuello del ídolo en Fyang-Pue.

—¿Por qué me dice estas cosas, buen anciano?

—Europeo... hubo un joven que hubiese muerto cuando se derrumbó el pilar central del gran puente de Hoshayala, de no haber sido porque el constructor blanco se arrojó al agua turbulenta, para devolverlo a la vida. Fué mi hijo.

—Fué mi único hijo, idolatrado de mi corazón, europeo. Estas cosas no se olvidan, y es porque usted lo arrancó de la muerte entregándolo a los brazos de su esposa, que le advierto de los peligros que encierra el collar de jade de Shu-Shun.

—Dígame, entonces. ¿Cuáles son esos peligros?... Y Falloden afectó una indiferencia que en realidad no sentía. Como le dijera a Leonor, sabía algo de las cosas inexplicables que acontecen en aquel país cuya civilización data de más de cuatro mil años. Había sido testigo de la maldición recaída sobre un hombre, el que muriera sin causas aparentes, después de una terrible agonía. Había también visto apoderarse de una cuadrilla entera de trabajadores, cierta parálisis física y mental, por el solo hecho de haber amonestado a un sacerdote ignorado.

—El mal persigue al poseedor de ese collar, europeo — le repitió el comerciante hablando con rapidez y en tono bajo. — Tal vez yo tenga que sufrir en razón de esta advertencia, pero ese es asunto de mi incumbencia, y mi hijo me es muy caro. ¡La muerte, europeo, y el sufrimiento persiguen a los que tienen ese collar en su poder!

—Es una valiosa advertencia, anciano — le contestó Falloden, pues la ansiedad que demostraba el chino era elocuente.

—Se dice que aquella para quien se fabricó el collar, mujer hermosa cuyos ojos irradiaban la muerte o el amor a capricho, y que le permitiera amar a Shu-Shun cuando la joya estuviese terminada, volverá algún día a reclamar lo que considera suyo por derecho. ¡Guay del que posea entonces la reliquia!

—¡Pero ya lo compré; he abonado el importe que se me pidió por ella. Además, la dama blanca desea ardientemente el collar de Shu-Shun. ¡Vamos, entonces! ¡Dígamelo pronto, porque ya se acerca ella! ¿Cómo puede neutralizarse esa maldición?

Elegía de una tarde de primavera

Sobre el parque, el ocaso, en su postrera
nube, prolonga un vívido reflejo,
flotante en claro lampo de oro viejo,
tal como una arcangélica bandera.

La emoción de la tarde en primavera
fulgura en ese lábaro bermejo,
que allá en el parque, el familiar espejo
del Lago de los mármoles tempera.

Como en un éxtasis de luz tranquila,
mármoles, aguas y florestas funde,
la tarde sonrosada, en mi pupila;

y de la onda en el silencio vago,
con rumbo al sol que en el misterio se hunde,
va un cisne rosa heraldizando el lago.

Ricardo ROJAS

ANECDOTA

El rey Felipe II envió a Roma, en calidad de embajador extraordinario, al primogénito de una de las familias de la más linajuda nobleza, con el objeto de felicitar al papa Sixto V por su elevación al solio pontificio.

Extrañado Sixto V de que un joven imberbe presidiese la embajada de España en tan alta ocasión, no pudo por menos de preguntarle:

—¿Tan necesitado está vuestro amo de hombres, que me manda un mozo sin barba?

A lo que replicó con respetuosa tranquilidad el embajador:

—Si mi rey creyera que la respetabilidad consiste en la barba, os hubiera enviado un macho cabrío.

—¡Sólo mediante el sacrificio, europeo! La entrega de una vida a cambio de otra amenazada!

—Tomaré sobre mis hombros el peso de la maldición — repuso Falloden con una leve sonrisa, y se volvió para saludar a Leonor que había regresado, notando que la joven lucía el collar en su garganta sobre cuya aterciopelada piel las cuentas resaltaban con un vívido color verde.

—¿Quieres entregarme ese amuleto?

—¿Todavía estás preocupado por lo que te dijo aquel comerciante rival? — le contestó sonriendo Leonor, mientras acariciaba con los dedos las cuentas de su collar de jade. — ¡No! Estoy entusiasmada con éste y me quedaré con él.

Ante el tono decidido con que pronunciara estas palabras, Falloden vióse obligado a ceder. En la ciudad que los siglos no han cambiado, la intranquilidad continuaba abatiéndolo; parecíale que en cualquier momento algún terrible infortunio recaería sobre la joven a quien le entregara su corazón. En cierta ocasión, — y esto ocurrió en una angosta callejuela maloliente donde los orífices tenían instalados sus talleres, — un "coolie" semidesnudo comenzó de pronto a proferir gritos, y con la boca cubierta de espuma y las órbitas desmesuradamente abiertas, se acercó corriendo, mientras blandía con intenciones criminales un fuerte garrote de bambú, pero Falloden, que jamás perdía la cabeza en los trances peligrosos, lo derribó hábilmente, sujetándolo luego de su cuerpo. Al regresar junto a Leonor, que, algo pálida, había buscado refugio en la puerta de una casa, ésta tomó entre las suyas una de sus manos, sintiéndose así ampliamente recompensado. El centro de una insalubre callejuela de Cantón, no es el lugar más apropiado para una confesión de amor. Sin embargo, Falloden pensó que era su oportunidad.

—¡Ya lo sospechaba desde largo tiempo! — le contestó Leonor. — Ló sabía; pero no estuve segura hasta que tú te portaste tan valiente con aquel miserable. ¿Estás seguro de que no te has lastimado?

El tono tierno con que pronunciara esas palabras, hizo que Falloden olvidara por un instante las maldiciones y peligros para engolfarse por completo en la felicidad que sólo se presenta al hombre una vez en su vida; cuando la mujer a quien ama le confiesa su cariño.

De regreso a bordo del "Carlotanus", Falloden comprendió que era ya imposible sentirse atemorizado. Tan pronto como hubieron desembarcado de la lancha, Falloden se apresuró a conducir a la joven a un lugar apartado.

—¿Es cierto lo que me has dicho en tierra? — le preguntó sombriamente. — Quiero decir que yo te amo más que a mí mismo, pero... pero...

La joven apoyó sus delicadas manos sobre su hombro y se sonrió manteniendo fijamente su vista. El magnetismo de esa mirada le hizo bajar lentamente la cabeza hasta que sus labios se encontraron, permaneciendo en esta posición algunos segundos, hasta que, de pronto, la joven se apartó.

—Si no hubiese estado segura antes, ahora lo sabría sin sombra de duda — dijo Leonor.

—Supongo que no habrá sido por mi regalo del collar — se aventuró a decir Falloden, tan seguro de su felicidad que no titubeó en jugar con fuego.

—No; no soy de las que se compran en esa forma. Claro está que ha sido una galantería de tu parte hacerme ese obsequio; pero fué cuando derribaste a aquel terrible maniático en medio de la calzada, que comprendí mi sentimiento hacia tí.

Impulsivamente Falloden se sintió tentado de rogarle que arrojara el collar al mar; pero, el ambiente que se respiraba en el "Cariolanus" era tan respetable y daba una sensación tan grande de seguridad, que no tardó en olvidar sus temores. Además, y sin que hubiese dudas al respecto, — el collar le sentaba admirablemente.

—Ahora debo dejar al camarote y presentarme a mi padre, — le dijo la joven, y desapareció por la escalera, dejando a Falloden envuelto en las brumas de un ensueño. — No se sentía atemorizado de presentarse ante sir Edward Cradock — un turista de noble alcurnia que viajaba en busca de salud, — para expresarle su caso. Su posición, por el momento, era buena, pero con el tiempo habría de mejorar infinitamente.

El "Cariolanus" debería partir en seguida para Shanghai; allí Falloden debería tomar el vapor a Ten-han-tow, donde lo esperaba el trabajo en cuestión. Luego el "Cariolanus" seguiría a Nasaki, conduciendo a sir Cradock y su hija en su viaje de recreo, pero... aún le quedaban días de felicidad.

Mientras se hallaba entregado a sus meditaciones, acercóse un bote automóvil, semejando un manchón que se movía rápidamente sobre las glaucas aguas. Un oficial llamó al marinero encargado de la escala, la que fué descendida para facilitar el embarco de los ocupantes del barco.

Falloden, que contemplaba con curiosidad, vió que la recién llegada era una mujer de alta estatura, esbelta y con el rostro oculto tras un tupido velo. Vestía de negro, pero su figura graciosa sugería a una mujer joven. Desde el bote automóvil uno de los agentes del vapor dió en voz alta la noticia de que la señora Hamerlsey había llegado de acuerdo con lo previamente arreglado, y la siguió por la escala, evidentemente orgulloso de su importancia. En el momento en que llegaba a la plataforma un golpe de viento le apartó el velo, y lo que más poderosamente lo llamó la atención a Falloden fué el esplendor inefable de sus ojos. Era muy hermosa; de una palidez cadavérica, y labios rojos como las cerezas. Sin embargo, a Falloden le pareció que en el momento en que sus maravillosos ojos cruzaban sus miradas con los de él, los labios sonreían burlonamente; no obstante, apenas notó el gesto, pues los ojos eclipsaban todas las demás características. Eran verdes como las aguas del mar bañadas con luces de oro... ojos que podían suavizarse con la ternura del amor o encenderse con la rojez del odio. Sus miradas parecían como hacer vibrar sus centros nerviosos. Luego el velo volvió a su posición, un camarero llegó apresuradamente y la señora Hamersley siguió al sirviente en busca de su cabina, mientras el equipaje era rápidamente embarcado.

—¿Una nueva pasajera? — le preguntó Falloden al segundo oficial que se encaminaba a proa para presenciar las maniobras de la partida.

—Sí, señor; así me parece. El

CREPUSCULO EN EL HUERTO

Un azul silencioso de lirios, en el huerto
apaga las hogueras de las rosas carmines,
entra como un suspiro por el balcón abierto
y matiza la nieve de los blancos jazmines

que perfuman la sala. La tarde azul se tiende
en lontananzas de turquesas opalinas,
y es celeste la lumbre de tus ojos, que enciende
las estrellas azules de las noches marinas.

Envueltos en la suave seda de la penumbra
del crepúsculo que vagamente te alumbra,
tiemblan mis viejos sueños junto a tu carne joven;

mientras bajo la blanca custodia de tu mano,
solloza en el profundo sepulcro del piano,
inmensamente triste, el alma de Beethoven.

José MARTINEZ JEREZ

comisario me dijo que sólo hace un momento recibió noticia por telegrafía sin hilos de que venía.

El gong llamando para la cena, sonó poco después que el vapor hubo levantado anclas y navegaba con lentitud mar afuera. Con disgusto Falloden bajó. Ese atardecer radiante en que la luna en cuarto creciente luchaba con la gloria decadente del astro rey por la supremacía, lo encantaba. Al pasar a su camarote le pareció que un perfume delicado y exquisito llegaba hasta él. La señora Hamersley pasó misteriosamente envuelta en un fascinante negligé, y creyó que al pasar se sonreía, pero no burlonamente, sino en forma seductora.

Leonor no estaba presente en el amplio comedor cuando los fatigados, pero felices viajeros se reunieron para la cena. Langham, el taimpan de Hong-Kong, que ocupara hasta ese momento durante el viaje la silla contigua a Falloden, había abandonado el vapor esa mañana. La señora Hamersley fué acompañada al sitio vacante por el jefe de los camareros, demostrando ser una comensal vivaz y agradable. A pesar de que se mostraba atenta con el viejo Cumins, su compañero de la izquierda, por lo general sus atenciones eran para Falloden.

Parecía como si ya estuviese enterada de su historia, y hablaba del puente con admiración. Su esposo fallecido había sido también ingeniero.

—Pero no famoso, por supuesto — agregó con zalamería, — rindiendo así un sutil cumplimido.

—Hemresley... no conozco ese nombre...—repuso vagamente Falloden.

—¡Oh! Se dedicó a la profesión con anterioridad a su época, señor Falloden. Yo fuí, naturalmente, su segunda esposa; se retiró mucho antes de morir, pero la China ejercía una gran atracción sobre él, y a pesar de que yo siempre le rogaba que regresara a Inglaterra, no quería escucharme; pero ahora que estoy sola...vuelvo a mi patria... ¿Ha cambiado mucho en estos años?

—¡No son tantos, al fin y al cabo! — le contestó Falloden sonriendo. La señora hizo un ligero mohín, un gesto delicioso.

—Me siento tan vieja como la eternidad — le respondió. — Debe ser por haber vivido en aquel terrible país, donde mi esposo construyera su morada. Estaba muy interesado en el estudio del misticismo chino, y por aquellos lados parecía existir un manantial inagotable a ese respecto. Pero luego murió.

Parecía dispuesta a seguir hablando, y a causa de su vacilación, Falloden se volvió para contemplarla detenidamente. Sus ojos eran encantadores, fascinadores, seductores, y, sin embargo, desde alguna parte de sus profundidades el alma de una mujer tan vieja como ella aseguraba ser, parecía mirar. Falloden sintió un escalofrío que recorría su cuerpo.

—¡Murió... en forma terrible!— prosiguió la señora Hamersley. — Nadie supo cómo; lo encontramos ya cadáver en su habitación, sin que hubiese proferido ningún grito; no obstante, en su garganta veíanse las señales de unos dedos.

Nuevamente Falloden volvió a mirarla con detenimiento. Sus ojos abiertos estaban inundados de lágrimas, pero aquel brillo burlón borraba la nebulosidad de su mirada.

Un camarero entró apresuradamente en el comedor y habló unas palabras al oído del médico de a bordo, que hizo un movimiento afirmativo con la cabeza, y cosa extraña, dirigió su vista hacia Falloden al levantarse. El súbito llamado de un facultativo en medio de la cena, hizo que los ojos de todos los comensales se pasearan por el salón en busca del posible enfermo.

—Tal vez será algún tripulante o los pasajeros de proa, dijo el indiferente caballero que ocupaba un asiento frente a la señora Hamersley, pero ésta, de pronto quedó preocupada, tan preocupada que olvidó hasta su propia tristeza. Falloden se tornó intranquilo. No faltaban más que dos pasajeros: Leonor y sin Edward Cradock. Trató de echar a un lado el temor intangible que pugnaba por afligirlo, y pensaba por qué habría de asociarlo con el collar de jade verde de Shu-Shun. Pero se alegró cuando, finalizada la cena, quedó en libertad de abandonar el comedor sin dar lugar a comentarios.

A pesar de que amaba a Leonor con toda la fuerza de su corazón juvenil, no se había preocupado por averiguar el número de su cabina, y por lo tanto, se apersonó al ayudante del comisario que encontró al pie de la escalera que daba acceso al salón de fumar.

—¿El camarote de la señorita Cradock? Número trece en esta cubierta. Sir Cradock sufrió un ataque repentino, ¿verdad?

—¿Sí? ¿Qué le ocurrió?

—Tuvo un súbito malestar, pero el médico está con él ahora; fué casi inmediatamente después de iniciada la navegación.

Falloden se alejó en dirección a la cabina número trece, pero al llamar, notó que en ese momento se hallaba desocupada. Por supuesto, —pensaba, — Leonor estaría al lado de su padre; el ayudante del comisario le había informado que padre e hija ocupaban camarotes contiguos.

Esperó un instante y alcanzó a oír un suave murmullo de voces en la cabina número catorce. Luego llegó a sus oídos un agudo grito que pareció morir en el comienzo de un gemido. El ingeniero tuvo necesidad de proveerse de una gran dósis de fuerza de voluntad para no hacer irrupción en el camarote. Pero poco después que el grito se hubo callado, la puerta se abrió, apareciendo el médico, con el semblante de una persona intrigada.

—Es el caso más extraño en que me ha tocado actuar — le dijo. — Sufrió un ataque repentino. Pero ya ha pasado el período de peligro. Fué Leonor quien lo arrancó a la muerte con sus cuidados y atenciones del primer momento.

—¿Ataque al corazón? — preguntó Falloden.

—Sí, hasta cierto punto; lo extraño es que nunca sufrió de afecciones cardíacas; pero... discúlpeme; tengo que ir a buscar mis instrumentos de cirugía.

Evidentemente, le había asegurado a la joven que su presencia allí no podía mejorar el estado de salud de su padre en aquellas circunstancias, porque un instante después aparecía ella también en la puerta. Falloden se acercó con rapidez y la tomó de los brazos. Estaba pálida y sus ojos expresa-



—Y si yo te diera un beso, ¿llamarías a tu mamá?

—¡Seguro!... Pero ahora no está mi mamá en casa...

El pecado

Los hombres se defienden dentro de sus fronteras. El pecado es el reino del hombre como individuo. Un deseo de emanciparse y romper el enlace con un "todo" precede al pecado. El remordimiento que le sigue no es sino el dolor del tirantaz. Los pecados tienen los atractivos de las infidelidades. Son la infidelidad del alma que coquetea con sus esclavos. Constituyen uno de los dominios de la libertad; libertad de hecho, negativa.... Acaso la única, pues que la otra, "la buena", consiste en someterse a la ley. Ambas son moneda recusable; el espíritu está más allá del deber y de la falta. Si nuestra alma se inclina al primero, decimos que los desposorios son legítimos, y si a la segunda, declaramos ilícita la relación. Sin embargo, lo importante en los dos casos es el alma en lo que tiene de espiritual e indiferente; la virtud y el vicio son determinaciones concretas para andar por casa. Sobre la vida, que es día y noche alternativamente, brilla el reino de la luz. Lo ético es un ideal humano para realizar una visión de progreso. Pero fuera de esos límites, la moral no tiene significado. Un acto humano, considerado desde el punto de vista de su bondad o maldad, tiene diversa importancia según los distintos lugares o momentos del espacio y del tiempo. Imaginemos qué puede valer fuera de eas relatividad de tiempo y espacio.

"Entonces — diréis — el mal no existe". Sí, el mal existe. Es mal lo que se hace contra el espíritu o sin espíritu. Además, el mal no tiene eternidad por esencia. La tiene el bien, que no es sino el espíritu. Porque aquél no implica esa eternidad necesaria, vino justamente en el tiempo el "espíritu del mal", que es la obra del tiempo y el intento de la negación del espíritu. Así, aunque el diablo ha perdido mucho terreno, no cabe duda que ejercerá siempre influencia y no se verá destronado mientras exista el mundo, que significa rebelión. El mal fuera de la vida, como eternidad, no parece tener sentido.

Ni el pecado ni el deber tienen ningún valor más allá de las fronteras de la vida. Sin embargo, dentro de ella poseen distinta significación. El segundo es un resorte para desenvolvimientos de la colectividad. La falta viene a ser la protesta del individuo que se resiste a ligarse y a perderse en el anónimo de un todo. El principio de que hemos hablado, superior e indiferente al uno y a la otra, no puede actuar en el mundo, porque se determinaría y se macularía. Sólo adentrándonos en nosotros tenemos noticia de esa única eternidad que nos acompaña en la vida. Y en tanto que el deber tiende a conservar esta última "la vida", el pecado tiende a acabar con ella. Es una manera radical de liberación. Por eso el diablo es anarquista y disolvente.

V. García Martí

ban la tristeza de que se hallaba poseída.

—Ya está mejor, pero ¡fué terrible!... ¡Y tan súbito! — exclamó. — ¡Pobre padre! Yo estaba segura de que se moría. Y... aunque soy tan feliz... hice fervientes votos porque la muerte me llevase en su lugar.

Falloden tragó en seco aquella tétrica perspectiva.

—¡Qué crees que haría yo sin ti? — le preguntó, atrayéndola hacia sí.

Y mientras la besaba, haciendo sonrosar sus pálidas mejillas, un vago hálito de exquisito perfume llegó hacia él. El ventilador eléctrico que estaba instalado en el pasillo pareció haberlo arrastrado. Era el aroma predilecto de la señora Hamersley. También oyó el leve crugir de unas faldas de seda; luego reinó el silencio.

Sir Edward Cradock se repuso rápidamente de su malestar, encontrándose fuera de peligro.

Cuatro días más tarde, paseándose por la cubierta, Falloden se encontró con Leonor.

—Y yo le conté nuestros asuntos — murmuró la joven mientras Falloden la conducía a la borda para buscar un lugar solitario entre los botes salvavidas. — Me dijo que nada tenía que reprocharme, mientras yo fuera feliz. ¡Ah! Y también ocurrió una cosa extraña anoche... tal vez esta madrugada; no sé la hora, pero era todavía obscuro cuando me desperté. No puedo explicarme qué fué lo que me perturbó, pero tenía el presentimiento de que alguien se encontraba en el camarote. Además, tú recordarás lo que nos decía ayer el capitán acerca de la forma en que operan estos ladrones de Oriente, en pareja; uno al lado del que duerme con el puñal levantado y listo para herir en caso de que se despierte, mientras el otro efectúa el saqueo. Así, pues, no me atreví a moverme, ni siquiera cuando una mano se deslizó suavemente debajo de mi almohada, pero en forma tan suave, que apenas podía sentirla. Quedé como paralizada, pero no a causa del miedo; a pesar de que mi cerebro estaba despejado, yo no podía moverme. Y durante todo ese tiempo me alegraba el pensar que tuviera el tino de esconder todas mis joyas, especialmente aquel hermoso collar de jade. Poco después la sensación de parálisis desapareció, extendií la mano y dí vuelta a la llave de la luz eléctrica. Entonces me pareció que todo había sido un sueño, pues no había nadie y la puerta estaba cerrada como yo la dejara. Cuando salté del lecho para cerciorarme si el estuche de las joyas estaba en su lugar, lo encontré intacto.

—¡Cielos! — exclamó Falloden.

—No fué más que una pesadilla... — murmuró Leonor con voz suave.

—¿Quieres hacerme un favor, querida? — le dijo Falloden, súbitamente inspirado. — ¡Arroja ese collar al mar! ¡Vamos!... ¡Hagámoslo ahora mismo!

—¡Qué!... ¿Deshacerme de esa hermosa joya? ¡No,no! Anoche lo lucí, porque tú me lo has regalado... Y ahora lo llevo puesto. ¡Mira! — e introduciendo una mano en los pliegues del cuello de su vestido, le mostró parte del collar.

—¡No soy supersticiosa! — agregó Leonor en tono resuelto.

— Es extraño que tu padre se haya enfermado en forma repentina, casi simultáneamente con la adquisición del collar.

Falloden se humedeció los labios, que estaban resecos como el pergamino; acababa de oír el alegre "buen día" de la señora de Hamersley dirigido a alguna persona invisible.

—¡No digas tonterías, querido! ¡Cómo si un collar de jade pudiera hacer enfermar a mi padre!

—Pero tú sabes lo que nos dijo el anciano capitán. Y, además, es posible que no haya sido una pesadilla lo de anoche.

Siéndole necesario separarse en el salón, llenó el vacío de su alma haciendo votos a un Creador algo nebuloso, y ofreciéndose como un escudo entre Leonor y cualquier mal que pudiera acecharla, sintiéndose así más feliz.

—Tengo que hacer una proposición — dijo la señora Hamersley durante el almuerzo. — Es necesario avivar un poco el ambiente a bordo. ¿Por qué no realizar un baile de disfraz? Se darían premios a las personas que reconociesen, a través de sus máscaras, a mayor número de pasajeros. Luego, a las doce de la noche, todos se quitarían sus respectivos disfraces.

Por su parte Falloden no se sentía muy entusiasmado por la propuesta, pero el alegre viajero sentado frente a la señora Hamersley, que creía haber producido una favorable impresión a la viuda, se mostró partidario decidido, y se hizo eco de la idea.

—Cada una de las mujeres llevará encima el objeto que más aprecie, y los hombres el que menos estimen, — siguió la señora Hamersley. — Después, en el momento de quitarse las máscaras, todos deberán exhibir los objetos que han preferido, y será una gran diversión.

—Yo usaré mi collar de jade— dijo Leonor más tarde. — ¿Y tú qué llevarás?

—No me es posible lucir la cosa que menos aprecio — le contestó Falloden, — pues es mi opinión respecto a la señora Hamersley. Entre tú y yo: te aseguro que le temo a esa mujer.

—¡Tonterías! — repuso la joven. — ¡Como si se pudiese tener miedo a una dama!

—No es que esté atemorizado de ella, sino del dominio que se oculta detrás de sus ojos. ¡No uses el collar, querida!

Pero, como Leonor era mujer, insistió en ello, y los preparativos continuaron su curso.

El baile prometía tener un éxito rotundo.

Llegó la hora de la cena, elevada a categoría de banquete; los ánimos vibraban de entusiasmo, y sobre todos ellos el de la señora Hamersley descollaba por su espiritualidad, aunque un dejo de ansiedad febril acompañaba su alegría.

Cuando los invitados se reunieron en el salón de baile, Falloden buscó en vano a la señora Hamersley. En un principio creyó que le sería fácil reconocerla a causa del brillo misterioso de sus ojos a través del antifaz; pero le resultó irreconocible. Tampoco pudo percibir el perfume sutil y extraño que emanara la primera noche de su entrada a bordo. Sin embargo, contando a los concurrentes, comprendió que debía estar entre ellos.

Cuando se dió comienzo al concurso, fué necesario estudiar detenidamente a cada uno para reconocerlo, pero a pesar de que una a una fué individualizando a todas las mujeres, la señora Hamersley permanecía en el incógnito.

Esto no le preocupaba... Leonor se encontraba allí, y la descubrió por los latidos de su corazón que comenzó a palpitar con fuerza al percibirla, sin conocerla. Acercóse a ella y tomándola suavemente del brazo, le preguntó:

—Supongo que no usarás el collar de jade, ¿verdad?

La joven se sonrió suavemente detrás del disfraz.

—Desde luego. ¿Acaso no es mi tesoro más apreciado? Además, ¿cómo puede ocurrirme nada malo... aquí?

—Efectivamente. ¿Cómo es posible? — La armonía de la orquesta que comenzaba a dejar oír las piezas bailables, concluyó de deshacer los temores, pero sin que por eso dejara de sentir cierta intranquilidad. Le era imposible olvidar la advertencia formulada por el comerciante chino, y hasta le parecía que el amarillo se encontraba a su lado, rozándole el codo para recordarle sus palabras: "Sólo por el sacrificio, europeo; la entrega de una vida a cambio de otra amenazada".

—Tú estás muy serio, cuando yo me siento tan feliz — le dijo Leonor sonriendo.

A las once y media se anunció que, en vista del festival, se servirían refrescos y golosinas.

—Yo no tengo apetito. ¿Y tú?— le preguntó Leonor.

—Tampoco, ¿por qué?

—Parece que no podemos disponer de un instante para estar a solas. ¿Te agradaría que nos retiràsemos a aquel rincón tranquilo? El gran salón había quedado desierto; los camareros desaparecieron para atender el apetito de los pasajeros, aumentado por el ejercicio.

—¡Oh! ¡Qué extraño es esto! — exclamó Leonor cuando se hubo arrellanado en el muelle sillón.

—¿Qué cosa os extraña?—le preguntó Falloden suavemente.

—El perfume...; lo he aspirado en mi cabina cuando me pareció sentir la misteriosa mano debajo de mi almohada. ¡Qué aroma raro! ¡Jamás he conocido uno igual en mi vida!

Falloden olfateó a su vez.

—Debe ser la señora Hamersley! —pensó para sí, y en ese mismo instante oyó una suave risa, infinitamente aterradora.

—¡Mira! — exclamó Leonor. — Por entre los pliegues del cortinado apareció un rostro cubierto de antifaz. Unos ojos que parecían irradiar fulgores de muerte miraron por un instante a través de la abertura del cortinado. ¡Eran los ojos terribles! Falloden trató de moverse, pero el efluvio de aquella mirada parecía embotar todas sus facultades, y sentíase sumido en una parálisis aterradora. Vió una mano que se levantaba y el reflejo apagado del cañón de un revólver que apuntaba.

—¡No, no! — gritó, y rompiendo la inercia que lo encadenaba, incorporóse poniéndose entre Leonor y la muerte que la amenazaba.

Entonces creyó que desde la lejanía llegaba hasta él un suave murmullo que decía: "El sacrificio de una vida por otra amenazada!" En el momento en que se movía, el revólver dejó oír su ronca voz y Falloden calló al suelo. Profiriendo un terrible grito, Leonor corrió hacia la abertura de la cortina, donde ya no se veía el fulgor de los ojos. Regresó al lado del hombre a quien amaba y se dejó caer de rodillas. En ese momento, una mano que no pareció emerger de parte alguna se apoderó del collar de jade de Shu-Shun, arrancándoselo de la garganta.

—Escapó a la muerte sólo por el grueso de un cabello — fué el veredicto pronunciado por el médico del vapor, después de un largo examen del herido. — El proyectil al chocar contra la costilla se desvió... estará restablecido dentro de una semana.

—Me salvó la vida... se interpuso cuando sonó el tiro — exclamó Leonor.

—Lo que debemos descubrir ahora, es a la persona que hizo fuego, — dijo el capitán pensativo. Pero la búsqueda no dió resultado. No existía más que una sospecha: la señora Hamersley había desaparecido por completo. Uno de los tripulantes que se encontraba de guardia sobre la cubierta, declaró que oyó el chapoteo como de un cuerpo que cae al agua, poco después de producirse la alarma.

Más tarde, cuando Falloden se restableció, se atrevió a asegurar, porque conocía algo del misticismo de Oriente, que la señora Hamersley no era otra cosa que la reencarnación de una mujer mala que amara a Shu-Shun, el fabricante del collar. Y, ¿quién sabe?

En cuanto al collar, desapareció misteriosamente con la señora Hamersley.

SOPLO PRIMAVERAL

Sobre los campos yermos, una temperie leda,
Dilata ya un perfume vago de vieja seda.

Los durazneros donde tiritan aun las rachas,
Adoptan el sencillo rosa de las muchachas.

En los cardos tenaces pone el rocío perlas,
Y vale ya la pena tratar de recogerlas.

Cobra de nuevo un claro sentido la laguna,
Y en su plata sin cuño se amoneda la luna.

Conmueven ya la quinta misteriosos engendros,
Y, de blancos, parecen ángeles los almendros.

Leopoldo LUGONES

EL PERRO



Al zaguán de esa casa de aldea, entraba todas las tardes la vieja con su hatillo de hierbas de remedios. Traía la zarzaparrilla en coronas secas, colgando de sus brazos esqueléticos; la zarzaparrilla que nunca vimos sin acordarnos de aquellas espinas que circundaban la cabeza ¿rubia? del Galileo; el eucalipto que se hace hervir en el cuarto de los asmáticos y deja en él un olor de alameda; y en los días santos llegaba con gajos de olivo, de suave tonalidad de plata, que pierde al fin tras los cuadros entre polvo y telarañas.

En ese zaguán grande y fresco, sombrío y húmedo, uno se sentaba alguna tarde de verano a leer novelas. Pero a veces le invadía un voluptuoso sopor y cruzadas las manos sobre el libro, miraba al patio silencioso las horas muertas. Allí bajaban las palomas y se posaban al borde del pozo... Entraba entonces la vieja precedida de una salutación cristiana y de un perro, de un miserable perro de rebaño, todo husmeo y desconfianza. Amaba maternalmente al perro y si de él decía, se le encendía el entusiasmo:

—¡Mi gran compañero! Es fiel como la esperanza e inteligente como un hijo. ¿Y bello? ¡Ah!, es bello. Se diría que su lomo es de terciopelo, ¿y no parece que tiene reflejos? ¿y los ojos? Se piensa en piedras preciosas que palpiten.

Y al pobre perro que olía el blanco umbral, uno miraba y callaba, porque si a los pobres se le quita la ilusión, ¿qué les queda?

Era un perro sobrado atrevido e imprudente. En los pasos a nivel la vieja lo alzaba en los brazos y lo alzaba también cuando en el camino topaban con un rebaño de vacas.

Como era joven y la juventud le temblaba en los músculos, se desasía violentamente de los brazos ancianos y poseído de una locura de energía, se echaba a correr por los campos de alfalfa tierna y cardo erguido. Entonces el sol le deslumbraba de un torbellino de luces y el aire matinal le trastornaba los sentidos.

Y aunque era miserablemente pobre, no hubiera trocado su vagabunda vida, casi pordiosera, por la otra, la de la casa donde hay regalado y cómodo pasar. Tenía el valor de su instinto. Esto se supo cuando quedó encerrado en la casa, donde hubo intención de guardarlo definitivamente con todas las prerrogativas que se hubieran dado al galgo de un rey. Para acariciarle eran todas las manos dulces y apacibles como manos de filósofo y las voces que le llamaban adquirían flexibilidad de sedas.

Pero él, con la mirada temblorosa de emoción, cierta vez dijo, en el silencio del corredor umbroso con sus ojos locuaces:

—Gracias, gracias, pero quisiera echar un vistazo a mi casa, tan grande que no hay columnas que sostengan su techo agujereado de estrellas.

Y como habían dejado la puerta un tanto abierta para que entrase el olor de la tierra húmeda, por ella se echó a la libertad, ladrando a la luna que en ese momento se hundía en los cipreces, como una perla en una cabellera.

¡Ah! era un perro que tenía el valor de su instinto. Algunas veces lo sienten también los viejos, pero ya es tarde. Entonces los viejos reclinan la frente en la mano y miran la luna, tan cansada, pero tanto, como una frente que se reclina en la mano.

Enrique BANCHS

CONYUGAL

El marido. — ¡Qué feliz hubiera sido yo si algún estúpido, idiota, te hubiera pretendido antes que nos casáramos!

La mujer. — Ya me pretendió, querido.

El marido. — Bueno; pues ahora estaría yo encantado si se hubiera casado contigo.

La mujer. — Ya se casó, querido.

EXAMEN DE HISTORIA

—¿Quién descubrió las Américas?

—¿...?

—Hombre, ¿no sabe eso?-

—No, señor.

—Recuerde bien... el gran navegante que no se sabe dónde nació.

—¿... ?

—Sí, hombre que salió del puerto de Palos.

—¿...?

—¡¡Colón!!

El chico se marcha.

—¿Dónde va usted?

—Dispense; ¡como oí que llamaba a otro alumno!...

EL LADRON

Mientras la virgen rústica dormía
cercano el lecho a la ventana abierta,
y su hermosura, a la penumbra incierta,
un cisne en un remanso parecía;

yo, que la contemplaba y que sentía
toda la sangre de mi ser despierta,
estuve a punto de gritar: "—¡Alerta!",
cuando pasó el ladrón la celosía.

Yo le vi penetrar por la ventana;
vile llegarse, de cautelas lleno,
al lecho de la virgen aldeana...

¡Era un rayo de luna que, sereno,
Besó su casta desnudez pagana,
tembló de amor y se durmió en su seno!

José de J. ESTEVES

POSTRERA JUSTICIA

Era un ladrón que llevaba consigo, como devastadora fuerza natural, la furia del robo. Robaba a la manera que cantan ciertos pájaros y al modo que otros cantan; porque Naturaleza le impedía apropiarse lo ajeno contra la voluntad de su dueño, donde quiera que fuese y de quién quiera que fuera... Nada le significaban la hora, ni el sitio, ni la oportunidad; cumplía fatalmente su función y acabó por encontrar en ella un motivo de orgullo satánico. Era la *gazza ladra* con inteligencia; pero viciada, orientada hacia el delito.

Y siempre reconoció en el prójimo una presa posible, más o menos valiosa. Robó en todos los campos de rapiña: sustrajo efectos mobiliarios y metálicos, usurpó nombres, arrebató virtudes, suplantó estados civiles, hurtó ideas... Introducíase en los hogares a título falso de amigo, y salía de ellos llevándose infaltablemente alguna cosa, cualquier cosa. Si no podía cargar con algo mejor, un pedazo de honra le bastaba con tal de no perder el tiempo...; y creía haberlo perdido cuando no robaba.

Aquel hombre, sobre todo sus señalamientos de pila y de casta, tenía un primer apellido desde la cuna. Llamábase Robo.

* * *

Era un asesino que no se cansaba de matar. Al nacer, mató a su madre; luego, en el entero curso de su existencia destructora, siguió matando a diestro y siniestro. Mató cuanto se puso al alcance de su ciego encono. Su mano, primero se trocó en garra, después en puñal; su brazo era el mango de ese puñal. El gran sacrificador acabó por creer que el vivir suponía la necesidad de matar, y que la tierra, inmenso campo de batalla, debía convertirse en un cementerio. El símbolo sagrado de su religión era una horca alzada sobre un cadalso, besada por un rayo de sol color de sangre.

Todos los principios, todos los ideales, para él, conducían a la muerte. La vida le ofrecía una cara roja, la historia una cara fúnebre, el porvenir una cara enemiga... En montón, sin distinguir, había matado seres, cosas, ideas, reputaciones. Adoraba la Revolución Francesa, no por lo que creó sino por lo que aniquiló, y en Danton glorificaba, por encima del tribuno y del patriota, al autor de las matanzas de Septiembre.

Cuando destruía algo inofensivo, y se lo echaban en rostro, respondía:

—Es que lo inofensivo será mañana dañino.

Aquel hombre, fueren cuales fueren sus apellidos de familia, apellidábase naturalmente así: Muerte.

* * *

Era un mentiroso que no conocía más consecuencia que la de la mentira. Se mintió a sí mismo y mintió a los demás desde que comenzó a balbucir. Mintió una fe que no poseía, una ciencia que no disfrutaba, una nobleza y una generosidad que nunca tuvo. Nunca tampoco dijo su nombre verdadero y se murió sin saberlo y sin decirlo, como la heroína de un famoso cuento de Daudet.

Se llamaba Mentira.

* * *

Un día se encontraron a través del mundo el ladrón, el asesino y el mentiroso: robo, muerte y mentira.

El ladrón robó al asesino su puñal, el asesino mató al ladrón después de herirle en el orgullo de su oficio diciéndole que el robo podía ser una forma del asesinato, y el mentiroso, para serlo hasta el fin, siendo justo en el fondo, llamó al ladrón asesino, y al asesino ladrón.

Y de esta suerte surgió la Justicia del seno del Crimen.

Francisco GONZALEZ DIAZ

El final de un "flirt"

Por Emilio Baquero Gil

I

A razón de muchas millas por hora navegaba el trasatlántico por aquel mar interminable, entonces con las aguas dormidas. Era la hora silenciosa de la siesta tropical. Sobre la superficie de las olas deslumbraba diamantino el sol y con rítmica pereza el agua se mecía, murmurando la canción de su nostalgia inmensa, la monótona romanza de su majestad.

Apenas se oía un rumor a bordo. Algunos pasajeros, pocos, reclinados sobre los cómodos sillones, al amparo de los toldos abiertos, leían dormitaban o pensaban, paseando por el misterio diminuto de su inteligencia un ensueño para lo futuro o la majestad de un recuerdo cualquiera. Porque hacía ambos horizontes se dirige siempre el pensamiento humano; hacia lo que fué, hacia lo que será, los dos interesantes proscenios que posee el teatro de la imaginación, porque en ellos se encierra nuestra tragedia. Un buque navegando en alta mar es un mundo pequeño, un minúsculo planeta. Y ante semejante consideración los pasajeros sentían la tristeza del aislamiento...

En la dirección del aire, y casi ocultos por un lote de cuerdas a los ojos de cualquier inoportuno, Eulalia y Pepe hablaban de sus amores misteriosamente. Apenas paraban mientes en este idilio los demás pasajeros; para los que ya han amado, el idilio ajeno es un álbum de poesías sin alicientes, puesto que se las saben de memoria; para los que lo desconocen, el amor es un libro de fábulas bonitas, cuyo texto misterioso, por lo anodino que les resulta, les empalaga. Mejor para los amantes: ¡así pueden conjugar su divino verbo sin oyentes molestos!

—Sí, Eulalia, sí; nuestra navegación es un purgatorio lleno de sedantes martirios. Los convencionalismos sociales constituyen una cornisa de fuerza para nuestro Cupido. ¡Qué mala es la sociedad, qué torpe! ¡Echa mano de las disciplinas moralistas para castigarse a sí propia!

Sin querer, los navegantes se hallaban tristes, contagiados de las nostalgias del mar; hasta para el dichoso amor resulta nocivo ese vago sopor de a bordo, sopor exquisito que apaga las risas, que hasta empantalla, poetizándolas, las explosiones de hilaridad.

—Tienes impaciencias injustas... Tú sufres más que nadie debido a tu libre manera de pensar; olvidas que eso que tú consideras impertinentes convencionalismos sociales son el único freno social que moraliza nuestras costumbres. Sin tales convencionalismos las pasiones y los vicios se desbordarían, y al amparo de la impunidad la tierra, presidio suelto, llegaría a quedar envilecida.

—¡Claro está, tantas licencias no!... Mi anarquía no la comprendes, es más bella. Hay exageraciones inexplicables; pero yo mataría con los dientes, con las uñas, al que me disputase tu cariño, al que osase compartir conmigo tus amores, compendio de todas las bellezas y todos los deleites que puede concebir la humana imaginación.

Emocionado Pepe, calló. Eulalia, halagada, dibujó una sonrisa en sus labios; una deleitosa sonrisa, significación de la exquisita felicidad. Luego, cogiéndole a su novio las manos cariñosamente, le dijo:

—¡Que locos somos!

Pepe asintió.

Y una palomita blanca como la nieve, que nació en el buque y que era la simpática amiga de los navegantes, al verse sola emprendió el vuelo, perdiéndose entre la bruma...

II

Otra noche más plácida y calurosa se vino sobre el mundo.

La navegación un poco excesiva se hace penosa por lo aburrida; parece que las horas duran el doble, que los minuteros de los relojes se duermen. En verdad que a bordo no hay miedo de que falte tiempo para suspirar.

Luego de haber encontrado un rincón apartado y sombrío, Eulalia y Pepe, reclinados de codos sobre la borda, reanudaron el hilo de su charla de amor. Este romántico tema, así como la romántica belleza del mar, no se agotan nunca; siempre hay entre dos novios algo nuevo e interesante que decirse; únicamente cuando llega el mútuo hastío es cuando llega el desenlace de la narración.

Y así, debido a las estrambóticas ideas de ambos amantes, sus diálogos iban haciéndose más difíciles cada vez.

Eulalia, aun a través de la ceguedad de su amor, llegó a percatarse del peligro.

—¡Eso no!... — pensaba. — ¡Caer! ¡No cederé no cederé! Hasta el fin será mi ánimo valiente.

Pero no advertía, como no suelen advertirlo las mujeres, que no hay día que pase que no tenga en su horario un minuto traidor...

Sobre la voluntad impera la materia, déspota invicta que hasta en las más austeras regiones de la moralidad gusta de pasear cínicamente el pabellón repugnante de su escándalo.

Hay un violento vaivén en el buque. Ambos, que están sigilosamente cuchicheando, tropiezan, y al leve entrechoque de sus cuerpos se excita la pasión.

—¿Te mareas? — le dice él muy dulcemente.

—No.

—Pues bien... ¡Yo sí! Me mareo de cariño, de idolatría...

E inconscientemente la estrechó, contra sí. Ella se rebeló con dignidad, como virgen ofendida.

—¡Eso no! ¡Eso no! No puedo...

Añadió Pepe implorante:

—Pídeme la vida en cambio y te la doy!...

—Mira — le advirtió con una firmeza extraordinaria, — como quieras; yo no te digo que no; mucho te quiero para decirte tal cosa. Pero escúchalo, fíjate: será para que consumado nuestro sacrificio me permitas morir después... ¡Qué muramos los dos!

A pesar del tono con que Eulalia pronunció sus palabras, en el rostro de Pepe apareció una sonrisa.

—¿Te ríes? Pues yo no. ¡No! Te lo digo de verdad.

—Pues en ese caso — murmuró Pepe entre burlas y veras, — pues en ese caso moriremos juntos.

—¡Trato!

—¿Trato?

—¡Formal!

—¿Formal?

Ahora ya las miradas de ambos brillaban como el acero. La realidad espantosa y fúnebre les enloqueció. La locura brotó simultáneamente en sus cerebros. Lo que empezó siendo un "flirt" tomó las proporciones de un drama colosal.

—Yo acepto — musitó Pepe convulso y enloquecido.

La noche tendió su manto traidor sobre aquella ciudad flotante, envolviendo en sus tinieblas el colosal idilio.

—¿Te atreverás? ¿Tendrás valor? — decía Eulalia.

—¿Cómo no? ¿Por ti?...

—¡Te creo! — susurró con pasión.

III

La aurora, con su majestuosa y multicolor claridad asoma por el Oriente...

Continúa silenciosa y solemne la cubierta del trasatlántico; nadie hay en ella.

Solamente los dos, agrupados en su sitio favorito, tiemblan, poseídos de una emoción exquisita y heroína.

Ella sonreía y lloraba al mismo tiempo.

—¡No llores; no llores tú, alma mía, nenita. ¿Por qué? Si quieres, yo no tengo inconveniente en cumplirte mi palabra y morir.

—¡Ni yo, ni yo!...

—Entraremos abrazados en la agonía, con los labios fundidos en el último beso.

Trágicamente enloquecidos, se pusieron en pie, se arrimaron a la borda, uniéndose en un supremo abrazo de hierro, y se dejaron caer...

IV

...Ya llevaban un rato flotando, a lo lejos, entre las olas.

Se sostenían milagrosamente. Ella encima pugnaba por desasirse por soltarse; pero él la aferraba con sus brazos, llevándola hacia dentro, hacia lo infinito.

¡Larga y trágica lucha!... Pepe estaba exhausto, sin fuerzas; los brazos se le abrieron solos; la joven quedó suelta...

Eulalia nadaba, ¡se alejaba!... Del buque, parado en la lejanía, se destacó un bote.

—¡Aquí! ¡Aquí! — gritaba la voz femenina. — ¡Que me ahogo! Iba perdiendo la resistencia.

Cuando llegó el bote de salvamento echóse al agua un marino fornido.

El marino la asió. La joven, abrazada a su cuello, de agradecimiento le besaba en los labios.

—¿Y el náufrago? — preguntó otro marino desde el bote.

—Es inútil, no vayan — dijo Eulalia. — ¡Le dejé muerto ya!...

V

Rompe la marcha nuevamente el trasatlántico.

—¡Dios mío! ¡Aún flota allí el cadáver! Se le ve desde aquí.

La joven señala curiosamente con el brazo extendido. Los demás, guardando silencio, miran también.

En esto, la palomita blanca abandona el buque y se aleja hacia el mar.

—¡Va allí la paloma!—dijo uno.

—Es verdad.

Observaron. La paloma llegó. Vieron como se posó sobre el cadáver flotante. Más tarde, el muerto y el ave se sepultaron en el tenebroso abismo...

—¡Es claro! — dijo Eulalia al entrar en la enfermería. — ¡Como Pepe, poniéndose miguitas en la mano, la daba de comer!...

Por la senda florida

Glosaremos unidos nuestra canción ingenua
Bajo el beso de plata de Selene propicia,
Una luz de ternura brillará en nuestros ojos
Y en nuestros labios, presta surgirá la sonrisa.

Por caminos ocultos a la turba prosaica
Do el Silenciario impera con faz vigilativa,
Brindaremos las flores de nuestro pensamiento
Y serán una sola nuestras almas unidas.

Seguiremos la ruta del Amor y la Gloria,
Cruzados del ensueño, Señores de la vida...
El amor sublimado forjará nuestro escudo
Y el sentir apolíneo será nuestra divisa.

Y olvidados del mundo... olvidados de todo
Lo que no fuere aquella ilusión concebida,
Glosaremos unidos nuestra canción ingenua
Bajo el beso de plata de Selene propicia.

Félix ARGOTA SALINAS

A UN BUZON

Viejo buzón, erguido centinela
siempre de rojo estás en la tran-
|quila
calle, nunca descansas
de la dura fatiga!
Las noches son tus buenas confi-
|dentes...
y te acarician al pasar los días,
y siempre estás igual, siempre es-
|cuchando
el dolor, la inquietud, o la alegría,
de los que vuelvan en tu seno obs-
|curo
Su corazón grabado en cuatro lí-
|neas!

Félix B. VISILLAC

CÓMO CONSEGUÍ LA FELICIDAD

Me sentí retenido de un brazo en pleno boulevard de los Italianos, mientras perseguía con cierta insistencia amatoria a una rubia *girls* Mi sobresalto convirtióse en sorpresa al reconocer, en el individuo que me detenía, a un camarada del colegio, Mauricio Vernot. Nos dirigimos a un café. Después de las preguntas de ordenanza en estos casos, me dijo:

—Te voy a contar la epopeya de mi existencia por la que soy rico y feliz. Ya sabes que yo era pobre, excesivamente pobre, a pesar de tener un tío millonario.

El trabajo me producía náuseas. Trabajar para vivir era una teoría absurda, impropia de un espíritu culto y refinado.

Pasaba mil trabajos con tal de vivir sin trabajar.

Un buen día, mi excelente tío me invitó a cenar. A los postres me comunicó la grata nueva de que había hecho testamento a mi favor.

—Tío, ¿piensa morirse pronto? — le preguntó con cierta delicadeza.

—Sobrino, pienso vivir todavía unos años...

Aquella contestación sencilla me hizo sensitivo y persuasivo.

Después de algunas consideraciones para convencerle de que se debía morir pronto, le hice escribir una carta al juez de guardia comunicándole su decisión radical de suprimirse de este valle de lágrimas, y, luego, lo más delicadamente posible para no estropearle el físico, le deserrajé en la cabezota dos tiros.

Lloré su muerte con gran desconsuelo. Soporté un luto riguroso y tomé posesión de la herencia satisfecho de mi suerte.

Me lancé a una vida fastuosa, llena de placeres y diversiones. Frecuentaba mucho los cabarets, y un día, en uno de éstos, se me acercó un viejo elegante, que después de algunas cortesías me invitó a tomar con él una botella de champagne.

—Soy míster Guad y le rogaría se prestara a una confidencia.

—Estoy a sus órdenes, míster Guad.

—Es una cosa muy sencilla Conozco por referencias la habilidad que posee para suprimir obstáculos a fin de heredar. Yo tengo un suegro sin educación, un avaro, un hombre que ronca descompasadamente...

—¡Comprendido, señor! Puede usted encargar a un apache que lo suprima.

—¡Oh, señor!... El contacto con criminales me altera los nervios y además es peligroso. La Justicia descubre siempre una pista segura para estropearlo todo. Para ello hay que ser un verdadero intelectual. Yo le daría a usted lo que me pidiera.

—No necesito dinero. Prometo estudiar el asunto; y si me decido, se lo haré por pura simpatía.

Al día siguiente me presentó a su mujer y a su suegro como un amigo recién llegado de la India.

Su mujer era una muchacha encantadora, que alteró mi corazón. La simpatía fué mutua. Intimamos tanto, que llegamos a adorarnos en silencio.

El viejo era un asmático empedernido. Un día pude convencerle de que el asma desaparecía si al bañarse tenía sumergida la cabeza en el agua durante media hora. El buen hombre puso en práctica la receta, ayudado por mí, y apareció ahogado en el baño.

Míster Guad me dió las gracias efusivamente y, sin respeto al luto más elemental, comenzó el derroche de la fortuna del fallecido suegro.

Mientras tanto, mi amor por su mujer, que abandonaba por la francachela, subió a una temperatura de cuarenta grados.

Le manifesté mi amor en cálidas palabras, y ella, lánguidamente, me comunicó que cuando fuera viuda me amaría con loca pasión.

Esto me hizo tomar una resolución radical. Aquella noche acompañé a míster Guad al cabaret. Le hice beber hasta emborracharse. Luego, como buen camarada, le acompañé a su casa y le ayudé a meterse en el lecho. Cuando el buen hombre roncaba desasosegadamente su borrachera, le introduje en el costado izquierdo, hasta pinchar en el corazón, un fino estilete veneciano. Su muerte fué fulminante y limpia. El rojo y pequeño orificio producido por aquella incisión lo tapé con un poco de blanca cera y avisé al médico de la casa de socorro. Este certificó su defunción a consecuencia de un ataque cardíaco.

La bella viuda no lloró ni expresó el más leve dolor por la muerte de su esposo. Comprendió que aquel suceso imprevisto le hacía feliz, y toda emocionada me declaró su amor.

Ya ves, mi querido amigo, cómo con un poco de talento se consigue fortuna y amor para gozar de la vida.

Antonio VALERO DE BERNABE

SACRIFICIO

Por Francois de Nion

A pesar de su tristeza experimentó Luis cierta satisfacción al entrar en la sala: la señora Laprade se hallaba sola. Las visitas inoportunas no irían sino de seis a siete. Tenía media hora por lo menos para él; había elegido bien el momento.

En cambio, una pequeña nube de contrariedad y temor obscureció por un instante el rostro de Julieta, pero dominó ésta en seguida su impresión y alargó la mano al recién llegado.

—¡Qué temprano ha venido usted hoy!

—Es porque tengo mucha prisa.

—¿De veras?

—¡Hay tantas cosas que hacer, la víspera de un viaje!

Julieta tuvo que hacer un esfuerzo para reprimir un grito.

—¿Se va usted? ¿Adónde?... ¿Por mucho tiempo?

—Poco importa dónde y que sea para siempre...

—¿Qué quiere usted decir? Hasta ayer...

—Ya estaba resuelto ayer: lo estoy desde hace un mes.

Comprendió ella, y no pudo decir más que:

—¡Amigo mío!

—Sí, su amigo, ¡nada más que su amigo! ¡Sé que hago mal amándola a usted de otro modo! Sé que, confesándoselo, la he ofendido a usted; pero así es y no puedo evitarlo: la amo a usted apasionadamente.

—¡Señor Servien!... ¡Le pido a usted!...

—No, señora: no busco pretextos para fastidiarla todavía... Mis declaraciones...

La señora Laprade sonrió y Servien sorprendió su sonrisa.

—¿No le parece a usted que esta frase de amor es trivial y tonta, inferior al sentimiento inmenso que debería expresar? Declaraciones, hacer la corte, "flirtear"; todos estos modos de decir, nuevos o viejos, son muy vulgares; la idea es tan elevada, tan trágica, ¡tan terrible!... Esta idea me ha vencido; me aleja, me destierra, porque la quiero a usted. Bien podía dejarse decirle que la quiro, ya que me voy.

—Pero es una locura, mi querido amigo. Abandonando su país pierde usted su situación y destruye su porvenir: hará usted infeliz a su madre, bien la conozco yo; se desesperará...

—No puedo vivir cerca de usted y sin usted.

Calló la señora un momento, como para reconcentrar sus ideas; sus delicadas cejas se fruncieron.

—¡Vamos, mi amigo!... Bien sabe usted que soy casada, que tengo mucho... aprecio por mi esposo, que... en fin, soy una mujer honrada.

—¡Ah!

—Pues bien; es usted muy atento. ¡Le doy las gracias! — Pero su sonrisa se extinguió a medida que tomaba forma una idea en su pensamiento.

—No debe usted partir; no quiero tener que hacerme este reproche... ¡Dios mío! ¡Qué romántico es usted! No es usted de nuestro tiempo.

—Soy de una época en la que se puede morir de amor.

Julieta hizo un gesto como si se le ocurriera una idea repentina, aunque precisa y definida ya en su pensamiento.

—¿Y si yo le pidiera, no que muriera, sino que me diese una prueba absoluta, única, de su afecto por mí?

—Salvo en no quererla más, estoy dispuesto a obedecer en todo.

—Dígame, ante todo, que me obedecerá como me lo ha prometido. ¿Vacila? Ya ve usted, ¡ese gran amor dispuesto a todo!... Me equivoqué.

—¡Me hará usted enloquecer!... ¡Pues bien! Haré lo que usted quiera; lo acepto todo de sus manos. No me diga usted quién: me es completamente indiferente.

—Es mi hermana.

¡Ana!

—Usted es un hombre muy agradable, tiene fortuna, su familia es muy honorable y tiene usted un lindo porvenir. Ella es encantadora, tiene una dote no despreciable y es muy bien educada; es algo como una hija para mí; a usted lo querré como un hermano, como un hijo.

—¡Ana!

—¿Pues?...

—Se parece demasiado a usted.

Julieta miraba ávidamente al amigo. Al oír estas palabras no pudo reprimir una turbación.

—Se la doy: ámela usted en mi lugar.

—¡Ah! ¡No tiene usted conmiseración!... O, más bien, no: no ama usted .

—Amo tal vez a mi esposo, querido amigo. No, es admirable esto: parece que considera usted la cosa como imposible. ¡Ya verá usted cuando se haya casado!

—¿Puede usted suponer por un instante que me case con su hermana?

—¡Sí, lo supongo! Me lo ha prometido usted. ¡Ah, querido Luis, no me niegue este placer!... ¡No rechace usted la felicidad!

—Pero... ¿no sería una cosa odiosa?

—¿Y por qué? Bien conozco a mi amigo, y sé que Ana será completamente feliz con usted. La querrá usted mucho, no lo dudo. No, mi amigo, tranquilícese; jamás le propondré una cosa odiosa.

—¿Nunca me querrá usted?... ¡Así sea! Haga de mí lo que usted quiera.

—¡Qué cara de entierro!

Julieta le alargó la mano, temblorosa...

—¿No ve usted que le doy todo lo que puedo darle de lo mío?

—¿De veras? ¿Haría usted cualquier cosa por mí?

—Todo. Le pertenezco a usted disponga usted de mí de cualquier modo extraordinario y absurdo. ¡Qué feliz sería si pudiese probarle que nadie la quiere a usted como yo!

—¡Pues bien! ¿Si le pidiera que se casase usted?

Servien se sobresaltó y dijo:

—¿Casarme yo? ¿Quiere usted burlarse?

—Ya ve que no lo haría usted, aunque se lo pidiera yo.

—¡Casarme!...

—Sí; hacer feliz a su madre de usted, quedarse en su país, volverse razonable... obedecerme, en fin. ¿No es nada eso?

Pronunció esta frase con coquetería.

—¡Casarme cuando la adoro a usted!

—¡Hay tantos que se casan sin querer a nadie!... Pero no conoce usted a mi candidata. ¿No adivina usted?

—No.

Entraron dos señoras prodigando saludos y perfumes. Cambió la atmósfera y la vida convencional sucedía al drama. Servien permaneció un instante silencioso; luego dijo unas cuantas palabras triviales, saludó y se retiró con cara alegre, como si no llevase la muerte en su corazón.

* * *

En el umbral de la puerta, Ana, en traje de viaje, se arrojó al cuello de su hermana.

—¡Oh! ¡Qué feliz soy! Puedo decírtelo ahora: desde hace mucho tiempo lo quería.

—¡Ana querida!

—Y él, él también me quiere; me lo ha dicho con tanta ternura, nohace mucho, en el carruaje, al salir de la iglesia.

—¿Te lo ha dicho?

—¡Oh! ¡Tenía tanto miedo yo!... En un principio, parecía tan distraído, como si pensara en cosas lejanas...

Se oyó una voz desde abajo:

—Ana: vamos a perder el tren.

La recién casada murmuró al oído de su hermana:

—No es cierto: vamos a su casa; no saldremos sino dentro de ocho días. Me parece que empieza mejor así nuestra luna de miel — y se sonrojó.

—Ve, Ana; tu esposo te espera.

Desde su aposento, Julieta oyó el carruaje que llevaba a los dos felices.

Desapareció entonces de súbito su energía y estalló en sollozs.

—¡Sin embargo, lo amaba!

La criada le tiró de la manga.

—¿Se siente usted mal, señora? ¿Quiere que la ayude a desnudarse? El señor la espera para comer.

—Voy a ir... dentro de un momento.

La sacrificada se secó las lágrimas con ademán resuelto, y fué a sentarse frente a su esposo.



EL DOCTOR. — ¿Qué suda mucho? ¿Y qué...? Usted no olvide que una hipersecreción cutánea elimina las toxinas "ipso facto".

LA ESPOSA. — ¡Pues está perdido porque se me va a olvidar!

La rosa blanca

De tu pecho en la nieve nacarada
la nieve de una rosa contemplé;
que trémula, silente, enamorada,
el alma de la pena imaginé...

Alzando hasta tus ojos la mirada:
Señora, por mi vida — interrogué —
¿es símbolo esa rosa, desmayada,
de algún Amor, que asesinado fué?...

Descendió el gentil lirio de tu mano
hasta besar la nieve de la rosa...
Y en un dulce lenguaje sobrehumano:

Esta rosa tan blanca — me dijiste —
que agoniza en mi pecho ruborosa;
es símbolo de un alma: ¡blanca y triste!

Diego NOVILLO QUIROGA.

Las apuestas de Wilkins

Habíamos sido abandonados — otro pasajero y yo — en aquella frágil embarcación, que una ola un poco fuerte haría zozobrar.

Cuando se perdieron de vista las últimas lanchas de salvamento exclamé:

—¡Estamos perdidos!

—Apuesto cien dólares a que estamos salvados. ¿Acepta usted? — dijo mi compañero.

Me era igual. Por cortesía hice un gesto de asentimiento.

Durante horas y horas estuvimos a merced de las olas. El crepúsculo. La noche. Un cielo de luna clarísima.

—Y así podemos estar varias semanas.

—Es posible.

—Moriremos de hambre y sed.

—No. Apuesto cien dólares a que no tendremos sed. ¿Apostado?

—Sí — dije, encogiéndome de hombros; — pero por lo pronto yo rabio ya de sed.

Del fondo de la barca sacó una botella.

—La mitad para mí.

—Repartimos el líquido.

—¡Y pensar que me había embarcado para hacer fortuna! — exclamé.

—Apuesto cien dólares a que hacemos fortuna. ¿Aceptado? Bueno.

—Es un maniático — pensé. Y mi compañero dijo:

—Me llamo Wilkins.

* * *

A media noche mi compañero exclamó:

—¡Una isla!

No se engañaba. Era un islote grande, como el jardín de las Tullerías, con una ensenadita suficiente para resguardar la embarcación.

Amarrada ésta exploramos nuestro refugio.

—Estamos en nuestra casa. Y sin vecinos— dijo Wilkins. — Ahora, un refrigerio, y a dormir.

No me sorprendió verle sacar del bote una caja de carne condensada, bizcochos, bananas y otra botella de agua.

—¡Es usted admirable!

Comimos ávidamente y nos tumbamos para dormir.

Al despertarme, amaneció. Wilkins estaba ya en pie, y vi sobre un cuadro de linóleo un tarro de confitura, más bizcochos, azúcar y otra botella de agua.

—Si encontrásemos un combustible podríamos resistir aquí un mes — dijo Wilkins. — Hay marisco, y yo tengo unos aparejos de pesca.

—Pero no tendrá usted agua para un mes. Sería prodigioso.

—No; pero tengo diez litros de alcohol de quemar y un pequeño alambique perfeccionado, con el cual podemos destilar unos cien litros de agua del mar.

—¡Es usted un hombre extraordinario!

—Sí, y muy previsor; lo que es útil en casos como éste.

—Su previsión nos ha salvado.

—Puede; pero creo que la suerte vale más que la previsión.

* * *

Acordamos quedarnos en el islote unos días, con la esperanza de que pasase algún buque.

Al cuarto día cogió un pájaro marítimo, que nos suministró carne, y luego pescó unos peces. Un día el mar llevó madera. Una vez seca, Wilkins la reservó para substituir el alcohol.

Resolvía todos los casos difíciles, y yo estaba avergonzado de mi ridícula incapacidad.

—Soy un inútil — le dije un día, despechado dejando en el suelo unas conchas que acababa de coger (mi única contribución a la obra común): — en cambio usted, Wilkins, se bastaría para triunfar en todas partes; en un bosque virgen y entre los hombres.

—Pero todo eso no vale lo que la suerte. Y usted es un hombre de mucha suerte, compañero. Apuesto cien dólares a que no sabe usted lo que acaba de hacer.

—¿Lo que acabo de hacer? — pregunté, asombrado, al ver la atención con que contemplaba mis pobres hallazgos de aquel día.

—Acaba usted de hacer fortuna. Vea usted esta ostra; es una ostra perlífera. Este islote oculta tesoros tal vez incalculables. ¿Ve usted lo que es la suerte? Le ha salvado la vida y ahora le regala una fortuna.

No se equivocaba. Había encontrado la fortuna. En el navío que nos recogió quince días después embarcamos una colección de perlas finas, cuya venta nos permitió emprender la explotación del islote.

Pero cuando hicimos el reparto de nuestra fabulosa ganancia, Wilkins dijo:

—Apuesto cien dólares a que no sabe usted lo que voy a reclamarle. ¿Apostado?

—Sí; pero no veo...

—¿Y nuestras apuestas, las ha olvidado ya? ¡Me debe usted quinientos dólares!

J. H. ROSNY.





TOLSTOY

Se cumple en estos días el primer centenario del nacimiento del gran novelista y pensador ruso, León Tolstoy, el que nos diera la sensación aguda e inolvidable del contacto espiritual con el genio viviente.

En efecto, Tolstoy, por consenso universal pertenece a aquella selecta falange de raros privilegiados que, de cuando en cuando, iluminan como faros ultra potentes, el camino de la humanidad.

Criaturas de excepción que sorprenden, sugestionan y arrastran; profundamente revolucionarios, precisamente porque son los destinados por la naturaleza para destruir costumbres mentales y usanzas morales envejecidas y deterioradas, para instaurar nuevos convencimientos intelectcales y morales.

En tiempos menos civilizados Tolstoy, o se se habría puesto al frente de una vasta y triunfante revolución espiritual y social, o bien habría sido un mártir de sus propias ideas, que habría terminado su vida en la hoguera o sobre la cruz.

En efecto, aunque artista grande, él pertenecía a la falange de los grandes reformadores de moral y de religión, es decir, aquella falange que siempre ha dado una gran contribución al mortirologio mundial en comparación con las otras falanges de los innovadores de la política y de la ciencia.

Y si en Tolstoy no hubiese coexistido la dúplice personalidad del artista y del apóstol, muy probablemente el apóstol, aun en pleno siglo XIX, habría concluído en Siberia, si el artista grande, admirado en todo el mundo, como una de aquellas criaturas soberanas que forman la gloria de un siglo y de una civilización, no lo hubiese salvado.

Por eso, Tolstoy, ha hallado el trágico designio más en sí mismo, en la disconcordancia penosa entre el propio "yo" y el ambiente, y la propia familia, que en el mundo político circundante. Puede decirse que su trágica alma tuviera sed no



León Tolstoy

satisfecha de martirio, y que, si alguna cosa faltó a aquella existencia formidable, ha sido, precisamente, la corona de espinas. Tolstoy, por la apatía y la disonancia del ambiente circunstante, no pudo desarrollar del todo su propia acción de apóstol. Limitada ésta a la pura indagación intelectual, no ha sufrido la dura comparación inmediata con la verdad viva, y por eso ha quedado imprecisa, nebulosa, teórica, sin lograr eliminar las contradicciones exteriores y substanciales, sin lograr hallar aquellas fórmulas simples, profundamente verídicas, que alcanzan al pueblo, y vienen siendo consideradas como verdaderas por una larga serie de años.

Tolstoy fué un anacronismo viviente. Su vida se desarrolló o demasiado temprano o demasiado tarde; no tuvo aquél séquito que habría tenido en otros tiempos y el artista, que acaso era originariamente inferior al apóstol, sobresalió en comparación de éste.

Del apóstol recordaremos tan sólo la tentativa violenta de un retorno a la primera fe cristiana, al cristianismo puro; la repugnancia a toda violencia, aun por defensa propia, la amarga concepción de la vida, el pesimismo profundo que hace despreciar la existencia terrenal y esperar tan solo en el más allá.

Tolstoy fué un enemigo formidable de las guerras y su actividad fué tan vasta y trascendía de tal manera los límites de su patria, que en todas partes se sintió su influencia.

Menos intenso que Dostojewschy, menos artista que Pusckin, menos humorista que Gogol, Tolstoy fué más variado, más amplio, de una dialéctica verdaderamente formidable, que no halla similar en todos los tiempos, sino en Platón.

Aunque limitado por innumerables restricciones, aunque él pusiese en torno a su arte, como cilicio, los cánones más restrictivos, su obra artística es inmensa, como su patria. Sus personajes, que viven vida eterna, son legión; las pasiones descriptas por Tolstoy, son típicas y quedarán; los cuadros históricos por él evocados, son verdaderas obras maestras. Y como artista Tolstoy logró completo el éxito que le faltó alcanzar como apóstol; pero del apóstol, muchas verdades adquirirán, con el tiempo, relieve y eficacia.

Oreste CIATTINO.

LA MAS FUERTE

—¡Las ocho! ¿Te parece que son éstas horas de venir a comer? ¡Por lo visto te has creído que esto es un restaurante!

Armando contemplaba consternado a Enriqueta, que roja de ira seguía vociferando. ¿Cómo la más dulce de las novias había podido convertirse en la más iracunda de las esposas? Misterio.

—No te pongas así, Enriqueta. Hemos reñido a la hora de almorzar y no es cosa de que sigamos riñendo por la noche.

—Por eso precisamente debías haber venido más pronto. Me pones nerviosa con tu aparente paciencia. Y si no te gusta oírme te vas. ¿Lo oyes? ¡Vete a cenar fuera!

—Está bien.

Y se puso el sombrero y salió.

Enriqueta quedó estupefacta. En la escalera creyó él oírle gritar: "¡Armando!" Pero no hizo caso. Iba temblando de emoción. Por un momento creyó que no iba a poder contenerse y que acabaría pegando a su mujer.

En la calle se tranquilizó. No tenía ganas de comer y entró en un cinematógrafo. ¿Qué haría su mujer? ¿Le serviría mucho aquello de lección? ¿Comprendería la injusticia de sus recriminaciones? Seguramente. Enriqueta, en el fondo, no era mala. Impulsiva, irascible, segura de su belleza y de que su marido la quería...; pero franca, sincera... Ya no sentía enfado contra ella y estaba satisfecho de haberse decidido a salir de casa. ¿A qué hora volvería? Ni muy pronto, para que no pareciese que sentía haberse marchado, ni muy tarde, para que Enriqueta no se intranquilizase. ¡Pobre pequeña! ¡Qué pesarosa debía de estar por haberlo dejado marchar!

Al salir del "cinema" sintió hambre. Por un momento pensó comprar unos fiambres para tomarlos en casa con Enriqueta, que seguramente no habría cenado. Pero aquélio sería confesar un remordimiento, demostrar un deseo demasiado vivo de reconciliación premeditada. Resistió. Entró en un "bar" y comió varios "sandwichs" y unos "bocks". Venciendo el deseo de volver a casa estuvo en el "bar" hasta las doce. Estaba dispuesto a no entrar en casa hasta las doce y media.

Pagó y salió. Un "taxi", su casa, el ascensor. Entró. Las puertas estaban abiertas; no se oía ningún ruido. Llamó: "¡Enriqueta!", y al no oír ninguna respuesta recorrió como un loco las habitaciones. En la alcoba, vacía, vió una carta escrita por Enriqueta.

"Te has marchado y me voy. No sé si volverás, pero yo me marcho para siempre. Hasta ahora todo habían sido palabras, pero tu acto de esta noche nos separa toda la vida. Me has abandonado, a pesar de que estoy segura de que oíste mi último llamamiento. No puedo vivir más tiempo junto al hombre que me ha tratado tan brutalmente. Ya no me quieres. Adiós".

Cayó sollozando sobre la cama y así estuvo largo rato. Se levantó y marchó hacía la puerta, dispuesto a dejar aquel cuarto tan vacío sin su mujer.

Entonces oyó el ruido de una puerta, unos pasos y la voz de Enriqueta:

—¡Armando! ¡Armando!

Era su mujer, bonita como nunca, sonriente...

—¡Estás aquí! ¡Estás aquí: ¡No te has marchado! — balbuceó.

—¡No, borrico! He querido asustarte, como tú lo hiciste al marcharte, y al sentir que venías me escondí en el cuarto ropero. Estamos en paz.

Enriqueta vaciló, miró a su marido con aire de triunfo y algo de piedad y añadió:

—¡Cómo has llorado, Armando! ¿Tanto me quieres?

Armando miró a Enriqueta con rabia. Ella había tenido el valor de tenderle aquella trampa y de oírle sollozar como un niño. Hubiera querido gritarle su rencor, pero se acordó de su dolor al creerla perdida para siempre, y su alegría al verla aparecer venció todo otro sentimiento.

La lección había sido para él, no para ella.

Y humildemente contestó:

—¡Demasiado lo sabes!

Frederic BOUTET

EL BRAVO

Por Alberto Tena

Hay episodios que nunca se pueden olvidar y que el tiempo en su andar incontenible no hace más que robustecerlos, prestigiarlos y vestirlos con un soplo de leyenda. Uno de esos episodios es el que recuerda con emoción Claudio Sosa porque cuando lo evoca en todos sus contornos el ritmo de su corazón se acelera. Sosa es un hombre que siempre ha sido fuerte para resistir impresiones extraordinarias y ha logrado sobreponer ante ellas la razón a los impulsos, pero tal cosa hale salido luego muy cara porque cuando los nervios se dominan y el sentimiento es contenido con violencia saben vengarse y producir una inquietud nada agradable. De ahí que se turbara cuando me refirió anoche el asunto de El Bravo. Sosa cuando tenía siete años iba a un colegio primario de la calle Belgrano, entre las de Perú y Chacabuco, barrio transformado en una forma completa y bárbara, como me dijo Sosa, indignado sin duda porque la casa de la Virreina Vieja ha sido substituída por un edificio de arquitectura que autoriza una demolición "manu militare" y sería justo, como también me lo dijo, que esa autorización fuera hecha por una ley sancionada en favor de la estética. Esta insistencia por la demolición, se explica porque Sosa tiene grabado con nitidez en su alma el aspecto que antaño tuviera ese barrio de sus travesuras y proezas infantiles. Además de la casa de la Virreina Vieja recuerda la calzada abrupta de la calle, un casón blanco vecino al colegio en cuyas rejas de hierro saliente muchas macetas de claveles rojos y blancos alegraban su vista antes de entrar en el colegio; recuerda las reuniones que en el portal del casón celebraban los muchachos de su bando para combinar la estrategia de futuras guerrillas contra los "maulas" del colegio de la calle Venezuela y aquí, naturamente, como evoca cosas infantiles viene bien lo de "entre zapato y suela" tan en boga en aquel florido tiempo. También recuerda que de aquellos consejos guerreros siempre se convenía unánimemente la guerra sin cuartel, con piedra plana y honda doble, a discreción.

—Ya está; ya está, muchachos... ¡Se la vamos a dar seca!...

El sitio elegido para campo de batalla era siempre el bajo, en la aduana. Pero a las cuatro de la tarde encontrados en aquel lugar los beligerantes se parlamentaba primero y luego se resolvía ir a sacar libros y cartones que estaban abandonados en el callejón bajo de la aduana, donde además, siempre encontraban trastos viejos y objetos para divertirse y que daban motivo para que las hondas se guardaran. Pero estas minucias que recuerda Sosa palidecen ante la evocación de El Bravo. El que todos los días, invariablemente, estaba al lado del colegio esperando que los muchachos le dieran un billete de cinco o diez centavos. Era achinado. Tenía unos ojos grandes que se cerraban cuando alguien lo miraba de frente. Fuerte, ágil y de edad que no pasaba de veinticinco años parecía un atleta, pero un atleta perezoso, sucio y un poco siniestro. Hablaba con una lentitud de bostezo africano. Era un tipo que a Sosa le produjo durante los años que lo viera dos impresiones: una de lástima porque siempre pedía plata y comida, y otra de recelo por el tono sombrío y emoliente de su rostro.

Sosa de chico, como ahora mismo, era inapetente y las vituallas que llevara de su casa para comerlas en el recreo siempre le estorbaban. Mas era preciso que las llevase porque así lo exigían en su casa, pero no tiene memoria de que las hubiera comido alguna vez Antes de entrar en el colegio sacaba el paquetito de su cartera y se lo daba a El Bravo.

—Buen día, niño...

—Tome esto, cómaselo...

—Siempre rica su comidita, niño, gracias...

El Bravo dilataba su nariz, y antes de que Sosa entrase en el colegio devoraba con fruición el alimento.

Cierto día, con gran desconcierto de los muchachos, El Bravo no estaba en su puesto. Sintieron un disgusto y Sosa, algo más meditativo quizá que sus condiscípulos preocupóse y no pudo explicarse que El Bravo hubiera desertado. Por lo demás, a los muchachos les faltó la historia diaria que les hacía de Juan Moreira unas veces y de su amigo. El Gavilán otras el cual había peleado contra doce soldados en San Nicolás por defender una justicia y luego diéranle muerte a traición. Cerca de la época de los exámenes un "masitero" que vendía tortas de medio kilo de pasta y de moscas, conjuntamente, por dos centavos, en la puerta del colegio, dió la clave de la desaparición. Habíanlo encarcelado. En la calle Moreno cerca de Balcarce, en una rinconada del convento de San Francisco, tuvo una pelea con un carrero. El motivo fué Alem. Dijera el carrero que era un hombre como todos con mano ancha para fastidiar al fisco y El Bravo se encargó de hacerlo callar con una daga. Al llevarlo preso seguía gritando furiosamente: ¡Viva Alem! ¡Viva Alem!, añadiendo una frase procaz que los muchachos de la escuela solían decir siempre para denotar espíritu de hombría.

Después no se supo más. Y Sosa, en el fondo, se alegró de la desaparición. Pero Sosa, después de veinte años vino a dar fe de que los hombres se encuentran y las montañas no. Hace tiempo que lo vió allá en Las Garzas, un lejano poblado del Chaco Austral, a diez leguas al norte de Reconquista, donde lo llevaran diligencias del ministerio donde se halla empleado.

Sosa tuvo que hacer un largo viaje a caballo. Debía llegar hasta Florencia, punto que dista treinta leguas de Reconquista. Y a pesar de ignorar la ruta exacta de su destino, se conformó con las indicaciones que le hiciese el hotelero:

—Siga por el camino ancho hasta Las Garzas. Encontrará un boliche frente a la laguna donde podrá comer y desensillar.

—Bueno, gracias...

Al día siguiente, a las cuatro de la mañana, Sosa vistióse como para hacer una expedición, cargó dos cantimploras con agua y coñac, se puso un casco inglés, guantes de cuero con brazalete y no olvidó llevar un lienzo para preservar a su caballo de las picaduras de tábanos y mosquitos. Por precaución llevó una manta y en el cinturón colocó su revólver de nueve milímetros amén de una pistola chica que llevaba en la chaquetilla. Balas abundantes...

Ensilló bastante bien el caballo, tomó una taza de café y salió cuando el cantar de los gallos estaba en su apogeo llamando al sol.

* * *

Hasta el fin de los maizales de los Spinetto todo fué bien. Eran

Díptico de la Quiaca

Para FRAY MOCHO

I

LA QUIACA BAJO LA LUNA

El paisaje blanco de luna,
helado viento de la puna,
recostada en un muro una
negra silueta de faz bruna.

Corona de elevados cerros,
aullar lúgubre de los perros,
los rieles, dos bruñidos hierros,
eco de lejanos cencerros.

Titilante luz en distantes
puertas y ventanas brillantes,
sobre las rutas trajinantes
coyas de pasos vacilantes.

El "hotel": enorme corral,
adobes blanqueados de cal,
camastro para dormir mal
y glacial frialdad invernal.

Agazapada la montaña,
hosca, enigmática y extraña,
del cierzo frígido la saña,
luz lunar que La Quiaca baña.

II

LA QUIACA BAJO EL SOL

Bajas casas desparramadas
como las piezas olvidadas
sobre un tablero de ajedréz.
Sobre las calles polvorientas
cerriles mulas cenicientas,
viandantes de todo jaez.

Una barraca de madera,
un puente sobre la frontera,
quichua vocerío enigmático.
Pálido sol que no calienta
Y, la mirada somnolienta,
el astroso coyaje apático.

Una bancaria sucursal
en edificio colonial
que en el lugar es un palacio.
Una airosa chola paceña
el arroyo cruza risueña.
Sol con reflejos de topacio.

Justo G. DESSEIN MERLO

unas dos leguas de campo con el maíz en flor. El campo estaba poblado de trecho en trecho en forma que revelaba una colonia agrícola inteligente, y aunque la seca había sido bastante firme el aspecto del plantío no era del todo malo y hacía esperar una buena cosecha. Al llegar allí el sol brillaba metálicamente y humedecía la frente con un sudorcillo nada desagradable porque el paisaje y la soledad confortaron el espíritu de Sosa. Detuvo su caballo para cerciorarse del camino.

—"Sigue por el camino ancho... endereza por el camino del bosque... algunas picadas...".

Ya estaba. Sosa guió a su caballo y un instante después hallábase en plena selva chaqueña. La senda para las cabalgaduras estaba metálicamente y humedecía la gro de extravío. A veces, a derecha e izquierda, alguna picada reciente hacía detener a Sosa más que por dudas por curiosidad pues la ruta hacía Las Garzas estaba bien señalada. La selva se iba haciendo más profusa a medida que el galope cobraba distancia. El paisaje era todo un gran espectáculo y como todo lo grande imponía y daba al alma gravedad.

Una infinidad de pajarracos, cotorras y avechuchos hacía que el silencio se turbara con sus chillidos. Algunos monos se encaramaban en los espinillos de vez en cuando. Sosa sacó su reloj y vió que eran las nueve. En el trayecto no encontró a nadie y calculó estar a mediodía en Las Garzas pues habría andado unas cinco leguas y ese punto distaba diez de Reconquista. Las cantimploras le fueron útiles. El agua la había consumido toda y algunos tragos de coñac le habían tonificado y hecho ganar apetito. En el trayecto probó su revólver y su pistola y pudo darse cuenta que su pulso no era malo. Los cinco tiros de revólver y los siete de la pistola habíalos colocado muy cerca del sitio que señalara previamente en un quebracho, cuya cáscara había saltado bajo el plomo. También tiró con su pistola a un macaco que sorprendió en la rama de un espinillo. El caballo iba al paso y a unos cuarenta metros Sosa vió al mono de espalda. Se apeó, caminó hasta estar cerca, a unos seis metros, y ya apasionado por su puntería disparó. Un chillido como de madre rebotó en el bosque, doloroso y plañidero, largo y profundo. El corazón de Sosa se sobrecogió. Guardó el arma disgustado, montó a caballo y de mal humor no paró hasta llegar a Las Garzas. Era cerca de la una.

* * *

En Las Garzas había una fonda que era a la vez negocio de toda especie en la comarca. Es una población naciente que están formando los obrajes vecinos. De diez a quince ranchos y algunos cuartos de cinc son todas las viviendas que existen. Cuando Sosa entró en la fonda, estaba desierta. El patrón y un dependiente trasegaban una bordalesa de caña. Sosa desensilló su caballo, dióle pasto y maíz y luego comió un churrasco, algunos choclos, papas cocidas y pidió una cama para hacer la siesta, pues el calor apretaba y estaba cansado. Seguirá viaje en la madrugada siguiente hasta Florencia.

—¿Tiene una pieza, amigo?

—Como pieza no; si quiere puede dormir en el cuarto del dependiente... allí hay una cama bastante buena...

El patrón dispensó una buena acogida a Sosa, que se hizo reconocer como representante de un ministro nacional en aquel paraje lejano y semidesierto. Luego se fué al cuarto y pudo ver el clásico moblaje de campaña: un catre de lona, una camajaula, un esqueleto que contenía una palangana con agua gris y en las paredes 2 ó 3 litogrfías de mujeres hermosas con leyendas de propaganda comercial.

Estaba cansado, la digestión era lenta, y sin pensar en nada se desnudó. Media hora después dormía plácidamente. Cuando se despertó era de noche. Medio abotagado por la siesta, atravesó el gran patio, abrió una puerta y entró en el despacho de bebidas .Sus ojos fueron heridos por dos picos de gas acetileno que iluminaban el salón. La luz no era nada diáfana y se repartía temerosamente en el local, cuyos extremos estaban en una penumbra. Ambos picos silbaban continuamente con dos notas agudas.

Sosa produjo al entrar un movimiento de curiosidad y de estupefacción. La advirtió en seguida, y al darse cuenta en una rápida ojeada de la calidad y cantidad de gente que lo rodeaba, sintió cierta emoción nada tranquilizadora. Fué entonces cuando dióse cuenta que estaba lejos de Reconquista y en un paraje ya famoso en aquel pueblo por las pendencias sangrientas entre los obrajeros correntinos.

—Bueno — pensó Sosa: — hay que ponerse en carácter.

Avanzó con paso firme hasta el mostrador y ordenó con serenidad:

—Che, mozo: vermut con bíter...

Había en la casa una treintena de hombres de esos que se les llama de pelo en pecho. Eran todos hachadores de un importante obraje cercano. Los había altos y robustos, con brazos musculosos y con relieve cual si fueran esculpidos. También había algunos tipos deformes de cuerpo y de rostro, bajos y gordos, de caras vencidas y ojos hundidos por el vicio y por la fatiga. Junto al mostrador estaban cuatro hombres que eran como cuatro gigantes de la selva: formidables, bruscos y agrestes, y de voces y ademanes bárbaros. Vestían esa indumentaria tan característica en la región de los obrajes: alpargatas, una camisa de lienzo negro, un calzoncillo grueso y una bolsa de azúcar sujeta a la cintura que envuelve las piernas y las caderas. En la cabeza un ancho chambergo de copa redonda. Los cuatro eran correntinos y uno de ellos capataz. Cuando Sosa se llevó a los labios el vaso de vermut, ya habían comenzado las púas .

—Mozo lindo, ¿verdad?

—H'ae ser patroncito...

Los que estaban sentados en la mesa diéronse a reír con risas agudas, como de mujer. Se bebía caña doble con bíter, suisé y ginebra en abundancia. Un acordeón daba la pauta de que el alcohol estaba haciendo de las suyas, pues algunos comenzaron a cantar, no cantares guaraníes ni criollos, sino la "Marianina" y lo que llamó la atención de Sosa, con bastante buen acento italiano en aquellas bocas nacidas entre los juncales y las nutrias del legendario Paraná.

—?De ande habrá salido, che?

—Lindo, che, lindo.

Sosa iba sintiendo miedo, pero se repuso razonando. Vió que le era necesario estar entero de espíritu. Recordó haber leído en Sarmiento que el valor era la única cosa ante la que se inclinaba la barbarie.

—Deme otro vermut con bíter...

—De aguante había sido, che...

Uno de los hombres se le acercó. Miróle con ojos chiquitos y con una sonrisa de maldad indescriptible.

—No convida, che patroncito, le preguntó a Sosa.

Las risas corearon la pregunta.

—Lo voy a convidar con un sopapo si se me acerca más...

Sosa tiró la copa y avanzó un paso. El indio retrocedió como un tigre, pero sonriéndose. Desde uno de los rincones avanzaron cinco o seis hombres más y Sosa pudo adivinar que en algunos de ellos su gesto había causado efecto. El indio seguíale mirando con una sonrisa maligna, un poco reducida, sin duda, por la entereza de Sosa.

—"Añamembuy", — .exclamó el indio.

Sosa comprendió el insulto en guaraní y acercándose le interrogó:

—¿Y vos quién sos, trompeta?

LOS JUGUETES DE CUERDA

Una vez pasado el entusiasmo que teníamos por los seres queridos, se ve claramente que no eran más que juguetes de cuerda. En nuestro engaño, los creímos personas iguales a nosotros, con nuestros gustos y con nuestras ideas, que nos hacían compañía por su propia voluntad. Pero no; después de verlos marchar, más o menos días, según fuese su clase, comenzaban a tambalearse, con esa torpeza de las máquinas desanimadas. Luego dejábanse caer al suelo, abandonados al peso de su materia; y había que volver a ponerlos en movimiento, o que encerrarlos en sus respectivos estuches. Y era aquel un momento doloroso — ¿no es cierto? — cuando ellos nos revelaban la insuficiencia de su mecanismo; y vencidos por el cansancio de querer ser lo que no podían, se desplomaban en un desmayo trémulo, desde la altura en que con cariño, los habíamos colocado. . . . .

Aquella niña que tú amaste, por apasionada y por única, se cansó de bailar y decir las mismas cosas que tú, y se vino abajo, porque tenía la cuerda gastada. (¿No comprendiste que era una muñeca automática, una diversión para niños?) Aquel amigo que te invitaba a viajes maravillosos, un día, atravesando una laguna tranquila, se quedó sin fuerzas, perdió el equilibrio y se hundió en un charco pantanoso. (¿No comprendiste que era un vaporcito de hojalata que te había costado barato, y era natural que no marchara mucho tiempo?).

Hay otros juguetes que están sanos y que, sin embargo, no pueden reanimarse: se ha perdido la llave que los hacía caminar. Esta llave, ¿era un beso, una palabra o una promesa? ¡Quién sabe! Lo cierto es que no hay nada que los resucite.

Diríase que han muerto por un olvido. Tal vez, alguien arrojó la llave a un pozo profundo, en un instante de indignación, sin pensar que los dejaba para siempre sin alma, en un estado que no es propiamente, ni la vida ni la muerte ni el sueño.

Dicen tres o cuatro palabras, se mueven siempre de un mismo modo, hasta que ya su resorte no responde y tornan a ser lo que eran: un poco de pintura y un poco de lata: la deformación de una cosa por obra de un esfuerzo inútil.

—¿Y yo? — me pregunto. — ¿No seré también el juguete de cuerda de alguna persona que ignoro?

Sí; no hay duda, yo pertenezco a una niña orgullosa que, como tiene regalos mejores, sólo de tarde en tarde, juega conmigo, y me hace correr afanosamente y dar vueltas ridículas, a través del patio interminable de su palacio de mármol.

Pedro Miguel OBLIGADO

—Ponciano Esquivel, patroncito, capataz en el obraje...

—Véialo al capataz, gritó una voz, véialo agachado...

El cuerpo gigante de Ponciano vibró cual el de un tigre.

—¿Y, quién sos, vos che? — preguntó a Sosa.

—Claudio Sosa, del ministerio de Hacienda de la nación.

—¿Y ande será eso, che Ponciano?

—Ja, ja, ja...

—Que convide una vuelta...

Lo rodearon entre ocho o nueve hombres.

Los nervios de Sosa dejaron de estar tranquilos, pero conservaba su lucidez, y cuando el miedo quiso acobardarlo, se impuso y tomó la resolución de jugar bien una carta. Vió que achicarse era peligroso o cuando menos le haría correr el mismo riesgo que el alzarse ante aquellos seres tan prestos para el ataque. Por lo demás, algunos de los hombres ya le admiraban y pensó que no todos estaban contra él. Adelante, pensó, salga pato o gallareta.

Sosa volvió a pedir otro vermouth con bíter y se lo bebió de un trago. En el aire flotaba un presentimiento trágico y hubo un instante en que sólo se escuchaba el monótono silbar de las luces de acetileno. Ponciano, apoyado en el mostrador bebía caña y de rato en rato dirigía a Sosa sus ojos en un vértigo de odio. Uno de los hombres que hasta entonces había estado silencioso acercósele. Era también alto, huesudo, con el rostro apergaminado y cruzado por toda suerte de cicatrices, una de las cuales le arrancaba del labio superior y terminaba en la ceja derecha. Ante Sosa sacóse el sombrero y le dijo con voz gruesa:

—Señor Claudio Sosa, hágame el favor de tomar otra vuelta, y no me la desprecie...

Ponciano se enderezó con presteza y su movimiento se transmitió al grupo de hombres.

—¡No va a tomar nada, compriende!... Ni vos ni él.

Ponciano se aprestó, relampagueábanle los ojos y sus labios carnosos estaban húmedos. Dió un paso hacia Sosa y lo empujó en forma que casi lo acuesta de cabeza en el mostrador.

El brazo del capataz blandía un cuchillo, pero Sosa estuvo entero y con presteza esgrimió su revólver. Pero el arma del capataz no estaba sola. Tres o cuatro dagas más le acompañaban y en una forma decidida.

Sosa tembló y pudo comprender que la partida la llevaba perdida. Un castañeteo de dientes lo turbaba hasta hacerle perder el sentido. Pero, por fortuna, su revólver vino a tener un buen auxiliar. El hombre de las cicatrices también llevaba su daga y de un salto se interpuso entre Sosa y el grupo de Ponciano.

—¡Aura vas a ver!

El ataque fué firme y aquel brazo y aquel cuerpo eran como un torrente, y el primer golpe, aunque sin mayores consecuencias, fué seguro. El cuchillo dió en la mano de Ponciano y la ensangrentó haciéndola abrir y desprenderse del arma que empuñaba. Sosa, como pudo, detuvo a su defensor, otros intervinieron y la cosa pasó. Los grupos se disolvieron y la mayor parte de la gente, incluso el herido, salieron del negocio. Fuera, la noche diáfana y obscura, presentaba la gran armonía de sus estrellas y de la luna, cuya luz irradiaba un fulgor de plata. Los grillos cantaban y en un monte fronterizo los tucos bordaban lucecillas fugaces.

* * *

Sosa respiró con más tranquilidad, pero la agitación anterior le produjo fiebre. Tenía su cabeza ardiente y una sed aguda. Bebió una botella de cerveza, pero el alcohol acabó de aplastarlo y sólo pensó en dormir. Al tiempo de retirarse vió a su defensor que estaba sentado en un banco del rincón, escondido en la obscuridad. Sosa acercóse y tendiéndole la mano:

—Gracias, amigo, usted me ha salvado...

El hombre púsose de pie, oprimió con vigor la mano y de súbito comenzó a llorar ante la vista de Sosa. El llanto del hombre era gemebundo y con su cuerpo gigante y su rostro lacerado por las cicatrices, parecía una de esas estampas trágicas de la época de la Inquisición. Sosa, calenturiento y agitado, se conmovió, pero no quiso turbar la expresión de aquel ser, y, por el contrario, con una idea egoista, creyó que podría dormir tranquilo si el hombre se quedaba allí.

—Bueno, amigo, otra vez muchas gracias... hasta mañana... nos veremos...

—Hasta mañana, señor... yo soy El Bravo... ya no se recordará, pero soy El Bravo...

—¿El Bravo?

Todo el cuadro de la calle Belgrano apareciósele a Sosa. Retrotrajo su vida a veinte años atrás y en el pensar calenturiento de su cabeza mezcláronse los recuerdos del pasado al trágico episodio que había tenido ante su vista. Pero la fiebre iba en aumento y dióle ganas de tirarse en el suelo. Reaccionó y un minuto después deliraba en el catre bajo un sueño inquieto. El Bravo bebía caña y tenía una gran tristeza en su rostro.

* * *

A la mañana siguiente Sosa despertóse a las nueve. Fué entonces cuando el miedo se apoderó de él. Salió al gran patio, ensilló su caballo y después de pagar el gasto se despidió del patrón. Un momento después galopaba hacia Reconquista abandonando la comisión que le exigía llegar hasta Florencia para comprobar un desfalco en una destilería clandestina. Galopando cercioróse de que su revólver estaba cargado y se internó en el bosque, atravesando la laguna de Las Garzas, seca y polvorienta, bajo el sol.

Al entrar en el bosque ya iba más tranquilo y había cobrado ánimo porque se reconoció valiente y guapo. Ya referiría la cosa en Buenos Aires... ¡A cualquiera se la daba!...

Pero Sosa sintió entonces una nueva impresión. Al torcer el camino, a unas treinta cuadras del poblado, su rosillo dió un salto que a poco lo arroja del recado. El jinete abrió los ojos e inmovilizó su rostro ante un cuadro pavoroso, agrandado por la soledad y la grandeza del bosque.

En la rama nudosa de un espinillo estaba El Bravo, ahorcado con una de esas fajas rojas que usan los peones en la campaña. Una de sus manos había quedado sujeta en el bolsillo de la blusa tal como si fuera a sacar cigarrillos. Los ojos estaban abiertos y tenían la misma expresión que Sosa viera cuando de niño iba al colegio primario. Toda la ropa estaba cubierta de sangre. Era una de esas venganzas terribles de que son capaces los hombres de aquel pago, cuando su valor ha sido humillado. Después de haberle dado muerte lo ahorcaron como remate de odio. Sosa alejó su caballo y volvió a pie hasta estar frente a El Bravo. Se quitó su casco inglés y tomando unas flores silvestres color de amatista las arrojó a su cara.

—Tome, amigo, tome...

Vertió una lágrima y partió para Reconquista, sin un pensamiento, abandonado a su rosillo, anonadado bajo la sensación trágica de El Bravo. Cuando llegó al hotel tenía treinta y nueve grados de fiebre y una sed que lo devoraba.

Primavera

Pájaro en la rama,
¿qué haces tú cantando?
—Doy gracias al cielo.
¡Floreció el durazno!

Arroyuelo leve,
¿por qué estás más claro?
—Quiero ser espejo.
¡Floreció el durazno!

Muchacha, tus ojos
¿qué tienen de extraño?
—No he dormido anoche.
¡Floreció el durazno!

Viejecita trémula,
¿por qué estás llorando?
—La vida se escapa.
¡Floreció el durazno!

Alfredo R. BUFANO

En Inglaterra hay 562 millonarios

Según las estadísticas publicadas por el Departamento de Contribuciones, hay actualmente en Inglaterra 562 millonarios.

Se califica de millonario a la persona que disfruta anualmente de una renta de 50.000 libras esterlinas por lo menos. Un 38 por 100 de los 562, poseen más de 100.000 libras de rentas anuales.

La renta total nacional se eleva a 2.900.000.000 de libras esterlinas. Los ricos en Inglaterra pagan cara su riqueza. Una persona con una renta anual de 50.000 libras esterlinas, está obligada a pagar 9 chelines y 6 peniques por libra, o sea cerca del 50 por 100 de su renta. A su fallecimiento, el Estado cobra el 40 por 100 del capital por derechos reales.

Curiosidades

El libro más antiguo del mundo es uno formado por una serie de papiros en perfecto estado de conservación y que data de la época del rey egipcio Ouserkaf.

El autor desconocido explica allí que el tesoro real está exhausto, que los impuestos no se pagan, que la carestía de la vida aumenta y que los pobres no saben dónde alojarse.

Dicen que el tal papiro tiene cuatro mil años de antigüedad.

* * *

En la isla de Trinidad existe una enredadera que al aprisionar fuertemente los árboles los priva a veces de la vida.

* * *

Una ostra produce 400.000 huevos al año, de los cuales sólo 400 llegan a madurar.

* * *

Un veterinario alemán, Siegmund Spundorf, ha abierto en Berlín un instituto de belleza para perros en donde a los simpáticos animalitos se les arregla la nariz, la boca, las orejas, los ojos y hasta se les cambia el color del pelo empleando tinturas "indelebles y que pueden lamerse sin peligro".

* * *

Según la ley egipcia, el que conociendo un crimen no lo denunciaba, era tan culpable como el criminal.

* * *

La más delgada y al mismo tiempo la más resistente de todas las pieles curtidas es la de la rana.

* * *

En Holanda los canales surcan el terreno en todas direcciones; sobre sus dilatadas llanuras vense girar las aspas de los molinos de viento empleados para extraer el agua del terreno y desecarlo.

* * *

La ciudad de Tokio tiene más de mil establecimientos de baños.

* * *

La seda conocida con el nombre de "crepe" de China no se hace en ese país. En China no hay fábricas de tejidos de seda; toda la que se produce allí se teje a mano.

* * *

Morse, que inventó el telégrafo, y Bell, inventor del teléfono, casaron con mujeres sordomudas.

* * *

En la isla Barbado existe un pez que libra a los habitantes de la localidad de la malaria, destruyendo los mosquitos vehículos de la enfermedad.

* * *

Las plantas textiles son las que nos proporcionan fibras que sirven para hacer tejidos. Las principales son: el lino, el cáñamo, el abacá.

* * *

Los indígenas de la isla Salomón tienen una vista tan notable que pueden ver objetos distantes, como un ave en lo alto de un árbol de 18 a 25 metros, como si la tuvieran a un metro de distancia.

* * *

El egipcio cargado de deudas podía empeñar las momias de sus antepasados, y lo sacrificaban todo antes que dejar de desempeñarlas, pues de lo contrario, era deshonrado y su cadáver no encontraría sepultura.

* * *

La mosca linterna de Sud Africa se considera el rey de los insectos luminosos por su extraordinaria irradiación.

* * *

Existen 762 variedades de flores árticas que sólo tienen dos colores: blanco y amarillo.

* * *

El zoólogo Sharper, al hacer llegar a 250 mil el número de insectos conocidos, expresó la convicción de que dicha cifra sólo comprende la décima parte de los insectos que existe en nuestro globo.

* * *

Según Quatrefages, una golondrina no sacia su hambre devorando mil moscas al día; una pareja de gorriones lleva sus hijuelos 4300 orugas o escarabajos por semana y un pato silvestre 300 diariamente.

* * *

Los fragmentos del coloso de Rodas permanecieron ocho siglos esparcidos por el suelo. Los sarrecenos los recogieron y los vendieron a un mercader indio. Para el transporte del metal hicieron falta 900 camellos.

ITALIA

Italia, la noble patria latina que tiene en las columnas del Capitolio la sólida gracia de su fuerza espiritual, revive en estos momentos de renacimiento el prestigio de las antiguas instituciones romanas, que señalaron normas definitivas de derecho y dieron a la humanidad una verdadera conciencia moral

El enorme influjo de su poderío repercute en el mundo, y muchos son los pueblos que han seguido a Italia en el signo de gobierno que marcan los tiempos nuevos. Creadora de la ley que rige nuestra civilización, por fuerza debe expandirse su espíritu a través del mundo, y por necesario e irrefrenable imperio debe trasladarse su estado de ánimo, con mayor o menor grado, según las diversas circunstancias, a todos los pueblos cultos. De ahí que el fascismo dejara de ser un fenómeno nacionalista italiano, para convertirse en un ideal de gobierno amplio, considerable, del cual pueden extraerse muchas sabias nociones de derecho.

Italia se siente hoy vivificada, enaltecida, recobrada a sí misma después de un doloroso y prolongado período de postración. La marcha sobre Roma señala la etapa de esta magnífica epopeya que es el renacimiento de Italia, y cuya significación se hace más amplia cada día para la conciencia y el sentimiento público. La prosperidad de todas las actividades sociales, el arte, las finanzas, el comercio, la industria; el acrecentamiento de la riqueza común; el orden; el regular funcionamiento de las instituciones; el afianzamiento definitivo del prestigio de potencia de Italia; la firmeza de sus elementos de seguridad nacional; la extensión de sus dominios; el beneficio de la guerra; la normalidad política y el justo y pacífico desarrollo de las relaciones entre el capital y el trabajo.

Todo eso y mucho más ganó Italia bajo el régimen fascista, cuyo auténtico origen habrá de buscarse en la esencia del espíritu del pueblo italiano y, naturalmente, en la voluntad directriz y en el genio constructivo del Duce.

Italia cumple pues, sus altos destinos, y llega a la celebración de su fecha civil en pleno camino de triunfo histórico.

Victorio Emmanuele, su rey simboliza las virtudes tradicionales de Italia. Rey del pueblo, querido de verdad con el mismo afecto intenso de sus predecesores de la Casa Saboya; hidalgo y simple en la propia seguridad de su grandeza hegemónica. Victorio Emmanuele es un noble ejemplo de soberanía. Reposan en él las cualidades más puras de la estirpe. Sencillo hasta la austeridad, modesto, afectuoso, es el monarca demócrata, en la acepción digna de la palabra. Sabio de las atribuciones de su poder, supo emplearlas siempre con tino y miras superiores, y por eso su intervención en determinadas horas de la política italiana puede considerársela realmente providencial. Por eso Mussolini pudo contar con él en su propósito de salvar el destino de Italia. Fué acaso su más espontáneo y desinteresado colaborador moral. Le dió él su palabra y su estímulo durante la gloriosa campaña del fascismo, y salió a su encuentro, entusiastamente, a la llegada a Roma del Duce y de sus legiones patricias. Mussolini realizó así su formidable obra de restauración espiritual y material de Italia. Apoyado por su Rey, que cumplía la tradición de popularidad de los soberanos de la Casa Saboya, Mussolini halló la fuerza de voluntad para llevar a término su empresa.



Víctor Manuel III, rey de Italia, recibiendo el saludo del jefe del Gobierno señor Benito Mussolini, al regresar el monarca de su excursión veraniega.

Pertenece el Duce a esa categoría de hombres de excepción, que aparecen en las historias de los pueblos en momentos supremos, que se dedican por entero a un ideal de bien público, que disponen para ello de una energía serena, de una recta conciencia, de una inconmovible firmeza y ponderable inteligencia, y que van por el más corto y áspero camino a la culminación de sus anhelos. La magnitud de su labor no los hace accesible al juicio de sus contemporáneos; pero quienes, como los italianos, se benefician inmensamente de esa labor y comprenden su alcance y se indentifican con ella, son los primeros en proclamarlos en sus altos y singulares méritos.

Mussolini es de tal modo el Duce de Italia, es decir, su égida, su conductor, su maestro de gobierno. Y nadie podrá discutirle este título, que a pesar de la oposición, le fué ya reconocido y ceñido por la historia. Porque la obra histórica de Mussolini no se ha concretado a Italia. Se ha expandido por todo el mundo, hasta allí donde, según su concepto doctrinario, por haber un italiano está Italia toda.

Entre nosotros, lo que representa el esfuerzo, la inteligencia y el espíritu italiano de verdad se sintió, desde luego, adherido, identificado con el Gobierno de Italia. Ciudadanos de todas las esferas de actividad, que lejos de la patria hallaron en nuestro país un hogar propicio a sus sentimientos, cooperaron en la medida de sus fuerzas al renacimiento de Italia, sintiéndose confundidos con los ideales y la obra de Mussolini. Cierto que para ello contaron en todo momento con el auspicio tesonero del Exmo. Sr. Embajador, Conde Martín Franklin, que es una alta personalidad de la diplomacia italiana puesta al servicio de los intereses generales de pueblos que, como Italia y Argentina, viven una tradición de afectos perdurables.



Monumento al doctor Nicolás Avellaneda



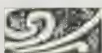
En los jardines del Parque 3 de Febrero llevóse a efecto la ceremonia de la colocación de la piedra fundamental del monumento que será erigido a la memoria del ex-presidente de la República doctor Nicolás Avellaneda. A la izquierda: el primer magistrado doctor Marcelo T. de Alvear, pronunciando su discurso durante el acto. A la derecha: el doctor Vicente C. Gallo, haciendo uso de la palabra





El palco oficial y un aspecto de la crecida concurrencia que asistió a la colocación de la piedra fundamental del monumento al doctor Nicolás Avellaneda, ceremonia que se realizó con singular brillo, en los jardines de Palermo.

Fiesta diplomática



El Encargado de Negocios de los Países Bajos, señor Booer y un núcleo de familias concurrentes a la fiesta social ofrecida por el mencionado diplomático, en los salones de su residencia particular



En honor del ministro de Agricultura de Austria



Vista parcial de los comensales que asistieron al banquete organizado en honor del ministro de Agricultura de Austria (x), actualmente entre nosotros. — El acto se llevó a efecto en el Joustens Hotel .

Vida universitaria



Doctor Rogelio Babuglia, designado profesor suplente de física aplicada en la Facultad de Medicina.

Homenaje al general don Miguel Primo de Rivera





Lo más caracterizado de la colectividad española residente en Buenos Aires, congregóse en el gran banquete servido en el teatro Cervantes, con el cual se ha querido tributar un entusiasta homenaje a la personalidad del general Primo de Rivera, en ocasión de cumplirse el quinto año de su advenimiento al poder, por la brillante y patriótica obra de gobierno que su tesonera voluntad viene realizando en España con el aplauso y la adhesión de la enorme mayoría del pueblo hispano. — La cabecera de la mesa presidida por el embajador de España don Ramiro de Maeztu, el cónsul general señor Buhigas y Dalmau y otros caballeros.

Aniversario de la Compañía de Seguros Buenos Aires



Festejando el vigésimoquinto aniversario de la fundación de la Compañía de Seguros Buenos Aires, el señor Tornquist ofreció un banquete a un núcleo de destacados representantes de la banca, el comercio y la industria. — Vista general de los comensales que concurrieron al acto.



Demostración al Dr. Justo P. Ibáñez



Con motivo de haberse acogido a los beneficios de la jubilación el doctor Justo P. Ibáñez, secretario del juez correccional doctor Victorio Ortega, aquel funcionario fué objeto de una afectuosa demostración de simpatía en la que tomaron parte los señores doctor Victorino Ortega, doctor Ricardo Márquez, doctor Raúl Munilla Lacasa, Guillermo Forn, Carlos A. Ortega, Alejandro Mayano, Alfredo Vidal, Federico Canale, J. Korn, B. Ubeira, A. Paig, A. Ricardo, J. Quiroga y S. Sarmiento. — Vista parcial de los concurrentes

Correos y Telégrafos



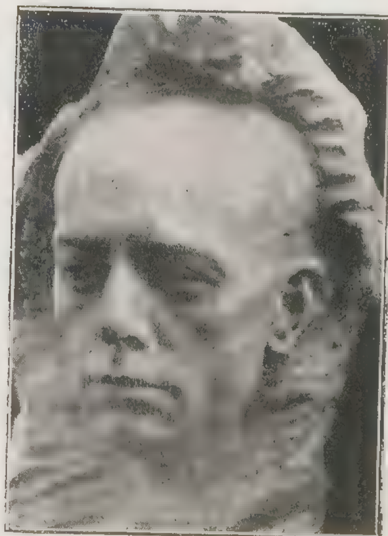
Señor José R. Varela, recientemente ascendido a Oficial Mayor de Correos y Telégrafos

Jubilación del señor Brizuela



El señor Arturo Brizuela acompañado de su familia y de sus ex-compañeros de la Penitenciaria Nacional que le obsequiaron con una medalla de oro y un pergamino con motivo de su reciente jubilación.

Nota de arte



Busto en mármol del profesor Jorge Garbarino, original del escultor Arturo M. González



LANCE DE HONOR

Por Emilio Dugi

Terminaba la comida en una de las mesas del "restaurant" del casino, y mientras el mozo recogía el servicio y traía el café, acompañado de unas copitas de "fine champagne", la conversación, muy animada hasta entonces, había sufrido un paréntesis.

Los comensales eran cuatro y en sus trajes y en sus ademanes resaltaba la distinción de la clase social a que pertenecían. Uno de ellos de cabeza enérgica, de ojos brillantes, más cerca por su edad del sereno análisis de la vejez que de los ímpetus juveniles, ostentaba en la solapa del frac la roseta roja de una orden militar. Tomó un habano de la salvilla de plata en que respetuosamente se lo ofrecía el mozo, lo encendió, y lanzando una bocanada de perfumado humo, dijo, dirigiéndose a sus compañeros de mesa:

—Durante toda la comida habrán ustedes observado que apenas si he metido baza en la conversación. Hablaban de lo que es hoy el tema obligado de las conversaciones en toda la capital y he permanecido en silencio hasta tanto dijeran cuanto sabían del triste suceso que lamentamos. Oyéndoles me he convencido de que ustedes, no saben más que una parte de la historia, que es un verdadero poema del corazón.

¿De modo que hay una historia, una verdadera historia?, dijo un joven moreno, de atildado aspecto, que con las manos en los bolsillos del chaleco y el cigarro en la boca, lanzaba espirales de humo mirando, distraidamente, las pinturas del techo; entonces, general, no tiene usted más remedio que contarla.

No por satisfacer la curiosidad de ustedes, dijo el general, sino porque creo cumplir un deber de conciencia justificando a los personajes de esta historia, hablaré.

Mi amigo el general Miranda, que ha muerto esta mañana, atravesado de una estocada, era un militar tan valiente como caballeroso. Su valor personal corría parejas con su ilustración y su hidalguía. Juntos cursamos los estudios en el Colegio Militar; compañeros fuimos en una misma promoción y a no pocos hechos de armas asistimos juntos. Nuestra amistad, avalorada con los recuerdos de la niñez y con las primeras ambiciones de los veinte años, me permitió conocer el corazón del desdichado Miranda como el mío propio.

Otro compañero había que, con nosotros, formó siempre trinidad inseparable: el coronel Pedrosa, muerto en época no lejana.

Una comisión diplomática me retuvo a mí fuera de la patria mucho tiempo, y cuando regresé a esta capital, hace dos años, me encontré con Miranda que se hallaba aquí de cuartel. Por él supe que Pedrosa había muerto, y que la familia atravesaba en aquellos momentos una situación más que difícil. Miranda, que tenía un gran corazón y que gozaba de posición económica muy desahogada, pensó que ningún empleo mejor podía dar a su corazón y su dinero que protegiendo a la familia de su compañero muerto; y ruego a ustedes, porque así lo afirma un hombre de honor, que a la palabra protección dén el más noble y puro de sus sentidos.

La señora de Pedrosa fué, en sus tiempos, una mujer hermosa, tan espléndida de formas como falta de seso, y la fortuna de su marido y los ahorros de éste, bien pronto desaparecieron convertidos en trapos elegantes y joyas vistosas. En aquella época de apogeo tuvieron ustedes ocasión de conocer a la hija del coronel, la bellísima Mercedes Pedrosa, que, durante algún tiempo llamó la atención en nuestros salones por su hermosura y por su sencilla elegancia.

—La recuerdo perfectamente, general, interrumpió uno de los oyentes, era una de las muchachas más bonitas que paseaban por nuestra capital.

¿No recordáis a la madre? , agregó otro. Le llamaban doña Jimena. Una señora imponente por sus carnes. Por cierto que si algo la molestaba era una flor, una frase galante dirigida a su hija. Más que molestada por el atrevimiento, parecía envidiosa de los triunfos de la muchacha. Era un ejemplar curioso.

—¡Pobre mujer!, siguió el general; recogía por reflexión los homenajes tributados a su hija.

Pero continúo. El coronel, convencido de que se había pasado la vida trabajando inútilmente para dejar a los suyos un puñado de pesos, tuvo el buen acuerdo de morirse.

Y entonces fué cuando Miranda, que le acompañó hasta el último momento, creyóse en el deber de amparar a la familia del compañero de armas, casi en la indigencia, pues la viuda, lejos de curarse de sus hábitos de lujo y de desorden, a los pocos meses de la muerte de su marido, tenía la pensión en manos de usureros y era pavoroso problema la comida cotidiana.

Señores, yo no soy narrador, y si he conseguir que ustedes me entiendan y formen claro juicio de una historia triste, ha de ser sacrificando las bellezas de estilo a la cronología de los hechos. Algunos años, pues, antes de la muerte de Pedrosa y cuando éste, maltrecho de cuerpo y enfermo de alma, vínose a la capital con los suyos, empujado por su mujer que ansiaba ancho campo para su vanidad morbosa, un amigo de provincias escribió al coronel recomendándole a un hijo suyo que, terminada la carrera en la Universidad, se trasladaba a la metrópoli en busca de porvenir. El muchacho le conocen ustedes todos; se llama Máximo Argüelles.

—¿Sabe usted, general, interrumpió uno de los presentes, que tiene usted grandes condiciones para el género novelesco?

—Argüelles, siguió el general, acababa de cumplir veinte años; había acabado la carrera de leyes y era ambicioso. Tenía, mejor dicho, tiene un gran corazón.

Pedrosa le abrió las puertas de su casa, le sentó a su mesa, puso a disposición del muchacho sus relaciones, su conocimiento del mundo y su bolsa. Y Máximo, despierto de inteligencia, sediento de golria, con dotes para granjearse simpatías y amistades, entró y salió en los bufetes y en los despachos de los políticos de más renombre, bulló en el parlamento frecuentó los salones y los círculos elegantes.

Adivinamos todos que, andando el tiempo, aquel muchacho sería algo. A todo esto, Argüelles no salía de casa de Pedrosa, y ocurrió lo que ya habrán imaginado ustedes, sin gran número de antecedentes; que Máximo y Mercedes, que ya se conocían de niños, que habían jugado juntos muchas veces y que se profesaban cariño fraternal, al volverse a ver ella una encantadora muchacha, él un apuesto galán, se amaron locamente, con toda la pasión de los veinte años, con todo el entusiasmo de dos almas jóvenes, sin prejuicios y sin amarguras.

Pedrosa veía, con gusto, estos amores. ¿Qué más podía querer para su hija que un hombre que, con su corazón, le diera un nombre honrado? Pero la muerte, que acechaba a mi pobre amigo, no da treguas y el coronel se murió sin ver realizada aquella boda que le hubiera proporcionada la paz en los últimos momentos. La viuda de Pedrosa no encontraba en Máximo el yerno apetecido; era según ella un abogadillo sin pleitos y sin fortuna, que no podía proporcionarle los medios para continuar la vida de estúpido despilfarro a que se hallaba acostumbrada, y apelando a todos los medios, lanzó a Máximo Argüelles de su casa, primero, y le hizo reñir con Mercedes, después.

Miranda era el punto sobre el que covergían todas las ambiciones de la viuda. Cierto que se había convertido en el protector de la familia, y que, no pocos días, se comió en aquella casa, gracias a la mano pródiga del general; pero esto no bastaba para los propósitos de la viuda de Pedrosa, que pretendía sujetarlo con lazos más fuertes y duraderos. De qué recursos echó mano, cuáles artificios puso en juego, es cosa que ignoro, y aun cuando los supiera no había de detallarlos fatigando la atención de ustedes. El hecho es que, hace algunos meses, sorprendió a todos la noticia de la boda del general Miranda con Mercedes Pedrosa.

Días antes de la ceremonia mi amigo vino a verme para darme cuenta del fausto acontecimiento y para rogarme que le apadrinara.

Con la lealtad propia de mi carácter, con la autoridad de nuestro mutuo afecto de cuarenta años, intenté disuadirle de tal empeño. Era una locura unir las arideces de un viejo de sesenta años, con las fragancias de una muchacha que todavía no cumplió los veinte. Vana empresa.

Mi amigo estaba bien atrapado por la madre de Mercedes. Se había apelado a sus sentimientos y mi amigo llegaría hasta el fin. Quería, con su nombre y con su fortuna, poner al abrigo de cualquier eventualidad desgraciada a la hija del compañero muerto.

Aferrado a este razonamiento, los míos resultaron todos inútiles. Celebróse la boda y asistí como padrino del novio.

Fué un acto de triste solemnidad. Mercedes Pedrosa parecía entre las blancas nubes de su velo de desposada, una víctima dispuesta para el sacrificio. En la cara de Miranda creí ver algo entre amargo y siniestro. Sólo había, entre todas aquellas gentes, un rostro de verdad alegre; el de la viuda de Pedrosa reflejando la satisfacción del triunfo.

Después, los novios emprendieron un largo viaje por el extranjero. En aquel tiempo, la amistad de un político de talla había conseguido que Máximo Argüelles fuese elegido diputado nacional en unas elecciones realizadas por la misma época.

Cuando hace pocos meses los señores de Miranda regresaron de su viaje de novios, la capital enamorada de lo nuevo, hacía su héroe de Máximo Argüelles, que con unos cuantos discursos de acometividad rabiosa se había hecho dueño del Parlamento.

No hace muchos días que Miranda vino a visitarme. Desde el día de la boda no nos habíamos visto.

No diré a ustedes lo que hablamos en aquella entrevista; los dolores de un corazón, sangrando por las ilusiones muertas, no pueden fácilmente pintarse con ajenas relaciones. Mi pobre amigo, al separarnos, me dijo como despedida:

—"Mi mujer no me ama, no puede amarme; quise conquistar su corazón y lo he perdido por completo. Antes era el amigo bondadoso que hacía con ella las veces de padre; ahora soy el obstáculo atravesado en el camino de su felicidad.

"Mercedes ama a otro hombre, tuve la ridícula pretensión de interponerme entre ambos y he conseguido la desdicha de todos. Sólo la muerte, castigándome como a un insensato que he sido, sería piadosa y justiciera".

Lo que resta de la historia lo conocen ustedes tan bien como yo: un lance de honor entre Miranda y Argüelles, por causa que los padrinos, si conocen no revelarán nunca, y un hombre, Miranda, esgrimista diestro, que se deja atravesar de intento por la espada de su adversario.

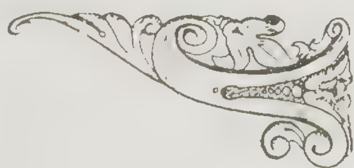
El desenlace, por lo menos, no podrán ustedes decir que ha sido vulgar.

DAMAS TUCUMANAS





Señora Luisa Terán de Padilla, con sus hijitos





Señorita Chela Frías

Señora María Laura Pérez Guzmán de Viaña y su nena





Señora Lola Colombres de la Vega de Cossio y su hijito







Señora Adriana Santillán de Fontana y sus hijos Adriano y Sarita

Fiesta a bordo del vapor "Monte Cervantes"







A bordo del vapor alemán Monte Cervantes, surto en nuestro puerto, realizóse una lucida fiesta social, a beneficio del Hospital Alemán y del Asilo de Marineros. — Tres instantáneas de la concurrencia, obtenidas durante el desarrollo del programa de la fiesta.

En el Concejo Deliberante



El presidente del Concejo Deliberante doctor Adrián Fernández Castro, durante el acto de la entrega de las medallas de oro discernidas por el mencionado cuerpo municipal, a los jugadores de football argentinos que tomaron parte en las Olimpíadas de Amsterdam.

Necrología



Señorita María Luisa Ferreyra, bella y distinguida niña de nuestra sociedad cuyo prematuro fallecimiento ha sorprendido dolorosamente. La extinta, que se distinguió por sus hermosas prendas morales y que desaparece cuando solo contaba quince años de edad, era hija del presidente de la Cámara de Diputados de la Nación, doctor Andrés Ferreyra.

Corresponsales de Fray Mocho



Señor Ernesto Ríos Laurenzana, que desempeña, en Méjico, las funciones de corresponsal de Fray Mocho

Llegada de los campeones argentinos de box



Los deportistas argentinos que tan brillante actuación tuvieron en los partidos de box realizados en las Olimpíadas de Amsterdam, momentos antes de desembarcar del "Hingland Piper", a su llegada a nuestro puerto.

Actualidades cinematográficas



Anni Ondra, protagonista de "La chica del saxofón", próximo estreno extra de la New York Film



Helene Costello y Donald Keith en "El triunfo de un cobarde", del programa Extra Arte que estrenó el domingo último la Corporación



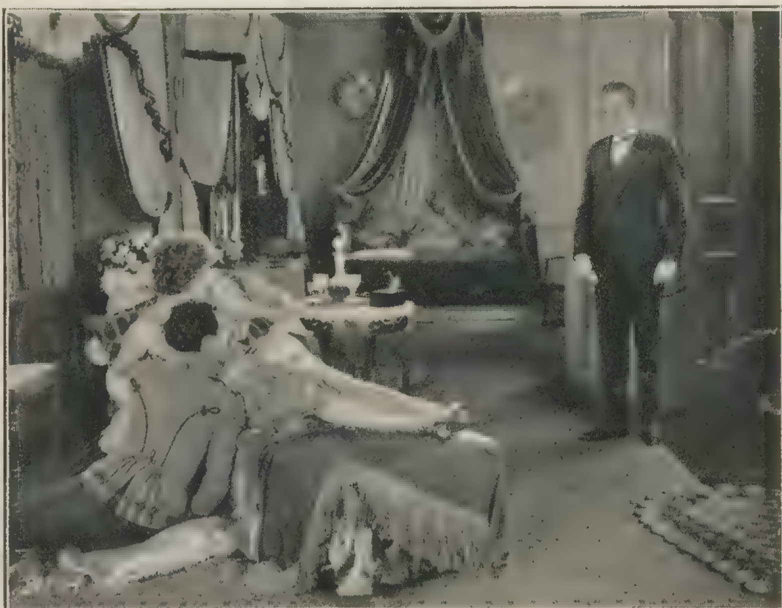
Molly O'Day, nueva estrella de la First National, que Glucksmann presentará en "The little Shepherd of Kinddom Come".



Lavrence Gray, Lois Moran y Marjorie Bube en "Hambre de amor", que la Fox Film estrenará pasado mañana.



Hoct Gibson, Olive Hasbrouck y William Bailey en "Un cowboy en sociedad", película Jewel que la Universal estrenará hoy.



John Gilbert, Greta Garbo y Marc Mc. Dermott en "Demonio y carne", que la Metro-Goldwyn-Mayer exhibe con gran éxito en el Porteño



Charles Delaney y June Marlove, en "La marca de fuego", producción Ajuria que la General estrenará próximamente.

Mujer y curiosa, mala cosa

Por Miguel Martos

A la mujer que se mezcla
en asuntos del marido
hay que pararle los pies
y aplicarle un correctivo...

Dijo el viejo Laguna, dando comienzo a la narración y echando una mirada maliciosa a las mujeres que amenizaban la velada del fogón.

—Hubo una vez, un matrimonio muy unido. No sé en qué parte jué porqu'el que lo contó no se paró en esos detalles, pero pal caso es lo mesmo que hubiera sío aquí o en la loma del diablo...

El se llamaba Desiderio y ella Ursula. Diz qu'eran felices, pero más lo hubieran sío si ella no hubiera tenío un defeto... era muy curiosa y metijona en los asuntos del marido y más de una vez había tenío que lamentar trastornos en los negocios por haber metío ella su cuchara e' palo...

Cierto es tamién qu'él había tenío mucha parte de culpa por ser demasiao complaciente en darl'entradas y salidas de sus negocios. La mujer a sus quehaceres y el hombre a los suyos.

El diablo lleno d'envidia
cuando Dios hizo los
pájaros
se puso a hacer palomitas
y le salieron murciélagos...

Un día de mucho frío volvía pá las casas ya casi oscureciendo, jinete en su yegua con cría, y al atravesar un médano el animal se le encabritó y se alzó sobre las patas traseras. El potrillo, tamién asustao, se atracaba contra la madre relinchando.

Le apretó las espuelas, pero el bruto escarceaba sin atropellar; temblaba como un corderito y relinchaba como anunciando un peligro.

Miró pá todos laos pero no vido nada; entonces se apeó y buscó por el suelo el motivo del susto de su yegua.

Encontró una víbora enroscada entre l'arena escarchada, hecha un nudito. Ese bicho es muy sensible al frío y cuando una helada le sorprend'en descampao s'enrosca pa morir; rara vez resiste hasta qu'el sol vuelve a salir y a calentar.

Su primer impulso jué sacar el cuchillo pá partirla en dos, pero se contuvo al ver qu'el animalito estaba indefenso por estar entumío...

Lo único que pudo hacer la víbora jué abrir los ojos espantaos y mirarlo con miedo y con una mirada suplicante...

Le dió lástica.

—Pobrecita — dijo; — está condenada a morir helada esta noche... Parece que con los ojos me pide misericordia... — Entonces l'alzó y la metió en una cueva del médano al abrigo de la helada.

Montó y se jué: en esto ya había cerrao la noche. No había andao cien pasos cuando sintió un silbido atrás d'él; l'extrañó porque el campo era solitario en ese paraje y no se veía a naide por ninguna parte. Pero no se había perdío tuavía el eco del silbido cuando sintió otro y otro. Se volvió intrigao creyendo que tal vez juera alguno que anduviera a pie y le pidiera socorro. Cuando enfrentó al sitio ande había dejao la víbora, oyó una voz como de mujer, muy fina y melodiosa, que le decía:

—Hombre valiente y noble que respeta al indefenso y generoso que socorre al caído aunque sea su enemigo; yo voy a premiar tu güena acción con la mejor virtú que puedo darte. Dende hoy en adelante vas a tener el don de comprender el lenguaje de todos los animales de la tierra. Pero guardate de contárselo a naide; es un secreto que debís guardar hasta que te hallís en víspera de muerte; en ese tran ce podís enseñarl'el secreto a otro, pero si lo hacís antes ese mesmo día morirás... Agora andá, hombre generoso y valiente y no preguntís nada. Adiós...

Calló la voz dejándolo como encantao de su tono dulcísimo, pero no vido nada. Dió la güelta y se jué pa la casa preocupao y pensativo...

Como era tarde apuró a la yegua poniéndola al galope. A poco trecho sintió relinchar al potrillo, y, cosa rara, el relincho del animalito en su relincho decía así:

—Mamá... mamita, esperame...

—No puedo — contestaba la yegua. — ¿No vis que voy sujeta a voluntá ajena?

—Es que me hi clavao una espina, — insistió el animalito — y no puedo correr..

—Tené paciencia, m'hijito — respondió la yegua consolándolo — y caminá en tres patas... Si le pudiéramos hacer comprender al amo...

Desiderio sofrenó y se apeó. Se arrimó al potrillo y vió que levantaba una patita. Como el animal era manso, le alzó la pata y le vió una espina de algarrobo clavada. En seguida se la arrancó de un tirón.

—¡Bendito sea Dios!, — dijo — que me ha evitao cometer una crueldá con este inocente animal... Si yo no los hubiera comprendío el pobre bruto habría sufrío un tormento horrible...

Cuando llegó a la casa la mujer estaba hecha una furia...

Pero como no podía contarle el motivo de su demora, tuvo que aguantar el aguacero d'improperios y de suposiciones maliciosas que le gritaba la mujer...

Dende ese día el calvario e Desiderio fué más intolerable.

Un día, estando en la mesa, vido dentrar muy azorada a una perrita de miniatura que tenía. El animalito se arrinconó aullando abajo de una cama...

Se asomaron mirando pa todos laos, pero no viendo nada volvieron a sentarse a la mesa y siguieron comiendo.

—¿Qué sucederá? — dijo doña Ursula.

—¿Quién puede saberlo? — contestó él. — Tal vez se ha asustao de alguna soncera.

En eso un perro grande que tenían y que no salía de junto a la mesa mientras comían, se arrimó a la perrita y comenzó a lamerla como pa consolarla.

Desiderio oyó entonces qu'el perro le preguntaba.

—¿Qué te pasa, Pulguita, qu'estás tan afligida?...

—Vengo asustadísima... Siguiéndole el rastro a un quirquincho, llegué hasta la orilla del río y vide qu'el agua iba creciendo... Miré pal lao del Aconcagua y vide unos rejucilos y una nube negra que iba deshaciéndose. Esa es mala seña; es creciente segura y el río no va a tardar ni dos horas en salirse de madre...

—Güeno, ¿y qué hay con eso? — dijo el perro bostezando. — Hast' aquí no llega nunca el río ni aunque se salga de madre...

—Ya sé, — contestó Pulguita;— pero es qu'en la "Isla del Medio" está verdeando la mayor parte de la hacienda del patrón; fijáte que hasta las lecheras, que son su ojo derecho, se han pasao p'allá con las crías y se van a ahugar todos esos animales...

Desiderio dió un saltó y salió pá los corrales. Rejuntó los peones que pudo y todos a caballo se jueron pal lao del río. Los peones se hacían cruces y muchos se reían creyendo qu'el patrón se había vuelto loco... En pleno día y con un sol que rajaba la tierra, sin una nube por ningún lao era un disparate pensar en una crecida del río... Cierto qu'éste a veces era traicionero, pero era preciso que antes se hubiera visto siquiera una tormenta a lo lejos...

Cuando llegaron a l'orilla, todos s'estrañaron de que l'agua hubiera subío un poco y se hubiera puesto turbia... Algo malo barruntaron, pero nada dijeron por no dar su brazo a torcer...

En un santiamén arrearon l'hacienda haciéndola cruzar por el brazo e río más pando. Las últimas vacas que pasaron lo hicieron con mucha dificultá y hasta los mesmos jinetes se vieron en apuros... Recién entonces se asustaron los paisanos... Allá en el corazón de la sierra se véia levantarse una nube negra, cruzada por bravísimos rejucilos .

Si se hubieran tardao unos minutos, no se salva ni una cabeza de ganao de las qu'estaban en la "Isla del Medio".

"Tormenta encajonada" le llaman a esas que se forman en el lecho de los ríos que pasan junto a los volcanes y que son las más terribles...

—El patrón tiene algún duende que le avisa los peligros... — dijo otro. — Tal vez sea una gracia que Dios le ha dao...

No habían acabao de encerrar tuavía, cuando llegó la tormenta; era un temporal deshecho, de esos que se ven pocas veces. El río se salió de madre y bramaba como remedándole a los truenos. De vez en cuando la sierra s'estremecía como si la sacudiera un terremoto; eran los rodaos que bajaban por el río arrastraos por las aguas. En esas crecientes suelen bajar rodando verderos peñascos y pedazos de cerro. Dios libre al hombre o animal que la corriente llegue a sorprender.

Después de dejar segura la hacienda en los cobertizos, se sentó bajo el corredor a contemplar la borrasca.

La perrit'andaba a los saltos, ladrando de alegría y le decía al perro:

—¿Has visto, León, como el patrón ha salvao la hacienda? Dios está con él...

Y saltaba y ladraba de contenta.

Desiderio la llamó y la acarició como si hubiera sío una criatura...

La mujer, a todo esto, no le había dirigío ni una palabra. Cuando lo vido acariciar a la Pulguita, le dijo con rabia.

—Permita Dios te volvás perro, ya que parece que sólo con ellos y los demás animales hacís liga...

—Pero mujer, — dijo él tratando de conformarla. — ¿Como no voy a acariciar a mi perrita si por los aullidos de ella hi conocío que venía algún peligro...

—¡Por los aullidos! -- retrucó

ella burlona. — ¿Qué? ¿sos perro vos que le entendís tan bien?

—No soy perro y si les entiendo o no, eso debe ser motivo de alegría pa vos, ya que hemos salvao casi toda nuestra fortuna por ese motivo...

—Por mí se te podía haber ahugao toda la hacienda — contestó ella con rabia; — lo que a mí me revienta y no me deja comer ni dormir, es tu misterio en esas cosas... No sos hombre comunicativo com'otros. A lo mejor saltás de la cama a media noche y salís corriendo pal corral porque has sentío gritar una lechuza y vas a salvar un ternero que se ha encenegao en la represa... ¿Qué misterio es ese? ¿Quién te dice todas esas cosas y si es qu'el grito de los animales lo comprendís por qué no me lo decís a mí?...

—Porque puede ser un secreto que me cueste caro revelar.. —contestó él.

—Y aunque te cueste — replicó ella. — ¿Acaso vale más el sacrificio que hagás vos qu'el que está pasando la mujer que a cada instante te ve reir y no sabe por qué o te ve triste y tampoco sab'el motivo?... Si seguís así me vas a secar la vida...

Desiderio la miró un momento moviendo la cabeza; después dijo:

—Mujer y curiosa... mala cosa... Suponete qu'ese secreto me costara la vida el decirlo.. ¿Seguirás insistiendo?

—Si así juera no te diría nada; —pero son tan embrollones los hombres... Pero está bien... Supongamos que así sea... El día que me harte d'estas cosas me voy y te dejo solo con los animales...

Estaban sentaos mateando. Desiderio, en un golpe de rabia, se puso de pie y le dijo:

—Hoy mesmo te voy a revelar el secreto, mujer; pero antes mandá atar el coche y and'a comprar un cajón pá que me enterrís y velas pá velarme... Andá agora mesmo...

Ella se rió y dijo:

—Dejate de payasadas... Decilo ya y si es cierto que te morís mandaré a buscar un buen cajón pá enterrarte debidamente...

—No, — respondió él — tenís que preparar todo antes. El secreto va a ser lo último que te voy a decir...

Ella no dijo nada. Se adentró amoscada p'adentro y se puso a llorar. El montó a caballo y se jué a dar una güelta por el campo.

Cuando llegó a la tarde se llevó una sorpresa terrible; lo primero que vido al entrar jué un cajón de muerto sobre una tarima de madera y cuatro velas de onza...

—Todo está dispuesto, mi querido maridito, — le dijo ella en tono de broma — pá que me diga ese secreto mortal y s'embarque pal otro barrio....

El recibió tal impresión que se quedó mudo d'espanto al ver la temeridá de su mujer. Dió la güelta y se jué pal lao e los gallineros buscando un sitio solo porque sentía ganas de llorar... Se arrinconó frente a unas madreselvas y se quedó pensativo; las lágrimas le quemaban las mejillas...

No había creído nunca que su mujer llegara a hacer tal cosa con él. Maldijo la hora en que alzó la víbora y se iba a levantar de ande se había sentao pá ir a sufrir su destino, cuando le llamó l'atención una pelea que se armó en el gallinero...

Se fijó y vido al gallo mayor corriendo y dando aletazos y picotones a las gallinas; éstas, asustadas corrían de un lao pá otro gritando como pidiendo socorro y por último se arrinconaron agachaditas y humilladas, sin levantar la cabeza... En esto oyó a un ganso grandote y viejo que del otro lao del alambrao le preguntaba al gallo:

—¿Qué te pasa, bataraz? ¿Te has güelto loco? ¿Por qué le pegás a tus mujeres?

El gallo, entonces, tomando una postur'arrogante, le contestó:

—Estoy haciéndoles comprender a mis mujeres que aquí mando yo, y que anda manda capitán no manda marinero, como dicen los hombres...

—Güeno, ¿y a qué viene eso? — preguntó intrigao el ganso.

—¿A qué viene? — dijo el gallo sorprendío. — ¿Qué no sabís qu'el patrón está por dar la vida por satisfacer la curiodá e la patrona?

El ganso se quedó de una pieza...

—No sabía nada... — dijo. —¡Pobre patrón, qué sonso!...

—Sonso no, — rectificó el gallo. —Lo que hay es qu'es demasiao güeno, y en la vida a los guenos los confunden con los sonsos... Güeno es el cilantro... Pero no tanto...

—Eso es la pura verdá, — dijo el ganso levantando el cogote con soberbia y dándole un picotazo a una gansa que se había arrimao a escuchar la conversación. — Caminá p'allá — le dijo dándole unos cuantos aletazos más, — ¿que venís a escuchar lo que no t'importa?...

La gansa se mandó mudar calladita y con las alas agachadas p'and'estaban las demás.

—Bien hecho — dijo el gallo, — el hombre que se deja dominar por las mujeres acaba por volverse loco...

—¡Quien había e crer qu'el patrón llegaría al extremo de disponerse a dar la vida por satisfacer el capricho antojadizo de una mujer sin seso... ¡Ah, mal haya!... No ser hombre yo por cinco minutos... ¡Por Dios que le daba una güelta de azotes que lo iba a dejar morao, por sonso!...

—Yo haría más, — dijo el ganso pavoniándose y levantando el cogote. — Yo, después de azotarlo a él por babieca, l'azotaría a ella por curiosa hasta que le hiciera correr sangre...

—En fin, — agregó el gallo dando por terminada la conversación, —¡qué himos de hacerle al dolor cuando remedio no tiene!... Esto es como todas las cosas de la vida. Dios es muy sabio y ha hecho la naturaleza de acuerdo a su sabiduría. Si miramos las cosas con calma las vemos de un modo muy distinto que si las miramos acaloraos por una pasión o contristaos por una desgracia...

—Cierto — interrumpió el ganso dándoselas tamién de filósofo pero tal vez sin saber ande iba a dir a parar el gallo, porque tamién entre los animales hay gansos como entre los hombres. — Así, de día, se ven las cosas de diferente color que de noche; que todos los gatos son pardos...

El gallo sin hacer caso prosiguió diciendo:

—En la vida cada cosa tiene su valor y los hombres lo mesmo; pero éste tiene el don de raciocinar como privilegio y puede si tiene la voluntá suficiente, llegar a valer mucho más que lo que representa en la naturaleza...

Hizo una pausa el gallo como esperando qu'el ganso se apuntara con alguna ocurrencia, pero éste no hizo más qu'estirar el cogote dos veces y hacer como un estornudo.

—Estoy resfriao, — dijo — y me duele la garganta cuando hablo. Anoche no me han dejao dormir las chinches.

El gallo siguió diciendo:

—Sin embargo, hay hombres en el mundo que no son más que cosas... Lo mesmo que una planta cualquiera d'esas que no dan ningún fruto, nacen, se crían y se mueren sin haber hecho nada, sin haber dao fruto, y a lo mejor ni sombra pa una hormiga siguiera. Muchas veces a esas plantas les injertan una rama de otra productiva, pero rara vez saben aprovechar el injerto y lo dejan secar. Esas cosas y esos hombres ya están calificaos con ese refrán que dice:

Nunca llegará a ser nada
el hombre sin voluntá:
que aquel que nació pá *medio*
no puede llegar a *real*...

En esa clase de hombres está el patrón... nació pá medio y no llegará a ser real nunca... De todos modos, si lo miramos bien, no hay ni por qué sentirlo... Un hombre sin carácter no sirve en este mundo ni pa él ni pa los demás, y una cosa d'esas que no sirven más qué p'adorno y hasta si se quiere pa estorbar, vale más que se la lleve Dios o el diablo...

—Así es la verdá, compañero — dijo el ganso medio tristón — pero qué podimos hacer nosotros en eso...

Cada uno en la vida es dueño
por la permisión de Dios,
de hacer de su traste un pito
y de su panza un tambor...

Nada dijo el gallo. Como ya el sol había traspuesto y comenzaba a oscurecer, se jué pal dormitorio y se subió a su palo. Estaba triste, sin embargo, porque se recogió sin cantar ni una sola vez. El ganso

ASI, COMO LA GOTA...

Es deber de arribar de cualquier modo
En la vida, a una playa o algún puerto;
Si es que sientes la fuerza de dos alas:
Debes hoy mismo levantar el vuelo!

No te importe marchar entre la sombra.
La Sombra es Luz cuando la alumbra el Genio;
La sangre derramada en el Calvario
Se hace fecunda con la acción del tiempo!

Arroja una semilla dentro el surco
Que va en la tierra tu vivir abriendo;
Si recoger no puedes la cosecha:
Los que vienen atrás verán tu esfuerzo!

F. Belisario CESPEDES

DE LA MUERTE

Quiero repetiros mi consejo, un buen consejo para la paz de vuestra vida. Pensad diariamente, y durante mucho tiempo, en la muerte; pero profundizad este pensamiento y encerraos en él como en una tumba, gozándoos en él con toda la fuerza de vuestra imaginación.

Figuraos que estáis atacado por una enfermedad mortal; — moribundo; — muerto; — estampad bien en vuestra mente el aspecto de vuestro cadáver; observad cada movimiento de los hombres que os colocan en el ataúd, que clavan la tapa, que os llevan al cementerio... Mirad al través de las tablas la ciudad afanada y alegre; sentid el frío de la fosa a la cual os bajan; oíd el ruido de la tierra que os arrojan sobre la cabeza; imaginaos allí solo, inmóvil, convertido en esqueleto horrendo, y meditad sin apartar los ojos de ese horror...

Pues bien, creedme: el que no hace esta experiencia no puede concebir el grande y saludable cambio que esa meditación fúnebre de todos los días produce en nuestro modo de ser y de comprender el mundo y la vida.

Edmundo de AMICIS

se volvió tamién pá su sitio y s'echó entre las gansas pensativo y tristón.

Desiderio había escuchao toda esta conversación sin perder una palabra y se había puesto colorao como un tomate. Parece que le había dao vergüenza del juicio que hacían d'él los animales...

De pronto los ojos le relumbraron como un rejucilo y dándose un guantón en la frente dijo:

—Est'es un mensaje del cielo... Bendito sea Dios que hasta en una víbora se manifiesta su poder. Ella me dió el saber y yo no lo hi sabío aprovechar; y agora, a pesar d'estar en el último instante de mi vida, me hace otro llamao; me quiere dispertar pa que me salve...

Se levantó como por un resorte y jué a dirigirse a la casa, pero al dar el primer paso se detuvo como eletrizao... Adelante d'él, con la mitá del cuerpo enroscao y la otra mitá derecha como una vela, estaba la misma víbora qu'él había salvao de la muerte. La conoció en seguida. Jué a echarse atrás creyendo que lo iba a saltar, pero se contuvo al oir que la víbora le decía:

—No se asuste mi salvador... hi venío a pagar una deuda y a recordarl'el peligro... Yo les hi contao a todos los animales de esta casa lo que pasaba con la esperanza de que mi salvador escuchara a alguno; pero no estando segura de que ésto diera el resultao apetecido, hi venío yo misma a recordárselo... Usté sabrá, mi salvador, lo que hace; con esto yo cumplo con mi deber. Dicho eso la bicha dió un salto y se perdió entre un bosquecillo de malvones...

—Dios nó quiere que muera — dijo — sea su voluntá... — y s'encaminó pá la casa...

Cuando entró le preguntó doña Ursula con un dejo de picardía:

—Mi maridito ha andao despidiéndose de todos sus parientes, ¿no es cierto?

—Cierto — dijo él dentrándose pal cuarto de las monturas.

—Ya está todo listo, — le dijo ella, siempr'en el mesmo tono de broma. — Venga ese secreto que me está matando...

—Ya va — contestó Desiderio, saliendo del cuarto con una sotera d'esas de trenza de ocho, en la mano. — Ha de saber mi mujercita— le dijo escondiendo la sotera, — qu'ese secreto cuesta muy caro y antes de entregarlo yo lo tengo que cobrar.

—Cobre mi maridito todo lo que quiera que por pago no me hi de quedar corta con tal de que me lo diga ya de una vez...

—Muy bien — repuso él — ha de saber tamién que la persona que lo solicita no se puede volver atrás y una vez perdío tiene que pagarlos cueste lo que cueste.

—Está bien, señor de los retintines — contestó ella. — Ya me hi desidío a comprarle el secreto y por la paga no hi d'echar d'eso qu'echa la taba cuando la suerte se da güelta...

—Güeno — prosiguió él; — eso no cuesta más que quinientos cincuenta y cinco azotes con sotera o lazo de trenza de ocho, y han de ser aplicaos con toda conciencia y al alma y si no no valen, — y revoleó la guasca y le asestó un zirriagazo d'esos que levantan lonja...

—Jesús... — gritó ella y quiso salir puert'ajuera, pero él la tomó de un brazo y comenzó a darle lonja qu'era una bendición... parecía una máquina eléctrica... Los gritos de la señora abrían la tierra, pero él no cejaba...

—Ya está güeno, maridito — gritaba — no quiero tu secreto.

Entonces paró la mano él y le dijo:

—De todos modos ya tenís cincuenta y cinco azotes a cuenta... Es lástima que perdás la seña...

—¡Por Dios, no quiero más, mariditó de mi alma... perdonáme que no te voy a preguntar tu secreto nunca más!...

—Güeno — dijo Desiderio — si es así dejemos las cosas and'están; pero no güelva a querer comprar cosas tan caras, porque no le va dar el cuero pá pagar...

—No, Desiderio — contestó ella sobándose; — no quiero nada que haiga que pagar en esta clase de moneda...

—Sin embargo — dijo él colgando la sotera en un clavo, — voy a dejar aquí a la mano esta libreta e cheques por si algún día se le ocurre comprar otro secreto...

Nunca más volvió doña Ursula a meterse en los asuntos del marido, salvo aquellos en que él la dejara encargada. Y fué fama que aquel hombre hizo grandes beneficios en sus pagos, porque todo lo sabía con tiempo y a todos, amigos o enemigos, los prevenía cuando algún peligro les amenazaba. Hasta crímenes evitó con su sabiduría. Y diz tamién que cuando había algún enfermo muy grave él se iba por la noche al campo, pal lao de unos médanos y dando un silbido se le aparecía una víbora negra y grandota con ojos relampagueantes que le decía qué remedios tenía que hacer y hasta lo guiaba por el campo enseñándole las hierbas que tenía que recoger.

Tal vez de ahí venga ese símbolo que hi visto siempre en las boticas y que tiene una copa y una víbora enroscada...

Y fué fama tamién que cuando s'enteraban del precio naide le quería comprar el secreto y mucho menos doña Ursula...

Los tesoros de Dendra

La expedición arqueológica a Grecia bajo el patronato del príncipe heredero de Suecia ha encontrado una curiosísima tumba en Dendra, pequeña aldea situada al pie de la ciudadela de Midea, una de las tres grandes fortalezas prehistóricas de Argelia.

Los objetos hallados en la tumba tienen grandísimo interés histórico. El orden de los enterramientos y el ritual de ellos aparece claro.

Una princesa, con un collar de rosetas de oro, fué la enterrada en primer lugar. Más tarde, lo fueron el rey y la reina, en los extremos y uno enfrente de otro.

Al lado del rey se encontraron sus armas, sus vasos de plata y con sus iniciales y cerca de la reina un collar de cuentas de oro y un colgante imitando una hoja de hiedra y sus tesoros. Entre ambos enterramientos había varios objetos, entre ellos una hermosa lámpara y un huevo de avestruz, en otro tiempo con adornos de oro plata y loza.

Parece que la real pareja fué enterrada con los objetos de su propiedad de mayor duración. Los menos permanentes , los que más fácilmente podían deteriorarse con el tiempo fueron colocados en una caja de madera colocada no lejos de ella en una especie de pozo y la prendieron fuego. Consumidos los objetos, los ponentes de los reyes, siguiendo la costumbre de los tiempos homéricos, hicieron libaciones sobre las ascuas y, por último, arrojaron a los pies del monarca como última oferta una hermosa daga, otras armas y varios objetos de valor.

Curiosísimas son las láminas de oro que cubrían el pomo y la guarnición de las espadas del rey y los tachones de oro con rebordes de filigrana del mismo metal.

En uno de los anillos de oro del soberano aparece, un óvalo en el que se ve grabado dos feroces animales en posición de atacarse el uno al otro, y más arriba dos animales con cuernos sobre un pedestal formado por tres serpientes.

Tres de los sellos reales, encontrados en una copa de oro, encontrada sobre el pecho del rey tienen 47 milímetros de diámetro, con animales como bueyes acostados y leones derribando toros.

El espíritu y el refinamiento del trabajo son admirables.

Más adelante se descubrieron otros dos tumbas, una de ellas interesantísima, abierta en la roca viva y a una profundidad de más de cinco metros de la superficie y a la que se entra por una trinchera de menos de dos metros de ancho y unos 20 de largo.

Se encontró el esqueleto de una mujer con un largo agujón de cobre, dos husos de hilar, y varias placas de vidrio.

Abierta la entrada, encontraron dos grandes fosas unidas por otras más pequeñas. Al quitarlas se vió que tapaban una especie de fosa de cerca de un metros de profundidad, metro y medio de largo y unos 45 centímetros de ancho, lleno de objetos: 33 vasijas de bronce artísticamente trabajadas, seis jarros, siete copas, una de ellas con asas, cuatro trípodes, cinco lámparas, cuatro espejos, dos cuchillos, dos navajas de afeitar, una punta de lanza, una espada y seis venablos dentados.

Este descubrimiento es, sin duda alguna, el más importante en bronces que se ha hecho en Grecia de la época miceana, no sólo por al cantidad, sino por el arte y dibujos de los objetos.

Hay que hacer notar, por lo raro, el que los mangos de madera de los espejos se hayan conservado ajustados al metal.



VIDAS AVENTURERAS

El caballero de La Morliere

Por J. García Mercadal

En todo tiempo ha habido caballeros que, abusando de su posición social y del apoyo encontrado cerca de grandes personajes, maniobraron en la vida con el desenfado y la intriga de los más osados ladrones. Uno de estos famosos caballeros... de industria, durante el reinado de Luis XV, fué el caballero de La Morliere, que contaba con la protección del príncipe de Conti.

Jacobo Luis Augusto de Rochela había nacido en Grenoble el 12 de mayo de 1701, en el seno de una familia, si no muy antigua, muy considerada y bien emparentada en aquella región: su padre era consejero del Rey y miembro del Tribunal de Cuentas de Grenoble.

Muy joven entró en los mosqueteros negros del Rey, donde ganó fama de espadachín y amistades entre los señores más distinguidos de la Corte. Rápidamente consumió su patrimonio entre las casas de juego y las damas galantes, y al ver vacía su bolsa y problemático el sostenimiento de sus necesidades, que no eran pocas, se propuso vivir de aquellos que le habían dejado sin blanca; es decir, a costa de los gariteros y de las queridas de sus amigos.

Cuando el marqués de Pombal quiso tener en la capital francesa un corresponsal y un espía contra los juesuitas, por consejo de un señor portugués eligió a La Morliere, el cual vino a disfrutar por ello una pensión secreta de seis mil libras, más el cordón de la Orden del Cristo. Se carteaba semanalmente con Voltaire, enviándole anécdotas de la corte, de la magistratura, de la burguesía y de los teatros. Pero como su estómago no se satisfacía de no comer a dos carrillos vendió el secreto de su delegación portuguesa y la intimidad de su correspondencia volteriana a los padres del colegio de Clermont, que tuvieron desde entonces la previa censura sobre su correspondencia, y lo mismo Pombal que Voltaire recibían más falsos informes que patentes verdades.

Su osadía no reconocía límites, y dió plena seguridad de ello su presentación cierta mañana en el palacio del príncipe de Conti para ofrecer sus servicios como hombre de paja, capaz de emprender las gestiones más vergonzosas y los actos más temerarios, no retrocediendo ante ninguna mala acción. El desvergonzado atrevimiento de aquella presentación le ganó la buena voluntad del príncipe, y a partir de aquel día el caballero de La Morliere contó con una habitación gratis en el Temple, ganando con ello un retiro inviolable para las persecuciones de sus acreedores.

A los veinticinco años había sido ya por dos veces inquilino de la prisión de San Lázaro, lo que, según él, le había clasificado a la cabeza de las malas cabezas.

A un extranjero que se presentara cierta mañana en casa de La Morliere para solicitar de él lo pilotase a través del revuelto océano de París, el caballero le preguntó:

—¿Qué proyectos tenéis para el porvenir? ¿Queréis acabar siendo un hombre honrado o un tunante?

—Un hombre honrado, naturalmente — contestó aquél.

—En ese caso os prohibo volver a verme; yo no trabajo más que para perder a las gentes. Largaos.

Obedecía el personaje, sumamente sorprendido, cuando La Morliere le volvió a llamar:

—Caballero..., caballero... El sacerdote vive del altar hasta cuando cumple con su deber. Debéis pensar que he podido desvalijaros, arruinaros, perderos, y que me privo de ello; engañaros me hubiera valido cien mil libras; no es justo que mi probidad me perjudique; tengo dos acreedores que no me dejan vivir, y os los enviaré; defended bien mis intereses con ellos, de modo que no los vuelva a ver. Con cien luises os veréis libre.

Uno de sus amigos tenía una linda mujer, honesta y bien educada, de la que La Morliere se enamoró a su modo. Hechas us insinuaciones, fué despedido y hasta amenazado con el marido. Entonces fué a buscar a su amigo y le previno de que debían romper la amistad que los unía. El otro, extrañado por tan rara declaración, preguntó la causa, y La Morliere quiso excusarse de hablar; más apretándole su amigo, cedió:

—Amigo mío — dijo: no te enfades conmigo, pero tu mujer se ha enamorado de mí. He tratado de curarla de su pasión, pero nada he conseguido. En fin, ayer me dijo que si persistía en mi actitud renovaría los procedimientos de Fedra y de la señora de Putifar y me acusaría a ti de haber intentado seducirla. Para poner fin a todo esto voy a retirarme.

Encantado de tal confianza, el amigo se mostró decidido a no privarse de un buen amigo por una mujer coqueta. Y cuando La Morliere renovó el asedio de la dama, y ésta lo descubrió al marido, éste se contentó con decir:

—¿Qué La Morliere te hace el amor? Está bien; la cosa no me parece mal. No estoy dispuesto a cambiar tan fácilmente de amigo. Si eres honesta sabrás defenderte, y si no, poco me importa.

Total: que la mujer, después de la impresión de aquella ducha, no pudo defenderse. La Morliere rió y el marido no cambió de amigo.

Empleaba un procedimiento bastante impertinente para adjudicarse las citas galantes de sus amigos cuando éstos se franqueaban con él. Por medio de unos polvos purgantes, echados en sus vasos a hurtadillas, les ponía bruscamente en trance de tener que excusarse de asistir. Luego se hacía el encontradizo con el chasqueada, la tranquilizaba sobre el ausente con cierto retintín, se hacía de rogar para hablar más claro, exigía promesa de silencio, imaginaba una infidelidad y se aprovechaba de los rencores provocados. A uno de sus mejores amigos, lo mató en duelo por una bofetada recibida después de una broma de aquel género. Se trataba de una especulación matrimonial que el amigo pensaba llevar a término, y que la broma de La Morliere hizo fracasar. Si éste hubiese sospechado tal cosa, no hubiera gastado la broma hasta después de celebrado el matrimonio.

Hallándose La Morliere en cierta ocasión en el vestíbulo de la Comedia Francesa, oyó al marqués de Soyecourt alabarle al de Burdeos que había hecho la víspera dándole el nombre y señas de su proveedor. Al día siguiente La Morliere, vestido de negro, se presentó en casa del comerciante como intendente del marqués de Soyecourt, que, encantado por la partida de vinos recibida, deseaba hacer un obsequio de trescientas botellas de vinos de la misma clase al caballero de La Morliere, su amigo y pariente; el pago se le



—Sí, señor; yo pertenezco a esa banda de ladrones.
—¿Y dónde está su parte de lo robado?
—¡Yo no he tocado al dinero ni a nada!
—¿Qué no? ¡Pero, hombre! ¿cómo, siendo de la banda, no toca usted nada?

EL JOVEN POBRE Y EL JOVEN RICO

La miseria de un joven no es nunca miserable.

El joven pobre tiene dos riquezas de las que carecen muchos ricos: el trabajo que le hace libre y la inteligencia que le hace digno.

El joven rico tiene cien distracciones brillantes y groseras: las carreras de caballos, el tabaco, el juego, y todas las demás ocupaciones de las regiones bajas del alma a costa de las regiones más altas y delicadas.

El joven pobre encuentra gran dificultad en ganar su pan. Come, y cuando ya ha comido, no le queda más que divagar y soñar.

Asiste gratis a los espectáculos que da Dios, contempla el cielo, el espacio, los astros, las flores, los niños, la humanidad entre la que sufre, la creación en la que resplandece. Mira tanto a la humanidad, que llega a verle el alma: mira tanto a la creación, que ve a Dios. Medita y conoce que es grande; medita y conoce que es sensible. Del egoísmo del hombre que sufre, pasa a la compasión del que piensa. Un admirable sentimiento brota en él: el olvido de sí mismo y piedad para todos. Al pensar en los goces sin número que la Naturaleza ofrece y prodiga a las almas abiertas y niega a las cerradas, llega a comprender, millonario de la inteligencia, a los millonarios del dinero.

La miseria de un niño conmueve a una madre. La miseria de un mozo conmueve a una muchacha, pero la miseria de un viejo no conmueve a nadie, y es, de todas las infelicidades, la más fría.

En la miseria se crece poco y se tiene tendencia al raquitismo.

La noche, la soledad, la desnudez, la impotencia, la ignorancia, el hambre y la sed, son las siete bocas abiertas de la miseria.

Víctor HUGO

haría al mismo tiempo que lo servido anteriormente.

Encantado del éxito de sus vinos, el comerciante hizo el envío, y tres meses después envió a cobrar la factura a casa del marqués. El intendente, comprobadas las cifras, pagó. Pero luego, leyendo las partidas, le sorprendió una que decía: "Más trescientas botellas de la misma clase para el caballero de La Morliere, pariente y amigo íntimo del señor marqués de Soyecourt".

El intendente, que conocía a La Morliere y no le había visto jamás en casa de su amo, no concebía semejante regalo. Habla a su señor, y éste, al leer lo de "pariente y amigo", se encoleriza, jurando no tener nada de común con semejante pillo. Se hace venir al comerciante, y coinciden con las de La Morliere las señas que da del falso intendente presentado en su almacén. El marqués, furioso, lo busca en el vestíbulo de la Comedia Francesa y se dirige a él; mas el caballero de industria, viéndole acercarse, alza la voz y se confunde en amabilidades, agradeciéndole el regalo. Protesta el marqués, diciendo no haber pensado jamás en regalarle, ni menos en hacerle su amigo y pariente. Pero La Morliere replica que después de bebido el vino tendrá más fuerza para digerir la ofensa, y que por tal regalo le perdona la broma, diciéndose a sus órdenes para cuantas veces quiera repetirla.

La Morliere, que pretendió ser un hombre de letras y se creía poseedor de grandes aptitudes para el cultivo del teatro, durante cincuenta años puede decirse cobró **el** barato en las salas de los Italianos y de la Comedia Francesa, ejerciendo con la mayor audacia una especie de crítica en voz alta, que lo llevaba a capitanear los grupos de autores famélicos dispuestos para hundir la obra nueva del enemigo o para encerrar al artista que no se hubiese puesto a bien con ellos.

Era, en las noches de estreno, el interruptor que desata las furias. Gozaba para ello de incansables pulmones, y su celebridad en semejante papel era tal, que no faltó autor o cómico que le diera dinero para tenerlo callado. Sus severidago en panfletos contra los autores, contra los cómicos y hasta contra el público.

Su mayor animadversión fué para la señorita Clairon. Llegó hasta tal punto, que el día de la primera representación de "Tancredo" en la Comedia Francesa el jefe de Policía puso a La Morliere una guardia de dos policías para cubrir con aplausos su voz cuando protestase. Viendo que nada podía conseguir ni gritando ni silbando, otro día tomó el partido de bostezar con tal empeño que a todo el mundo le pareció la obra fastidiosa. La Clairon llegó a conseguir que a La Morliere ni le dejasen entrar en la Comedia, amenazando en caso contrario con retirarse.

Mientras se vanagloriaba de tener en sus manos los destinos de las obras teatrales, no conseguía con las propias los aplausos que trataba de arrebatar a las ajenas. Su "Gobernador" fué un fracaso; "La criolla", otro; su "Amante disfrazado" no llegó a terminarse.

Fué autor de una multitud de obras inmorales, entre ellas la novela "Angola", que alcanzó algún éxito: la titulada "Laureles eclesiásticos", publicada en 1748, y "El fatalismo, o Colección de anécdotas para probar la influencia de la suerte sobre el corazón humano", dos volúmenes, que dedicó a la condesa Dubarry, la cual, muy halagada por lo que de ella se decía en la obra, invitó una noche a cenar a su autor cuando ya no se esperaba al Rey. Pero habiéndose presentado Luis XV en las habitaciones de su querida, le sorprendió hallar allí a La Morliere y a otro tunante de su especie, y preguntó al duque de Ayen qué gentes eran aquéllas. El duque, famoso por la audacia de sus réplicas, le respondió:

—Lo ignoro, sire; esta clase de caras no se ven más que en casa de vuestra majestad.

En diversas ocasiones La Morliere huyó con mujeres arrancadas a su hogar conyugal. Habiéndose escapado una de ellas con dos mil francos de la caja del marido, La Morliere fué desterrado a Rouen; pero rompió el destierro y volvió a París, siendo preso.

Al salir de la cárcel volvió a Rouen, y, haciéndose pasar por un barón alemán, se introdujo en casa de un consejero del Parlamento, padre de una linda muchacha, a la que sedujo. Prometió casarse con ella; pero enterado el padre por una carta de París, tuvo que darle treinta mil francos para que desistiese de la boda. Y resultó que la carta que le había denunciado era cosa de él mismo.

La Dubarry le envió cien luises por el libro que la dedicara, y ese obsequio fué una de sus últimas fortunas. Conforme fué envejeciendo fué perdiendo crédito. Acusado de estar vendido a la Policía, lo cual era cierto, se vió abandonado poco a poco de los que le reían sus gracias y cubrían con el pabellón de sus influencias la perseguible mercancía de sus pilladas, muriendo olvidado en París el 5 de febrero de 1785, en la miseria, y a consecuencia de la pena que le causara la muerte de su ama de llaves, la única persona que no lo había abandonado.

CANCION ALDEANA EN PRIMAVERA

Tus pupilas de azur, y tus mejillas
de pétalos de rosa — embriagan
más que el vino, Primavera.

R. Blanco Fombona.

Bienvenida seas, gentil Primavera,
—dulce y hechicera como una quimera—
que nos traes las rosas del divino amor.
Bienvenida seas, con tu breve encanto,
y con las floridas rimas de tu canto
que es todo esperanza y es todo color...

Ríen las parleras bocas, en los prados,
bajo la caricia de los perfumados
naranjos en flor...
Y hay rumor de besos; y entre los danzares,
los mozos apuestos cantan sus cantares,
que llenan los lindos rostros de rubor...

Bienvenida sea tu blanca silueta,
tu fino donaire y tu gracia inquieta
de reina aldeana, picante y jovial,
de rubias guedejas, de boca de grana,
por la que suspira su pasión temprana
el tierno zagal...

Las sendas soleadas se llenan de flores...
El hilo de agua de los surtidores,
murmura su fresca canción de cristal...
Y entre los follajes, se escuchan los trinos
de los pajarillos, que en los altos pinos
saludan la buena gloria matinal.

Juega en la plazuela la chiquillería,
y entre los rumores de la algarabía,
van los viejecillos de tímido andar,
con rumbo a la fiesta de la Primavera,
recordando el tiempo que para ellos era
el tiempo de amar...

La fiesta es alegre... ¡viva la alegría!
Suenen los violines su blanda armonía,
y los tamboriles digan con su son,
que en la pradería, sobre el césped fresco,
comienza el galante baile pintoresco
de los amoríos y de la ilusión...

—Dulce y hechicera como una quimera,
desgrana tu canto, diosa Primavera,
sobre la campiña llena de verdor...
Que el sol a la fiesta brinda con su oro,
y todos los labios repiten en coro:
"¡Llegó Primavera, llegó ya el Amor!"

Julio C. VIALE PAZ

La mejor de todas

En una reunión discutían el por qué salían tan bien las comidas en los distintos pueblos donde se elaboraban.

Un catalán decía: Les cudelles salen bien an Barselona por el agua.

Un valenciano: La paella sale muy bien por el agua de Valencia.

Un madrileño discutía que el puchero salía muy bien con el agua de Lozoya; y uno que oía con tranquilidad todo aquéllo exclamó:

—¿Han terminado ustedes?

—Sí, señor — le contestaron.

—Pues, bien; con lo que sale mejor todo es con el agua de mi pueblo.

—¿Y usted de dónde es?

A lo cual contestó:

—Yo soy de Carabaña.

Un pálpito

—Me parece que me van a despedir de esta oficina.

—¿Por qué?

—Porque he roto un frasco de goma.

—Eso no tiene importancia.

—Es que lo he roto en la cabeza del jefe de Contabilidad...

El ladrón con barba

LA CONTRAFIGURA

—No puede usted imaginarse cuánto me alegra que haya venido, Tony. Siéntese y le contaré todos los detalles de este extraño robo.

Y Noel Wallace indicó una silla al joven detective y se instaló en otra frente a él. Su aspecto denotaba una gran ansiedad.

—Ayer por la tarde recibí un especial y excepcionalmente valioso diamante, que me enviaba mi agente en Sud América—, comenzó. —Por desgracia llegó aquí a una hora en que ya los bancos estaban cerrados y como yo no soy partidario de dejar nada de gran valor en estas oficinas, resolví llevarlo a casa conmigo.

—Perdone que le interrumpa, — exclamó Tony. — ¿Estaba alguna otra persona enterada de la llegada del diamante?

—Unicamente mi secretario, Mr. Hargreeves, — respondió el otro. Se encontraba aquí cuando abrí el paquete y admiró la belleza del diamante al mismo tiempo que yo. Bueno, continuó. Llevé la piedra a mi casa y como había prometido a mi esposa llevarla al teatro y no quería dejar una joya de tanto valor al cuidado de dos sirvientas...

—Decidió llevarla al teatro... ¿No es así? — continuó el joven detective.

—Sí. Le envolví cuidadosamente en varios papeles y la metí en el bolsillo interior de mi smoking. La guardé de exprofeso en el bolsillo destinado a los fósforos, porque pensé que si acaso me robaban nadie metería la mano en ese sitio. Pero estaba en un error, porque al regresar fuí a sacar el paquetito... y el diamante había desaparecido.

—¿Notó también la falta de algún objeto más?

—No; y eso es lo que más me extraña, — respondió la víctima del robo. Mi cartera, que contenía una buena suma de dinero, mi reloj de oro, todo lo demás, en fin, se hallaba en mi poder, únicamente la piedra que yo había metido en un bolsillo donde no se acostumbra a llevar valores, había desaparecido...

—Si es extraño, realmente. Todo hace creer que el ladrón ha obrado como una persona que sabía que la piedra se hallaba en su poder y que solo ha buscado la forma de apoderarse de ella, — observó el detective. ¿Sabía su secretario que usted había resuelto llevar el diamante al teatro?

—Sí, Por que cuando me convencí de que no podía guardarlo en un banco, manifesté mi resolución de no dejarlo en casa ni en la oficina ya que lo consideraría más seguro si lo llevaba encima.

—¿Vió usted a su secretario durante la función? — fué la inmediata pregunta.

—No. No volví a ver a Hargreeves desde que salí del escritorio, — respondió el otro. Por otra parte, aunque usted parece dudar de él, es una persona muy honrada y en la que tengo plena confianza.

—No lo dudo... ¿Quién estuvo sentado a su lado durante la función? ¿Lo recuerda?

—Sí. A un lado estuvo mi esposa y al otro la señorita Leegrove la hija del banquero.

—¡Ah! — exclamó Tony quien permaneció pensativo durante algunos momentos. Luego preguntó: ¿Se fijó usted en la persona que estaba sentada detrás?

—Sí, por un accidente casual. Mi esposa notó que algunas filas más atrás de la nuestra había unos amigos y cuando me volví para saludarlos vi a la persona que se hallaba detrás de mí. Era un hombre de aspecto extranjero, con una barba negra muy tupida.

Pocos instantes después, mientras continuaba la conversación, llamaron a la puerta y apareció un hombre de elevada estatuta y porte distinguido, quien exclamó.

—Perdone señor Wallace, pero el mensajero que ha traído esta carta dice que espera la respuesta.

El mercader de diamantes tomó la misiva y mientras leía el contenido, Tony observó disimuladamente al secretario. Así pudo notar algo que inmediatamente le llamó la atención. Las cejas de Hargreeves eran mucho más obscuras que su cabello y el pequeño bigote que usaba. Además una de las cejas, la del lado izquierdo, era más negra que la otra.

Esto despertó inmediatamente las sospechas del detective y en cuanto el secretario salió de la habitación se volvió hacia Noel Wallace y le preguntó:

—¿No ha notado usted algo de particular en su secretario?

—¡No! — respondió admirado el otro.

—Yo sí, — agregó el detective poniéndose de pie. Por alguna razón, que voy a tratar de averiguar, se ha teñido las cejas. ¿Dónde vive?

—Por el lado de Church Square, — respondió el comerciante sacando una tarjeta del bolsillo. Tome, aquí tiene la dirección exacta.

—Gracias, — dijo Tony tomándola. ¿No recuerda el número de las localidades que ocuparon ustedes?

—Sí. Mi esposa y yo ocupamos las plateas números doce y trece, de la sexta fila.

—Bueno. Es todo lo que deseaba saber. Espero que nos volveremos a ver dentro de dos o tres horas. Hasta la vista.

Y dejando al comerciante de diamantes algo intrigado por forma de proceder, el joven detective salió de la oficina. Diez minutos después se hallaba Tony en la casa donde vivía Goeffrey Hargreeves y cuando una mujer, de simpático aspecto y de cierta edad le abrió la puerta, preguntó:

—¿Está en casa el señor Hargreeves?

—No señor. No acostumbra a venir hasta después de la una de la tarde.

—Si usted no tuviera inconveniente le esperaría. Son ya las doce y media...

—Muy bien. Si lo cree oportuno, puede esperarlo, — respondió afablemente la mujer.

Después inició la marcha hacia las dos habitaciones que ocupaba en la casa Hargreeves. Indicó al detective una silla y le pidió excusa por tener que dejarlo solo ya que había de atender a la comida, que se estaba haciendo en la cocina.

En cuanto desapareció ella, Tony corrió hacia el dormitorio y comenzó a buscar afanosamente por los cajones de los muebles. Lo primero que descubrió fué algo que le hizo lanzar una exclamación de alegría. Era una barba y bigotes negros, postizos, poco después daba con un paqueño frasco con tintura para el cabello.

En un armario en que había ropa colgada buscó el smoking. Lo encontró y en uno de los bolsillos encontró el talón de una localidad de teatro. Examinó el papel cuidadosamente.

—Esto es. ¡Fila siete! Número 13!... El hombre que estuvo sentado detrás de Wallace era Hargreeves. — Murmuró el detective.

Pero en aquel momento sus pensamientos fueron bruscamente interrumpidos. Un amplio pañuelo de seda cayó sobre su cabeza y le tapó la boca al mismo tiempo que una rodilla se le clavaba en la espalda. Su desconocido asaltante lo llevó haciéndole retroceder hasta la cama donde lo arrojó y le ató las manos a la espalda, luego lo puso hacia arriba.

—Ahora no se podrá mover, amigo, — murmuró Keoffrey Hargreeves, que era el atacante. ¡Creía usted cosa muy fácil apoderarse del diamante de Wallace y agregar mi nombre a la lista de delincuentes detenidos por usted, pero se ha equivocado! Ahora se quedará aquí mientras yo me marcha del país... Supuse que usted sospechaba de mí y por eso le he seguido... ¡Hasta la vista y que lo saquen pronto de esta situación!...

Y lanzando una carcajada, Hargreeves tomó una balija, que indudablemente estaba preparada de antemano y salió de la habitación cerrando la puerta.

Tony permaneció inactivo un momento, luego, tomando una resolución, se dejó caer de la cama al suelo y comenzó a hacer todo el ruido posible con los pies y derribando sillas. El tumulto llamó la atención de la dueña de la casa de pensión quien acudió y golpeó repetidas veces en la puerta.

Con ella acudió un hermano que logró abrir haciendo saltar la cerradura y juntos penetraron en la habitación, donde, con gran asombro, hallaron al joven atado y amordazado.

No tardaron en libertario de sus ligaduras y sacarle la mordaza.

—Gracias! — dijo el detective. Ahora es necesario que me ayuden a dar caza a ese canalla de Hargreeves. Es un ladrón y no tenemos tiempo que perder si no queremos que se nos escape.

—Ya lo creo, — respondió Santiago, el hermano de la señora.— Se ha escapado y nos adeuda dos meses de pensión...

—Acompáñeme a la estación en seguida. Seguramente va a Londres para huir de allí a otro país.

Los dos hombres salieron a todo correr y llegaron a la pequeña estación del lugar en momentos en que entraba en agujas un tren. Tony fué el primero que penetró en el anden y observando con cuidado vió a Geoffrey Hargreeves que subía a un departamento de primera clase.

Antes de que pudiera darse cuenta de lo que le ocurría, dos fuertes brazos lo detuvieron y lo arrastraron hacia atrás cayendo con su asaltante en la plataforma. Cuando intentó defenderse notó que Tony y Santiago lo sujetaban fuertemente. Una hora después Noel Wallace recibía una sorpresa al llegar a su casa el detective en compañía de un agente de policía que llevaba con esposas a su secretario, en poder del cual se había encontrado el valioso diamante.

EFLORACION DE SAUDADES

La turbulencia de las horas místicas
Torturadoras del ensueño idálico;
El placible rosal de las ideas
Abriendo sus capullos delicados...

Arpegios rumorosos del deseo
Tornador de afecciones ya pretéritas;
Las trémulas glicinas del recuerdo
Perfumando ilusiones pasajeras...

El manantial de diáfanos ideales
Reflejando sus dalias pensativas;
Crepúsculos bermejos de la tarde
Circundando las rosas opalinas...

Anhelos vagorosos del pasado
Trayendo los miosotis de esperanza;
La estrella inspiradora del humano
Rielando la visión idealizada...

Y el lírico vergel del pensamiento;
Y la eclosión de flores pasionarias
Poemizando la vida en el misterio
Con mágicos mirajes de añoranzas:

Son hijos de la anémona que abre
Sus corolas de puros idealismos,
A las áureas saudades emblemáticas
De floramias de eróticos designios.

Juan Raúl ZERDA

Coloración de las ballenas

El problema del color de los animales ha sido siempre interesante, y aunque muchos dicen que no hay que darle importancia, es indudable que obedece a una causa determinada y tiene su fin. Los animales que en las jaulas del jardín zoológico nos llaman la atención por las manchas rojas o dibujos de su piel, si los encontramos en su selva, en libertad, pasarían muchas veces desapercibidas. De conspicuo colorido en un ambiente artificial, sólo se ven accidentalmente en su terreno natural, con el cual llegan a confundirse. Un tigre en una jaula, una zebra en medio de una empalizada atraen nuestras miradas por sus hermosas rayas negras sobre el fondo amarillento de su piel; pero entre las largas hierbas del bosque, apenas se distinguen.

¿Es mera coincidencia el que la costumbre de vivir entre altas hierbas dé a su piel esas listas que "hacen juego" con los vegetales, hasta el punto de confundirse con ellos?

¿Por qué estos animales tienen la piel rayada y no lisa?

Tiene su explicación, su causa y su función; pero no es esto lo que hemos de explicar ahora; nuestra revista lo ha tratado varias veces; lo que nos interesa es otro problema de la misma índole, al cual hasta ahora no se ha encontrado explicación y es el color de los cetáceos.

La ballena de Groelandia llamada "beluga", es blanca en el animal en completo desarrollo. Vive en los mares árticos y rara vez llega más abajo de las costas septentrionales de la Gran Bretaña.

En las costas del Penbland Flirth se encontraron dos ballenatos de esta especie el año 1793, que fueron arrojados por las olas. Desde esa fecha hasta el día sólo otras seis belugas han vuelto a verse en las costas de las Islas Británicas.

Lo curioso de este cetáceo es que los adultos son de un color blanco crema. Esto parece natural en un animal de las regiones árticas, pero la beluga no tiene por fondo los hielos ni la blanca nieve como el oso blanco, en el que se comprende perfectamente el colorido de su piel.

La citada ballena y la "Sotalia vivensis", de China, son las únicas blancas que se conocen, aunque hay otras de coloración clara, como las "lipotes" de Asia y las "pontoporia" de la América del Sur, que son de color tabaco muy claro.

Si la ballena beluga fuese el único cetáceo de los mares árticos, podríamos inferir que su blancura tenía alguna relación con el medio en que vivía; pero en los mismos mares vive la gigantesca ballena groenlandesa, que es negra, aunque a veces presenta manchas claras.

Pero hay algo más raro aún, la "beluga" desde que nace hasta que llega a la edad adulta es negra o de color pizarra muy obscuro. ¿En qué época de su crecimiento desaparece el pigmento? No se sabe. ¿A qué obedece la despigmentación? Se ignora.

Por lo general, los cetáceos tienen el lomo o la parte superior del cuerpo negro y el abdómen blanco, como sucede con la marsopa común y la yubarta. El delfín común y el delfín rayado tienen el mismo colorido; pero con rayas de color ocre amarillo en los costados. El delfín de Cope, de las aguas de Norteamérica, del género "prodelphinus", es negro con manchas blancas. El delfín de capucha blanca tiene, como su nombre lo indica blanca la extremidad de la cabeza, y otra variedad de yubarta una franja blanca en la aleta; mientras que la enorme leta de la ballena jibosa es blanca con pequeñas manchas negras.

El delfín artístico de Commeron es blanco, pero tiene la cabeza, la aleta dorsal y la cola negras con una mancha del mismo color en el abdómen; coloración rarísima que no se explica.

En muchas especies de ballenas se nota una tendencia al blanco, a medida que avanzan en edad. Los animales adultos en las ballenas picudas de Curier tienen la cabeza y la parte delantera del cuerpo completamente blancas. Muchos han confundido estas ballenas con las "belugas", creyendo que la parte negra era un efecto de luz.

La ballena "hyperrodón" va cambiando con la edad el color de la cabeza, y de los hombros que llega a hacerse blanco, y el feroz cetáceo que los pescadores llaman ballena matadora tiene una mancha de color blanco sucio encima y detrás de los ojos y otra en el lomo detrás de la aleta dorsal.

¿Son estos caprichos, rarezas, simples idiosincrasias de la coloración? ¿Tienen alguna relación definida con el medio que rodea a estos seres?

Es muy difícil contestar satisfactoriamente a estas preguntas.

Los lipotes chinos del lago Tung-King son de color castaño claro; son ciegos y viven de otros peces. En su mismo elemento, junto a ellos viven los "meomeris", también ciegos, que se alimentan de crustáceos y son completamente negros. ¿Por qué esta diferencia de color? ¿Por qué unas ballenas son blancas y otras negras? ¿Por qué esa variedad de rayas y manchas en la piel?

Hasta ahora no se han podido contestar satisfactoriamente estas preguntas. Hay que contentarse suponiendo que este colorido no significa nada; mientras estos mamíferos marinos no se estudien más detenidamente con relación al medio en que viven.

Ya que hemos hablado de la despigmentación de la beluga, haremos notar que un caso análogo se presenta en la interesante ave llamada bubia. El plumón de los polluelos es completamente blanco; luego va pasando por diferentes coloridos hasta ser negro con pintas blancas y al llegar a la edad adulta toma el color blanco que tuvo en el nido. ¿Por qué? Y ¿por qué en la ballena nunca se ven manchas de rojo, azul, verde brillante, como en otros habitantes de mar? Misterios.

PARADOJA

¡Qué pronto, junto a tí, pasa una hora!;
y en tu ausencia, ¡cuán larga se me ocurre!...
Diríase que el tiempo no transcurre
cuando mi alma, nostálgica, te añora.—

No sabes la inquietud que me devora
y el hastío mortal que a mí concurre,
con el tiempo tedioso que discurre
negando tu presencia bienhechora.

¡Cómo pasan las horas a tu lado!...
Si parece que el tiempo fuese dado
a cambiar, por tu culpa, su compás.

Y a pesar de abreviarse por tu influjo,
mi alma enamorada, siempre adujo
que viviendo a tu vera, vive más.

Diego DOSIL SANCHEZ

MAXIMAS DE CERVANTES

La desesperación nada remedia.
La moral es la higiene del alma.
Grande cosa es el saber callar.
La atención es el buril de la memoria.
El que se estima en mucho se conoce poco.
Hacer bien por el bien mismo es una gran virtud.
Más fatigan los placeres que los negocios.

Arbol medicinal

En el sudeste de Asia se conocen desde hace tiempo las propiedades curativas de un árbol, el "chalmugra" en la repugnante enfermedad de la lepra.

Una leyenda de la época anterior al budismo nos dice que un rey atacado de esa repugnante dolencia se retiró voluntariamente al bosque, en donde con los frutos del "chalmugra" curó.

Los indígenas exprimen el aceite de las semillas y lo aplican en fricciones o lo toman como bebida.

El doctor Federico B. Power aisló por primera vez los ácidos grasos de ese aceite, preparando con ellos los éteres etílicos, tan útiles en las inyecciones intramusculares. Por este método fué factible la curación completa de doscientos enfermos de las leprosería de Kalibri y de Kaulapape. Comprobado esto se hicieron viajes a Siam, patria del "chalmugre", para adquirir semillas de este precioso fruto.

El explorador que hizo el viaje después de mil incidentes, pues el "chalmugre" no es árbol abundante, tuvo noticia en la aldea de Kyokta de que se hallaba cercano a un bosque en donde había ejemplares de esa medicina vegetal.

Un curioso incidente se produjo la noche de su llegada. De madrugada llegó un muchacho, atemorizado, relatando que un tigre había penetrado en la cabaña donde su madre, dos mujeres y una hermanita se albergaban. Al llegar a la casa contemplaron, horrorizados, la tremenda carnicería hecha por el tigre. Por medio de trampas pudieron coger aquella noche al terrible felino, el cual remataron a fuerza de cuchilladas.

Con este recuerdo horrendo regresó el explorador a su patria, llevando buena cantidad de semillas del árbol que tantos beneficios se cree puede causar entre los aquejados de esa temible enfermedad, que es la lepra.

FILOSOFIA MÉDICA

LA INMORTALIDAD

"La vie est vaine,
Un peu d'amour,
Un peu de haine
Et puis, bon jour!
La vie est breve,
Un peu d'espoir,
Un peu de reve
Et puis, bon soir!"
Príncipe de Kapurtala

"El vivir es un correr hacia la muerte". — Dante. — "Purgatorio".

"No hay cosa alguna que los hombres gusten tanto de conservar como la propia vida, y, sin embargo, es lo que menos cuidan". La Bruyere. — "Caracteres".

"El envejecimiento es un fenómeno termoquímico. El cuerpo humano pierde su fuerza de electricidad, lo mismo que el sol". G. Marinesco. — ("Rejuvenecimiento", 19 de Agosto 1928).

I Inmortalidad de las especies. — La muerte natural no existe en la naturaleza: Nagelli, Weismann, Metchnikoff. — La vida y la muerte.
II Inmortalidad humana. — Ovalo y espermatozoides. — Continuidad de la vida.
III Límite de la vida: Flourens y Metchnikoff. — Vejez fisiológica y accidental. — Instinto de la vida e instinto de la muerte natural. — Vejez patalógica. — La moral biológica

La inmortalidad humana ha sido desde muy antiguo la preocupación de todas las religiones y escuelas filosóficas. La vida humana y el grave problema d esu conversación y perfeccionamiento, halla ya en Condorcet (1) algunas reflexiones dignas del gran filósofo del siglo XVIII. ¿Sería pregunta, absurda acaso, la suposición de que el perfeccionamiento de la especie sea susceptible de un perfeccionamiento indefinido? ¿No llegará un tiempo en que la muerte sea únicamente el resultado de accidentes extraordinarios, de la destrucción cada vez más lenta de las fuerzas vitales, y más aún, que la duración media del intervalo entre el nacimiento y la destrucción dejará de tener un término asignado?...

El hombre, no cabe duda, no se hará inmortal; pero la distancia entre el momento en que empieza, de una manera natural, a sufrir dificultades de ser, sin enfermedad y sin accidente alguno, ¿no podrá esa distancia alargarse cada vez más...? Por su parte, Ch. Robin (2) agrega: "Ninguna comisión científica se opone al concepto de un perfecto equilibrio entre la asimilación y la desasimilación, renovadas al infinito, en todos los seres existentes, sin interrupción en la continuidad de la renovación molecular y sin descomposición consiguiente de la substancia orgánica".

Antes de llegar a Metchnikoff, conviene aún oír a Ch. Letourneau (3): "Quien se atreva hoy a decir que es posible vencer a la muerte, la tremenda enemiga, se expondría a ser tenido por loco. Las doctrinas animistas y vitalistas se desvanecen, después de haber perdido todo crédito ante la ciencia. El yugo sobrellevado durante largo tiempo, ha dejado sus huellas duraderas. En el campo de las opiniones, el efecto sobrevive a la causa. Durante largos siglos, la vida se consideraba como un hecho misterioso, milagroso, más allá del alcance de toda investigación. Cada organismo era una monarquía despótica, gobernada por una entidad metafísica y superior. El problema de la vida debía desafiar eternamente el poder del conocimiento humano. Era un "fatum", y contra el destino era inútil luchar. Así, continúa, hoy día es la opinión reinante, sin más razón que la fuerza creada por el hábito. El fenómeno de la vida, sin embargo, está analizado. Sabemos que repite, en otra esfera, las reacciones que se desarrollan en la pila eléctrica? Nadie sostendrá hoy día, concluye, que los fenómenos vitales contienen algo de inmutable, de fatal".

Nos hemos acostumbrado, en efecto, a mirar la muerte como un fin tan natural e inevitable, que en todo tiempo se la ha considerado como un atributo inherente al organismo. Pero cuando los biólogos se han preocupado de penetrar más hondamente en las entrañas de esta cuestión, en vano requirieron una prueba que cohonestare este aserto propalado como un dogma. Cuando se observan los animales inferiores, los infusorios u otros protozoarios, se les vé reproducirse por división y pulular, al cabo de poco tiempo, de una manera extraordinaria. Las generaciones se suceden con una gran rapidez, sin que se produzca un solo caso de muerte; se buscaría inútilmente un solo cadáver entre el infinito número de infusorios hormigueantes. De ese hecho, muy fácil de constatar, Buetschli y Weismann (4) dedujeron que los seres unicelulares son inmortales. Un infusorio dividiéndose en dos, cada una de sus mitades se recompene inmediatamente y se rejuvenece para reproducirse de nuevo en idéntica forma. El caso es más complicado cuando la división se hace simultáneamente en varios fragmentos, en los cuales uno se lleva una parte del organismo materno. Los casos de reproducción en esta forma son numerosos. Como el animal se reparte a la vez en todo un conjunto de individuos de nueva generación, la individualidad del primero desaparece. Se podría, pues, en ese caso, como admite Gotte (5) creer en la muerte natural, sin que se produjera una franca destrucción, con presencia de un cadáver.

En todos esos casos, resulta incontestable para Metchnikoff (6), el sabio autor de los "Ensayos de filosofía optimista", que en los seres inferiores no existe muerte natural, comparada con la de los seres superiores o el hombre. Pero M. Maupas (7) ha observado que después de un gran número de generaciones, los infusorios se hacen de más en más pequeños, se caqueitizan, por decir así, y mueren extenuados, si no consiguen realizar una conjugación entre dos individuos. Este acoplamiento procura el intercambio de ciertas partes íntimas del cuerpo de los infusorios, lo que da por resultado un rejuvenecimiento completo de esos seres. A partir de ese acto, que se compara a un fenómeno de fecundación, los infusorios recobran su aspecto normal y tornan a ser capaces de reproducirse otra vez por división, una porción de veces.

M. Maupas pensaba que ese agotamiento periódico que precede al acoplamiento, es un ejemplo de degeneración senil de los infusorios; otros lo interpretaban como un caso de muerte natural. Pero esta opinión es incompatible con el rejuvenecimiento que sigue al acto de acoplamiento, cuando este último no se produce, acarreando en consecuencia la muerte de los infusorios agotados. Esta muerte debe considerarse, según Metchnikoff, como una muerte accidental, análoga a la que podría producir la inanición.

La teoría de la inmortalidad de los organismos unicelulares, es por tales razones, casi unánimemente aceptada. Pero aún entre los animales de grado más avanzado en la escala zoológica, se pueden encontrar tipos que no presentan muerte natural.

Un botánico alemán, Naegelli (8), sostuvo ya en 1865 la idea que la muerte natural no existe en la naturaleza. Para sostener su tesis, cita árboles, llegados a una edad milenaria, que concluyen su



—No sé si Jorge sabrá que mi hermana tiene plata
—¿Ha pedido su mano?
—Sí.
—¡Entonces lo sabe!

LA AMBICION

...¡No se diga que la ambición es el vicio de las almas grandes! Constituye el carácter de un hombre bajo; es el signo más característico de un alma vil.

Sólo el deber puede conducir a la gloria: cuando ésta se debe a las intrigas de la ambición, lleva siempre la marca de la vergüenza, que deshonra; la ambición no promete los reinos del mundo y toda su gloria sino a aquellos que se arrodillan ante la iniquidad y se degradan vergonzosamente.

Siempre oirás reprobar tus bajezas en la elevación a que llegaste, tu puesto recordará a todas horas los envilecimientos por los cuales te fué dado, y los mismos títulos de tus honores y de tus dignidades se convertirán en públicos argumentos de tu ignominia.

En el ánimo del ambicioso, el buen éxito cubre la vergüenza de los medios, quiere elevarse, y cuanto le ayuda a subir, es la sola gloria que busca: considera como virtud de novelas o de comedias aquella virtud romana que nada quería sino lo que fuese premio y galardón de la probidad, del honor y de los servicios prestados; y cree que los sentimientos elevados habrán podido formar en otros tiempos los héroes de la gloria, pero que la bajeza y el envilecimiento forman hoy los héroes de la fortuna.

MASSILLON

existencia, no por muerte natural o agotamiento de sus fuerzas, sino por una muerte accidental, una catástrofe cualquiera.

Si la muerte existe en la naturaleza, ella ha debido hacer su aparición sobre la tierra, algo más tarde que los seres vivientes. Weismann piensa que ella ha aparecido como una adaptación útil para la vida de la especie, es decir, "como una necesidad absoluta, con base en la existencia misma de la vida" (9). Como el organismo gastado no conviene ya para la proliferación y la lucha por la vida, Weismann considera que la muerte es la consecuencia de la selección natural; la muerte resulta necesaria para conservar el vigor de la especie. Pero esta innovación, según Metchnikoff, era absolutamente inútil, porque el debilitamiento del organismo envejecido hubiera bastado para eliminarlo de la lucha. La muerte ha debido surgir desde los primeros pasos de la vida sobre la tierra. Los infusorios y otros organismos inferiores, poseyendo el don de la inmortalidad inicial, debieron morir a cada instante, violentamente devorados por seres más vigorosos.

Es imposible, pues, ver en la muerte natural, si es que existe realmente, el resultado de la selección natural en favor de la especie. En el mundo exterior, esta muerte se encuentra muy raramente, comparada con la frecuencia de la muerte violenta causada, sea por las enfermedades, sea por la voracidad de los enemigos. En cuanto a los que mueren de "puro viejos", como vulgarmente se dice, la autopsia revela en ellos lesiones más o menos graves en los órganos, generalmente la infiltración calcárea de las arterias; la arterioesclerosis, lo cual permite suponer que aún ahí se trata de muerte violenta, ocasionada en la generalidad de los casos por intoxicaciones internas o por microbios infecciosos.

Se indicó hace tiempo que únicamente los elementos que intervienen para la vida individual pueden sufrir la muerte natural. Las células, en cambio, que aseguran la reproducción de la especie, están dotadas de inmortalidad, como los organismos unicelualres. El óvulo femenino se transforma en embrión y dá origen a una nueva generación, cuyos elementos sexuales se vuelven al punto de partida de una tercera generación, y así sucesivamente. La mayoría de los óvulos y de los espermatazoides mueren, no de una muerte natural, sino a causa de influencias exteriores adversas. Una pequeña minoría de esos elementos sexuados sobrevive en las generaciones futuras. Se puede afirmar pues, científicamente, que en nuestro cuerpo existen elementos inmortales, óvulos y espermas. Como esas células están dotadas de vida propia y acusan ciertas facultades que se pueden clasificar con Haeckel (10), en la categoría de los fenómenos psíquicos, se hace posible plantear seriamente la tesis de biología fisiológica sobre la inmortalidad del alma.

La muerte natural resultaría en el hombre, pues, más bien potencial que real. La vejez, no siendo un fenómeno fisiológico, acusa caracteres indiscutibles de casualidad mórbida. En esas condiciones no es de extrañar que la vida acabe con la muerte accidental. Pero también ocurre que la muerte sea natural tratándose de un hombre de mucha edad. Burggraeve (11) y Flourens (12) intentaron determinar el límite de la vida, basados sobre la duración del crecimiento. Transcribimos la opinión de este último al respecto: "La vie suculaire, voila ce que la Providence a voulu donner a l'homme. Peu d'hommes il est vrai, arrivent a ce grand terme; mais combien peu d'hommes font — ils ce que' il faudrait faire pour y arriver! Avec nos moeurs, nos passions, nos miseres, l'homme no meurt pas, il se tue".

Metchnikoff (13) opina que ese límite está por arriba de los cien años, y agrega que el hombre, a causa de las desarmonías fundamentales de la naturaleza, no sigue su desarrollo normal. La primera parte de la vida se desenvuelve sin mayores inconvenientes, pero a partir de la edad adulta, nuestro desarrollo se desvía hacia una vejez prematura y patológica, y termina por una muerte precoz y anormal. El fin natural de la existencia, sería, en vez, cumplir el ciclo completo y fisiológico de la vida, con una vejez normal que si se acompañara de la pérdida del instinto de la vida y la aparición, en cambio, del instinto de la muerte natural. Esta fórmula fisiológica de la vida humana pienso que está dentro de los recursos científicos de la biología, y será, indiscutiblemente, una de sus mejores conquistas.

La moral biológica, en ese sentido, debe fundarse antes que sobre la naturaleza humana viciada, tal como la observamos hoy, sobre la naturaleza humana ideal, en el devenir de perfección que ambicionamos para ella. Ese mejoramiento de la naturaleza humana, obliga ante todo a profundizar su conocimiento y ahondar su estudio. No se puede intentar ninguna modificación de la vejez actual, patológica en el más alto grado, en vejez fisiológica y normal, mientras no se conozca perfectamente su mecanismo íntimo. La primera práctica a adoptar con ese fin, es el examen de los órganos de ancianos fallecidos, práctica que se resuelve, según Metchnikoff, imponiendo sistemáticamente la autopsia de todos los cadáveres de ancianos. Por que se comprende — observa, que sin ese medio de verificación es casi imposible estudiar la degeneración senil en el hombre, y buscar los medios de impedirla, posiblemente con sueros obtenidos por inyección de emulsiones de órganos humanos. Por su parte, G. Marinesco, el ilustre profesor rumano que nos ha visitado recientemente, glosando la frase de Crevrenil, "la moderación en todo", y reconociendo con Claudio Bernard, hasta donde abreviamos nuestra existencia, "pues que no morimos, sino que nos matamos", aconseja una mejor disciplina higiénica, física, moral e intelectual, para prolongar el límite fisiológico de la vida. Negándole al "rejuvenecimiento", desde Brown Sequard, Voronoff y Doppler, toda realidad científica, en razón de que "todos los fenómenos biológicos son irreversibles", cree que se debe a nuestra defectuosa organización social, que envejezcamos prematuramente. Por lo tanto, ahí reside el secreto para la conservación de nuestro "divino tesoro"...En no destruirnos con toxinas alimenticias y falsos excitantes, café, tabaco, alcohol, etc., en disciplinar el desgaste nervioso que conduce al "surmenage", naurastenias y psicosis diversas, en ordenar la vida, de modo que su plenitud nos dé sensación de una larga juventud...

Enrique FEINMANN

---

(1) Condorcet: Esquisse d'un tableau historique des progres de l'esprit humaine. Pág. 368. — París 1797.
(2) Ch. Robin: Elements anatomiques.
(3) Ch. Letorneau: La Biologie. París 1871.
(4) Buetchli y Weismann: Ueber die Dauer des Lebens, Jena 1862. — Aufsatze uber Veserbungm, Jena 1862. — Paágs. 1 y 123.
(5) Gotte: Ueber des Ursprung des Todes. — 1893.
(6) Elie Metchnikoff: Esaais optimistes. — París 1907.
(7) M. Maupas: Le rajeunissement Kariogenique chez les Cilies. — Archivos de Zoologie Experimentale. 1869.
(8) C. V. Naegelli: Abbaud lungen der K. Bayrischen. — Wissenschanften 1[illegible].
(9) Weismann: Uber die Dauer des Lebens, Jena 1862 — Pág. 33.
(10) Ernest Haeckel. Religión et Evolution, París 1906. — Pág. 92.
(11) Burggraeve: De la longevité humaine, París 1874.
(12) P. Flourens: De la longevité humaine, París 1860. — Pág. 32.
(13) E. Metchnikoff: Etudes sur la Nature humaine, París 1908.

LA NOVIA DEL POETA

Ya llegó la maga,
ya llegó la bella,
la que duerme al ritmo de los vendavales
o tras vaporosos encajes de niebla
oculta su rostro ridente, suave,
de bella odalisca, de virgen risueña.
Ya se siente latir en los campos
la vida que nace, que surge y despierta
al calor de la madre prolífica,
al sentir de la maga que llega
con sus besos sembrando de flores
la gaya pradera,
que madre fecunda
pero siempre virgen
es la primavera
Ya la savia recorre del árbol
las leñosas dormidas arterias;
floreció tempranillo el almendro
y el silvestre rosal de la vega
y aparece polícroma, sútil
nueva vez la clorófila intensa
con que tiñen su cáliz las flores
y las hojas nuevas
que visten el sauce,
y el polen que vuela
de instintiva ansiedad fecundante
peregrino. Sus curvas antenas
y su casco la joven crisálida
perezosa desliza en la hierba
y transforma en asáz colorística
mariposa incierta
que vuela sin rumbo
de las flores buscando la esencia,
mientras que laboriosa y avara,
incansable obrera
explorando el terruño en que vive
cargada retorna la hormiga a su celda,
y tercos como antes, los escarabajos
doblan su faena
de cambiar los detritus orgánicos
en bolas esféricas.
Al ambiente le dan su perfume
ya las clavelinas
y las violetas
y en las noches serenas de ahora
también la lucerna
sus luces fosfóricas
al insecto nocturno le presta
Todo es vida, bullicio, alegría,
rumores suaves, del aura que llega
nemorosa, grácil, cual dulce sonrisa
de olímpicas Hadas, de leves Nereidas...
Y cantan las aves
y sueña el poeta
inefables deliquios llegados
de una vida feliz, halagüeña;
pues llegó la maga,
pues llegó la bella,
pues llegó su novia
que es la primavera.

Manuel ALVAREZ JUAREZ

La catedral de San Juan el Divino, será eterna, como las pirámides

Los yanquis están construyendo en Nueva York una magnífica catedral: la de San Juan el Divino. Por esta vez no han querido batir el record, se conforman con que su catedral sea la tercera del mundo en tamaño. Dejan que la de San Pedro, en Roma, sea la primera, y la de Sevilla, la segunda.

Una de las características del grandioso templo es la doble hilera de majestuosas columnas de 98 pies de altura y su nave central, de 96 de ancho.

El estilo elegido por los arquitectos es el llamado francés del siglo XIII, del que son modelo los templos de Notre Dame, de París, de Chartres, Amiens y Reims.

¿Cuánto durará el templo más grande del Nuevo Mundo? ¿Cuántas generaciones lo podrán contemplar? ¿Cuántos siglos se mantendrá incólume, desafiando a las lluvias torrenciales, a las copiosas nevadas, a los intensos fríos, al calor tórrido, a las heladas desintegrantes?

A estas preguntas contesta uno de los arquitectos que, dentro de cinco mil años, aparecerá exactamente igual que el primer día. Su bloque de granito resistirá el desgaste del tiempo; en cinco mil años la piedra no se habrá desgastado ni siquiera veinticinco milímetros, pérdida que no sería visible ni sensible.

Esto en su exterior; en su interior sería lo mismo, pues su material es la piedra calcárea, que se endurece bajo la acción de los efectos atmosféricos. Su desgaste con los siglos será imperceptible.

Añaden los constructores que, gracias a sus condiciones arquitectónicas, al gran cuidado en su mano de obra y a la excelencia de los materiales, resistirá la influencia del tiempo mejor que los templos de la Edad Media.

En aquellos tiempos había poco dinero y se habían perdido muchos secretos de construcción, especialmente el de la fabricación del cemento, que tan duraderas había hecho las obras de los romanos. La Edad Media fué la época de la construcción con mortero y piedras pequeñas. La falta de herramientas apropiadas, la deficiencia en las canteras, los malos caminos y las dificultades en los transportes, así como la falta de capital, hacían que las construcciones no tuviesen la debida solidez y fueran causa de repetidas catástrofes.

No era raro en aquella época que la torre se viniese abajo antes de terminar el templo, y que algunas veces la obra de cantería se fuese desintegrando gradualmente, como sucedió con la torre y aguja de la antigua catedral de Chichester, que al fin se cayó a mediados del siglo XIX. Con la catedral de Ely ocurrió otro tanto. La doble arcada de la catedral de Wells hubo que reforzarla, y la preciosa torre de la de Salisbury se mantiene en pie gracias a las rápidas precauciones que se tomaron, construyendo 112 arbotantes y contrafuertes inclinados, de piedra, dentro y fuera de los muros de la catedral, más una porción de bandas de hierro para sujetar las piedras.

La aguja de 500 pies de alto de la catedral de Beauvais, en Francia, también se desplomó y también se vino abajo por dos veces la cúpula de 157 pies y medio de altura interior, destrozando el coro y los altares.

Al reconstruírla fué necesario doblar el número de las columnas, así como los contrafuertes.

Esto no puede decirse de todas las viejas catedrales, pues hay muchas que se conservan al través de los siglos tan inconmovibles como cuando se construyeron hace cinco, seis y siete siglos.

La catedral de San Juan el Divino se ha edificado con tal exactitud de cálculos, que es seguro resistá no cientos, sino miles de años. Se puede asegurar, dicen sus arquitectos, que las enormes pilastras estarán tan a plomo dentro de mil años como lo están hoy día. La cúpula, altísima, y la hermosa nave central, no hay peligro que puedan desintegrarse ni desnivelarse. Jamás podrán tener efecto alguno en las macizas moles de sus fuertes arbotantes.

En lo que a los materiales se refiere, la gran catedral protestante de Nueva York puede decirse que es un alarde de piedra.

Si comparamos los pilares de la catedral de Gloucester, construída en el año 1100, con la de San Juan, veremos que los constructores de aquel templo normando del siglo XII, como los de otros templos de la Edad Media, no son todos de piedra maciza, sino una especie de tubos de piedra de unos 25 centímetros de espesor, rellenos de cascote mezclado con mortero.

Con el tiempo, el mortero se desintegraba con frecuencia; el centro del pilar perdía sus cualidades de resistencia, y todo el peso del templo actuaba sobre la envoltura de piedra que acababa por resquebrajarse y amenazar ruina.

Esto ocurría con las columnas que sostienen la cúpula de la catedral de San Pablo, en Londres, las que ha habido que reforzar inyectando cemento líquido, a gran presión, en su interior.

Las enormes pilastras de San Juan se componen de dos materiales: piedra caliza la envoltura exterior, y el interior está formado por bloques macizos de granito, cada uno de los cuales pesa de cinco y media a siete toneladas.

La envoltura exterior está formada por piedras calizas escogidas, de varias toneladas de peso cada una y unidas por excelente cemento y fuertes grapas de hierro galvanizado.

La misma combinación de piedra granítica y calcárea excelente, de insuperable cemento y fuerte hierro, forman el resto de la estructura de la ya famosa catedral que se cree ha de durar tanto como las célebres pirámides de Egipto.

Anda... anda!

Es un vivir apresurado el nuestro, Vorágine impetuosa que mutila nuestra voluntad y nos absorbe con sus fauces insaciables, es la vida. Nosotros somos los peregrinos, los Ashaverus de la leyenda bíblica que nos agitamos sin cesar, solicitados por cien atenciones, por múltiples peligros, por desconocidas asechanzas. Sudorosa y fatigada, ahí va la doliente caravana. Y cuando llega al oasis, tras la penosa jornada a través del yermo arenal, bajo un sol de fuego; cuando quiere detenerse para apurar en sorbos glotones la frescura del ambiente y la amable perspectiva de la Naturaleza, un soplo de tempestad, una fuerza desconocida, la obligan a cargar sus pesadas alforjas de peregrino, la obligan a marchar... Anda... Anda...!

No tenemos noción del tiempo. El nos roza con sus alas invisibles, nos aletarga con el opio de los sueños o estremece nuestros nervios con el latigazo del dolor...

Esto es todo. ¿Qué hemos hecho durante el día de hoy? ¡A qué hora precisa hemos recibido el saludo del que fuera nuestro compañero en los juegos infantiles y en los estudios de adolescente?

¿Notamos, acaso, la transformación que cada minuto imprime en nuestro físico, en nuestra alma, en nuestro pensamiento? Trasponemos la niñez y la adolescencia, entramos en el período de la edad madura y de repente, la vejez se derrumba sobre tus espaldas, a traición, como una mala bruja que acechara en la sombra.

Y cuando la nieve de los años haya blanqueado nuestros cabellos y el frío de la muerte comience a helarnos la médula, aun aleteará el espíritu vigoroso y fingirá mirajes la imaginación andariega.

Eterno sueño es la vida. ¡El tiempo pasa...! ¿tenemos acaso noción de las horas? Bien quisiéramos detenernos a veces; ora nos fatiga el peso de nuestras alas, ora nos aplasta el peso de una cruz. Fuerza es vivir no obstante, mezclarse en la áspera contienda, morder cien veces el polvo de la derrota y levantarse como antes, dispuesto a recomenzar.

Otros se rezagan como los pobres corderillos que se tienden para morir a la vera del zarzal, mientras el rebaño prosigue su marcha, ramoneando las yerbas del camino.

Las horas continúan en su danza vertiginosa, llevándose lo mejor de nuestra vida... Y cuando nos obsesiona la frescura del oasis y nos dejamos caer para reposar algunos instantes en paz, la voz milenaria que nos llega del fondo de los siglos, nos repite, ¡Anda... Anda!...

Y a su conjuro, echamos a andar...

Iabel CREUS

De la vida de Schumann

El gran músico alemán estuvo en su juventud comprometido con Ernestina von Ficken. Ella y el lugar nativo del músico, Asch, fueron los principales inspiradores de su "Carnaval", una de las obras que le hizo más famoso. Este amor no estaba destinado a durar mucho tiempo.

Clara Wieck era la mujer destinada para esposa del artista.

El padre de Clara se opuso de una manera terminante e imperiosa a este matrimonio, basándose en la afición a la bebida que Schumann pareció tener en su juventud, a lo escaso de sus rentas y al estado mental en que se encontraba.

Estos prejuicios de su futuro suegro eran infundados porque por aquella época la vida de Schumann era irreprochable.

Vencida la oposición paterna, Schumann y Clara se casaron y se establecieron en Léipzig, de cuya población pasaron a Dresde, aceptando después el artista el cargo de director de música de Dusseldorf.

En esta población se agudiza su estado mental. Schumann se hace irresistible como director; ensimismado se olvida en ocasiones de llevar el compás y de corregir errores.

No se da cuenta Schuman de este estado ni puede explicarse la conducta de las autoridades de Dusseldorf, las cuales, para impedir la desmoralización total de la orquesta y coros, utilizan cada vez más a su sustituto Julio Tauch, cosa que Schumann y Clara toman como deslealtad y deseo en éste de entorpecerles la vida.

Pasan los esposos entonces por momentos de angustia que culminan en un recrudecimiento de la enfermedad de Schumann, el cual, perdida totalmente su razón, es necesario recluirle en una casa de salud, donde murió en 1846 rodeado de los consuelos de su esposa que no le abandonó un momento.

PAPEL Y TINTA

"El ídolo y otros cuentos", por Fermín Estrella Gutiérrez.

Dentro de la esfera de los que cultivan el cuento, Estrella Gutiérrez, va a la vanguardia. Ya en su anterior volumen "Desamparados", su espíritu de observador se reveló inmensamente, ahora, en este reciente libro, todo aquello que pudiera haber acarreado una venda desaparece, para colocarnos al escritor revelado ampliamente como un excelente cuentista.

Estrella Gutiérrez, reune a la expresión clara y precisa, diríamos más bien al matiz que aviva la trama, la observación, lo más esencial en el cuento, porque es lo que enciende y da movimiento a los personajes.

Y no solo debemos limitarnos a reflejar la impresión que nos ha dado la lectura de esta obra, donde la gama de un estilo sobrio la realza, sino que el argumento, que es así como el armazón que ha de vestir el espíritu del escritor, acusa una originalidad, puesta al servicio de una emoción sana y noble.

Indudablemente, Estrella Gutiérrez se supera con este libro escrito con mucho corazón. Tal vez no reuna esa ironía sutil que caracterizó a France como una de las figuras más representativas de su época, porque la emoción, esa emoción que esmalta el oro de sus poemas, se dispersa en sus narraciones, de donde resulta, que sus cuentos avivan el sentimiento de los que encuentran en ellos una evocación o una tristeza.

Luego dejando a un aldo las opiniones vertidas con sinceridad, Estrella Gutiérrez, es un pintor exacto de lo que ve, de ahí la similitud de los pasajes observados a las descripciones, las cuales, bien reflejadas, llevan al lector con interés, por esos lugares que cita el escritor.

Estrella Gutiérrez, con este nuevo libro se supera y da más realce a su personalidad de excelente poeta.

F. B. V.

"Vendimias líricas", por Antonio de la Torre.

No deja de ser simpática la producción de este joven poeta, que, ya en un libro anterior, reunió sus estados de alma, aunque no en la forma que lo hace ahora, pero, que ya dejaba entrever la emotividad que se vislumbraba en su espíritu amante de la naturaleza.

De la Torre, en este segundo libro, adquiere mayor dominio en la estructura del verso y mayor fuerza de expresión, notándose, sobre todo, la frescura y el panteismo bien interpretado.

Es digno de aplauso este joven soñador, que ha educado su espíritu en la soledad de su provincia, y ha tejido sus canciones junto al arado que abre el surco fecundo. La soledad, el campo, la montaña, el viñedo, la amada, todo ésto, ha sido un incentivo para su ser ansioso de cantar siempre como un pajarillo.

"Vendimias líricas", reafirma la recien impuesta figura de este muchacho sentimental, de este poeta sereno y noble, que sin vanidades ni poses, ha venido a ofrecernos sus vendimias que tienen poéticas revelaciones, nacidas de muy adentro del corazón.

F. de M.

"Babel y el castellano", por Arturo Capdevila. — Librería "Cabaut y Cía" 1928.

Esta interesante obra se inicia con un ferviente elogio al idioma castellano. Y si no, ahí va un párrafo que lo atestigua acabadamente: "Un orgullo ha dictado este libro argentino: el de hablar castellano. Y una cosa querría patrióticamente el autor: comunicar este orgullo a toda la gente que lo habla."

Ahora, nos cabe preguntarnos, a nuestra vez, ¿era necesario escribir un libro de esta índole? Otra pregunta, ¿es cierto que peligra la riqueza idiomática, es decir, la pureza del habla castellana?

A la primera, nos aventuramos a afirmar, de que todo lo que se escriba a favor de nuestro idioma, nunca estará demás; más aún, se hace imprescindible se lo estudie en su fuente misma, para así, comprenderlo mejor.

En cuanto a la segunda pregunta, contestaremos, de que efectivamente, por una parte, se introducen giros o modismos que desnaturalizan nuestra preciosa lengua; pero, esto no quiere decir, de que estemos frente a una bancarrota. Lejos de ello. Siempre ha habido y habrá, seguramente, un grupo selecto que cuide y enriquezca la expansión del idioma castellano.

Aclarada nuestra situación en este asunto, reputamos innecesarias otras consideraciones que fortalezcan el concepto que nos merece el libro del poeta, señor Arturo Capdevila. Por ello, sólo mencionaremos, para que se informen nuestros lectores, algunos de los curiosos capítulos de que consta dicha obra. Hélos aquí: "El embrollado problema del tú y el vos"; "El tú y el vos en los clásicos"; "El tú y el vos en América"; "El idioma en la Argentina"; "Los sefardíes"; "Ey romancero sefardí", etc.

En consecuencia, "Babel y el Castellano", es un libro que debió escribirse y, por ende, ha llegado cuando más deseábamos su venida.

"Luz Crepuscular", por Raimundo San Juan Miguel.

El autor de "Luz Crepuscular", es un joven poeta que recien se inicia en las lides literarias; por consiguiente, inexperto aún en el manejo de su medio expresivo y en la elección de los motivos que más cuadren a su temperamento, hacen que sus composiciones no se destaquen con caracteres propios; vale decir, son versos que se leen agradablemente, pero carentes de personalidad.

Y, ésto es lo malo. Pues le impedirá en un futuro no lejano, el ser un valor positivo dentro de la pléyade de poetas que marchan a la vanguardia de nuestra joven generación.

El señor San Juan Miguel, debe huir de los versos que no contengan emoción.

Versos, a veces rítmicos, pero sin sugerencias poéticas, sin un aliento de vida que los vivifiquen, son nada más que versos, y no poesías.

"Luz Crepuscular", contiene trabajos en prosa y verso, que, si algunos de ellos no están exceptos de méritos, otros en cambio, no debieron ser incluídos, por las razones expuestas más adelante.

"Polémicas con Sarmiento", por Guillermo Rawson y "Conceptos Fundamentales", por Florentino Ameghino. — Librería "El Ateneo".

La Biblioteca de Grandes Escritores Argentinos, acaba de publicar dos importantes volúmenes, cuyos epígrafes encabezan estas líneas.

El primero de ellos, "Polémicas con Sarmiento", contiene algunas de las mejores páginas políticas, escritos y discursos de Rawson, reunidos por el señor Alberto Palcos. A pesar de ser de otros tiempos, las páginas aquí inesrtas, aún hoy, al leerlas, mantienen el interés y el calor que supieron suscitar en su época.

Así, por ejemplo, las sonadas polémicas de Rawson con Sarmiento, que ocupa la mayor parte de este volumen, como también los discursos pronunciados en el Senado Nacional en 1875, a propósito de un proyecto de ley de amnistía, son piezas éstas que denuncian las relevantes cualidades de un hombre de acción, auxiliado de un talento poco común en aquél pasado ya histórico para nosotros, y que, si viviera, aún se destacaría con relieves propios, en todos los círculos que le tocara actuar entonces. Pues, aparte de la multiplidad de sus conocimientos y la vivacidad de su claro talento, era dueño además, de una didáctica candente, llena de períodos arrebatadores.

Completan esta recopilación, una interesante carta dirigida, en 1873, al señor Plácido S. de Bustamante, con motivo del tratdao de alianza ofensiva y defensiva celebrado por el gobierno Argentino con las Repúblicas del Perú y Bolivia, y otra, dirigida a un caballero de los Estados Unidos, etc.

En otro número de esta Biblioteca, anuncia su director, señor Palcos, se publicará una selección de sus escritos científicos, en donde el médico, el higienista y el sociólogo se dan la mano con el hombre de corazón y el político prudente.

Con respecto al tomo XVI, de esta misma Biblioteca, o sea, "Conceptos Fundamentales", por Ameghino, no nos resta sino aplaudir el acierto de la publicación de un volumen de esta naturaleza. Pues, bajo un acápite, al parecer genérico, se agrupan eruditas conferencias de caracter científico y numerosos escritos que se relacionan con las mismas, y cuya compilación se debe al señor Alfredo J. Torcelli, de acuerdo con los textos originales en poder del mismo. Figura pues, en este tomo, la parte más popularizable de la labor de Ameghino, la que, a no dudarlo, dará clara idea de su obra de conjunto.

Entre otros meritísimos trabajos, citemos algunos de ellos. Por ejemplo: "La antigüedad del hombre en el Plata"; "La Edad de la piedra"; "Filogenia: Principios de clasificación transformista basados sobre leyes naturales y proporciones matemáticas"; "Un recuerdo a la memoria de Darwin: El transformismo considerado como ciencia exacta" y "Mi credo".

En resumen, trátase de una obra cuyos elogios nunca serían bastantes, y digna de ser divulgada.

José MAURICIO PEIXOTO

Conocimientos útiles

Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar

El poner títulos, iniciales o nombres dorados en el lomo o tapas de los libros es una empresa sencillísima y que se puede realizar en casa.

Basta para ello aplicar tres o cuatro veces clara de huevo bien batida en los sitios donde se ha de dorar; hecho esto se aplica un poco de sebo sobre un paño. y arrollando éste al extremo de un dedo, se pasa por la superficie sometida al dorado, a fin de que el oro no se adhiera sino en la parte que se desee. A renglón seguido se toma un pedazo de cartulina o papel se coge el oro en panes y se transporta al sitio de la cubierta del libro que ha de ocupar, teniendo cuidado de que la colocación sea definitiva, pues el oro se pega inmediatamente y ya no es posible el correrlo.

Ya puesto el pan de oro, se procede a su adherencia por medio de unos hierros fuertemente calentados, que lleven grabadas en relieve las letras o adornos elegidos.

El oro superfluo se quita con un poco de algodón.

Para ennegrecer por dentro las cámaras fotográficas se mezcla hollín con engrudo y se aplica con una brocha. Aunque barata esta pintura da un negro mate muy bueno sin reflejos.

Un cemento para pegar cristal, que resiste al agua y al calor, y por tanto al agua hirviendo, se hace con los siguientes ingredientes:

Litargirio	100 partes
Cerusa	50 „
Aceite de linaza cocido	3 „
Barniz copal	1 „

Se mezclan bien el litargirio y la cerusa, y por otro lado se mezclan también el aceite de linaza y el barniz. Cuando se va a pegar el cristal, reúnense ambas mezclas en proporción de 150 partes de la preparación sólida por cuatro de la líquida; se hace con ellas una pasta y se untan los trozos que hay que unir, manteniéndolos unidos lo menos durante veinticuatro horas.

Lustre impermeable para el calzado. — Derrítanse y mézclense los siguientes ingredientes:

Manteca de cerdo	120 gms.
Sebo	240 „
Trementina	60 „
Cera amarilla	60 „
Aceite de olivas	60 „

Con esta composición se frota el calzado, y luego se deja reposar, con el fin de que el cuero embeba bien el líquido, con lo que puede asegurarse que no lo penetrará la más fuerte humedad.

Las manchas producidas por el orín del hierro en la piedra se pueden quitar lavándolas con ácido hidroclorhídrico diluído en cuatro partes de agua. Después se aclaran con agua sola.

Cuando se trate de limpiar mármol debe usarse ácido oxálico disuelto en agua.

Para marcar herramientas y otros objetos de acero, se calienta ligeramente el metal y después se frota con cera hasta que ésta se deposita en una ligera capa. Entonces se graban las letras o la marca con un punzón en la cera, profundizando hasta el acero. Un poco de ácido nítrico vertido sobre lo escrito, corroe las letras y lavando después el ácido y quitando la cera con un trapo caliente, la marca aparecerá indeleblemente señalada.

El dolor de las quemaduras y escaldaduras se calma en el acto aplicándoles una mezcla a partes iguales de agua de cal y aceite común bien batida.

También se consigue alivio aplicando aceite común a la quemadura y espolvoreándola con harina, con lo cual se evita el contacto del aire.

Cuando una persona se queme, no debe tratar nunca de quitar los tejidos que cubran la parte dañada sin haberlos rociado previamente con agua fría.

Tinta para escribir sobre vidrio y metales. — Se pueden hacer dos clases de tinta, blanca o negra, según convenga, para la tinta negra se mezclan:

Silicato de sodio	2 partes
Tinta de China líquida	11 „

La tinta blanca se compone de:

Silicato de sodio	4 partes
Blanco de China o Sulfato de barita	2 „

Es preciso conservar bien tapado el frasco y para escribir emplear pluma de acero nueva.

Limpieza de los objetos bañados de plata. — El baño de plata tiene el grave inconveniente de saltar a fuerza de limpiarlo por los procedimientos generalmente empleados; la dificultad puede obviarse, sin embargo, siguiendo este método:

Disuélvase un puñado de bórax en un barreño con agua caliente y un poco de jabón; échense allí los objetos que se quieren limpiar, y déjense tres o clatro horas. Pasadas éstas, se decanta la especie de lejía que se ha formado, y en el mismo barreño se echa agua fría y clara, con la que se enjuagan los objetos, secándolos en seguida con un trapo muy suave, con el fin de no arañar el baño.

Para lavar el celuloide, se friega primeramente con jabón y luego se aclara con agua abundante Después se frota con un paño empapado en alcohol alcanforado, pasándolo siempre en el mismo sentido. De esta suerte se forma un depósito de alcanfor que hace desaparecer las manchas.

Barniz para cuadros al óleo. — Puede emplearse cualquiera de estas dos fórmulas: 360 partes de mastic del más fino, 50 de trementina de Venecia, 15 de alcanfor. 230 de aguarrás francés rectificado y 1.000 de alcohol de 96 grados. La preparación se hace al baño-maría.

La otra fórmula es la siguiente: 240 partes de mastic, 50 de trementina de Venecia y 1.000 de aguarrás. Mezclar y disolver todo.

Las teclas de los pianos amarillentas recobran su primitiva blancura cubriéndolas con una pasta espesa de zumo de limón y blanco de España, teniendo mucho cuidado de que no gotee por entre las teclas. Pasados unos minutos, se quita con un paño mojado en agua muy caliente y bien retorcido.

Para pulimentarlas puede aplicarse un poco de aceite común con ayuda de un trapo y frotarlas hasta que desaparezca todo rastro de grasa.

Procedimiento para niquelar. — Son muchas las fórmulas para niquelar, pero una de las mejores es la siguiente: Se prepara un baño de cloruro de cinc neutro y de una solución neutra de una sal de níquel, se meten los objetos que se deseen niquelar con pedacitas de cinc y se mantiene el líquido en ebullición un cierto espacio de tiempo. Los objetos permanecerán 15 minutos en el baño hirviente.

Para ennegrecer el calzado de color se lava bien con jabón y agua de sosa, se deja secar, se frota luego con una raja de patata cruda, y una vez seco se le da betún como de costumbre.

AGUAFUERTES DEL ZOOLOGICO

Rules The Waves

Al entrar llenos de soberana majestad al lago grande poblado, en triste sus formidables alabardas, parecía que los pelícanos habían lanzado un edicto: "Nadie se acerque a nosotros a menos de cincuenta metros de distancia".

Era curioso espectáculo: gallardos y blancos, navegaban espaciándose en esas aguas tranquilas, los cisnes, los insolentes "baronets" de días anteriores, que armados en corso barrían la costa y perseguían todas las aves acuáticas; ahora, capeaban lejos, en ensenadas escondidas; si las fragatas blancas ponían rumbo hacia ellos, fatigados, desencajados y chapaleando barro se retiraban en seco. Al menor aleteo de sus alas formidables temblaba ese pequeño mundos los flamencos rosados, reunidos en estrecho grupo en el promontorio más alto de una isla, miraban azorados a esos formidables armados en guerra, mientras que, las grullas pavoninas como heraldos de malas nuevas, agitando sus alas como oscuro estandarte, emitían su lamentoso grito de alerta.

Pero los nuevos señores tiranizaban sin querer a sus congéneres de vida; no habían lanzado el bando terrorífero sus alabardas, yo creo que los cisnes negros las habían creído terribles espingardas, eran como esos revólveres de juguete que se abren en abanico: los picos aquellos se convertían a cada momento en vulgares canastas de pescado. Pronto todos se dieron cuenta de que los nuevos señores no hacían mal a nadie; ya los flamencos de roja charretera se animaron a frecuentar los bajos fondos; ya las cuadrillas de patitos veloces y zambullidores paseaban a tiro de esos que parecían cañones y que no tronaban. Muy pronto los cisnes botaron otra vez al agua sus embarcaciones tan pesadas en tierra, tan esbeltas en la laguna; y de aquí que en el tercer día, esas fragatas tan temidas cuarenta y ocho horas antes, quedaban un tanto indecisas y nerviosas en el medio del lago rodeadas y diré casi bloqueadas por todos aquéllos que perdían de momento en momento la desconfianza y hasta encerraban el círculo de un modo harto inquietante.

La gula fué quien los desconceptuó por completo: llamados a la costa por el guardián, que los provee de cuatro kilos diarios de pescado, dieron el más pobre espectáculo a todas las escuadras que presenciaban el acto: como gaviotas vulgares se hartaron, vomitaron como Vitelio emperador la gran comida y las naves que venían haciendo lo que ahora se llama una demostración de escuadras aliadas se convencieron aún más de la decadencia de esos señores de aspecto formidable y su imperio sobre las aguas se deshizo desde ese momento. Por más de un día no les fué ya permitido navegar; pacientes los pelícanos emplearon esas horas de desarme forzoso en limpiar sus carenas, en destruir los insectos de su cuerpo: para eso sus alabardas no tenían precio. Pudieron al fin entrar en la laguna, pero sus paseos son ya reducidos de espacio y de tiempo, pues los cisnes bancos y los negros han vuelto a sus prepotentes insolencias de antaño y armados en corso siguen siendo los dueños de ese pequeño mar.

Clemente ONELLI

Notas cinematográficas

Match Tunney - Heeney. — La casa Max Glucksmann, acaba de recibir la película del match de box por el campeonato mundial, efectuado recientemente en el Yankee Stadium, de Nueva York.

Como se sabe, en este encuentro que despertó la expectativa mundial, Gene Tunney, el campeón de peso pesado del mundo, tuvo que defender su título contra Tom Heeney, el campeón de Nueva Zelandia, figura que surgió rápidamente en el mundo del boxeo hasta llegar a ser el más temible adversario del campeón mundial.

Demás está recordar aquí, las emocionantes alternativas del match, pues oportunamente el telégrafo fué dando detalles de la lucha. La película que la casa Max Glucksmann ofrece ahora, es la oficial, y todos esos detalles están registrados en forma magistral, pues para que las vistas fueran lo más completas y nítidas posible, se distribuyeron operadores cinematográficos de los más expertos en todos los ángulos del estadio.

Así, pues, con esta película los entendidos podrán seguir minuciosamente la técnica y el estilo de los contendientes y el público tendrá ante sus ojos el espectáculo deportivo más emocionante del año.

Además, el film ofrece escenas pintorescas del entrenamiento de los campeones, detalles de la expectativa pública, que despertó el match, y todos los detalles, en fin, concernientes a los campeones y al match.

''Mademoiselle de Armentieres''. — El día 26 del mes próximo pasado, fué estrenada en los cinematógrafos de primera línea, la película, Arte Extraordinario, ''Mademoiselle de Armentieres''.

Como era de esperarsé, esta producción ha sido bien recibida, no sólo por el público en general, sinó también por los críticos en la materia, como puede deducirse de los elogiosos comentarios de la prensa de esta plaza, con motivo de su presentación. Como ha sido anunciado, esta película, se presentó con música especialmente adaptada, traída de Inglaterra, y sincronizada a la perfección con cada escena de la película. Esto ha sido una verdadera innovación entre nosotros, donde es común que se toquen aires alegres en escenas de carácter netamente dramático. La música ha gustado también muchísimo por lo original, y, aconsejamos a los numerosos exhibidores que tienen anotada la película, no dejen de aprovechar esta ocasión para dar a su público un espectáculo perfecto en todos sus puntos.

El de Forest Phonofilm, sigue tomando importancia en Inglaterra. — Entre las últimas noticias que acabamos de recibir de Londres, se nos anuncia que la De Forest Phonofilm de esa ciudad, acaba de completar ocho camiones de turismo con un dispositivo especial, que permite las exhibiciones al aire libre y a la luz del día, de películas parlantes.

Estos camiones están todos ellos equipados con aparatos de proyección De Forest, y han sido ordenados por el Partido Conservador Británico, el que piensa utilizar este medio moderno y perfecto de divulgación, para la propaganda política, con motivo de las próximas elecciones. Ya hemos manifestado con anterioridad el valor del De Forest Phonofilm, como medio de propaganda, y esta noticia, que nos llega de Londres, viene a confirmar nuestra primera opinión.

El De Forest Phonofilm, es el medio más completo para todo género de propaganda, no sólo en lo que se refiere a la política, sinó aún más, en lo que respecta al punto de vista comercial, pues con él se puede mostrar un producto, permitiendo completar esta información gráfica con las explicaciones necesarias que sólo la voz humana puede cumplir a la perfección.

''Entretelones sociales''. — La Corporación Argentina Americana de films, estrenó recientemente en los principales cines de la capital, la película de su programa Extra Arte, titulada: ''Entretelones sociales'', con Reed Howes, Mary Carr, Josephine Dunn, Lee Shunway, etc., en los roles principales.

Denny Eagan (Redd Howes), hijo de humilde familia se halla acusado de haber asesinado a B. Corlin (Frank Baken), jefe de una pandilla de ladrones de la que aquel forma parte.

Se está ventilando el proceso al iniciarse el desarrollo del film, y en él juega un papel primordial el abogado, que dentro del carácter de fiscal, sostiene el señor Norfleet (Lee Shunway), personaje conspícuo de la magistratura, el cual suena para la Gobernación del Estado.

Según éste, el asesino no es otro que Denny Eagan, pues los indicios recogidos son reveladores.

Así las cosas, todo parece aunarse en contra del sindicado como el asesino, de que muy poco parece desprenderse en su favor de las declaraciones formuladas; no hay una negativa absoluta. La existencia de una razón superior de una fuerza decisiva, parece que influyera directamente sobre las expresiones que emite en su defensa. A la altura de estas circunstancias, surge la figura delicada de la hija del fiscal (Josephine Dunn), joven de sentimientos humanitarios y cuya actuación social se halla, al decir del padre, algo empañada por las contínuas visitas que con carácter de caridad realiza a los suburbios y con preferencia a la casa de Eagan, por cuya madre (Mary Carr), siente una gran amistad y un hondo cariño.

El proceso toca a su fin. Ya todo parece conjurarse en contra de Eagan; las declaraciones de los testigos, las pruebas materiales acumuladas ya, según la autoridad, son suficientes para ajusticiar legalmente al aparentemente culpable. Ahora bien, la hija del fiscal, dispuesta a sacrificarlo todo, su reputación, su nombre, la elevación de su apellido dechado de honorabilidad en pro del hombre hacia el cual ha sentido latir su corazón, en una de las últimas sesiones del Tribunal, se presenta y hace preguntas al padre, citándolo anónimamente, diciendo que está en condiciones de probar que Eagan es inocente. Y así, revelando un pasaje quizá vedado para ella, revela al mismo padre y al mismo juez las circunstancias momentáneas en que se produjo precisamente el hecho que se está investigando.

En aquellas tuvo participación activa ella, pues, queriendo a toda costa impedir que Eagan continuase en trances difíciles, asiste a una cita fraguada precisamente por B. Corlin, con el fin de ofrecer un golpe formidable que le hubiera reportado un beneficio de un millón de pesos. En este momento oye de labios de Eagan la revelación que para ella es decisiva: ''tu proposición no me interesa. Antes es lo prometido a ella. La lucha a brazo partido después, la huída de los dos, precipitadamente. Ante esta revelación, el fiscal oye estas palabras de labios del mismo juez: ''Tu hija ha encontrado un hombre que estaba dispuesto a ser guillotinado antes de comprometer el nombre de un Norflet''. El proceso llega a su fin. Ya el verdadero asesino no le queda otro recurso que confesar, y la felicidad se cierne desde ese momento entre la hija del fiscal y el ex-procesado, rehabilitado, plenamente.

Trátase, en fin, de un film bellamente concebido y realizado con mano firme y avezada.

''La sirena de los trópicos'', por Josefina Baker. — Josefina Baker, ha triunfado en toda línea. Su labor en la película ''La sirena de los trópicos'', que con tanto éxito ha estrenado Selección Golpe Film, ha sido la consagración, como estrella de la pantalla, de la Venus Negra.

"La sirena de los trópicos" ha llegado a interesar poderosamente al público, llenando las salas donde se exhibió. Y es que las aventuras en que es intérprete Josefina Baker, tienen emoción que comunica la dulzura y el colorido de su alma popular y de su sencilla naturaleza negra.

La película que nos ha ofrecido la Selección Golpe Film, con tan singular protagonista, es sin duda alguna interesantísima, de realización perfecta, y además, muy humana. Refleja un poco la propia vida de la diosa del chárleston y de su laboriosa carrera artística.

Ahí está patente la diabólica Josefina, la única mujer negra que ha logrado en la historia del mundo, imperar su beldad, nada menos que en la propia capital universal de la belleza.

PASA ASI...

Inquieta flor de transparente seda
Con dos frágiles alas adornada,
Cual un juego de luces que remeda
Las hojas de una rosa inmaculada.

Surca los aires rauda, en fuga leda;
Posa en una corola perfumada,
Liba su néctar y tranquila queda;
Muere, se torna en polvo, luego... ¡nada!

Su vida fué el instante de una aurora,
Pobre flor, por su lumbre fué atraída,
Y muere tras el día presurosa!

Pasa así la ilusión, hora tras hora,
Como lumbre fugaz para la vida,
Como virgen y blanca mariposa!

Francisco A. ROSITO

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: CERRITO, 607 — **BUENOS AIRES**

De 9 a 12 y de 14 a 18 — U. T. Mayo 1899
Sábados: de 9 a 12

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el Exterior
Trimestre . $ 2.50	Trimestre . $ 3.00	Trimestre $ oro 2.00
Semestre . „ 5.00	Semestre . „ 6.00	Semestre „ oro 4.00
Año . . . „ 9.00	Año . . . „ 11.00	Año . . . „ oro 8.00
N.o suelto . „ 0.20	N.o suelto . „ 0.25	
N.° atrasado „ 0.40	N.° atrasado „ 0.50	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLÍFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

N.o 32 — CHARADA

Tres una mi corazón
a *todo* con embeleso,
y no *tres quinta seis* mi ra-(zón
el modo de darle un beso.
Me rompo la *cuarta prima*
pensando cómo besarla,
y de qué modo llevarla
a un cinema de la esquina.
Aunque de mí se *dos tres*,
yo persisto en mi capricho,
pues hasta que sea Camicho
para mi triunfo obtener.
Tiene una *cinco tercera*
que la cuida con afán,
mas mi alma no desespera
y ha de ser mía por ¡San (Juan!
Si no consigo llevar
todo donde yo quiero,
juro que me he de ahogar
en una *cinco seis* de acero.
Y aunque mi cocinera,
que su nombre es *tercia seis*,
se oponga a que yo me mue-(ra.
prometo que lo he de hacer.
Mi *todo*, que adivinar
buen trabajo has de tener,
son dos nombres de mujer
que unidos suelen llevar.
Para poder acertar
mi charada fácilmente,
escúchame lo siguiente:
Busca en Reinas y hallarás
esos dos nombres unidos,
que en una, al haber nacido,
fué su nombre bautismal.

N.o 33 — JEROGLIFICO

A NEGRO

NOTA.... (invertido)

N.o 34 — COMPRIMIDO

S (invertido)

S O

DOMINGO

N.o 35 — JEROGLIFICO

A 100 A

CIA

N.o 36 — CHARADA

—Me ha dicho tu madre que como te muevas de la *prima segunda tercia prima tercia prima tercia*.

—Y además puede que te encuentres con algún *todo*.

N.o 37 — JEROGLIFICO

L

N.o 38 — COMPRIMIDO

T A

N.o 39 — TARJETA

Ponga Riel

Con las letras que forman esta tarjeta formar el nombre y apellido de una muy nombrada estrella de cine.

SOLUCIONES DEL NUM. ANTERIOR

N.o 22—Coloso.
„ 23—Por razones reservadas.
„ 24—Federico.
„ 25—Cero a la izquierda.
„ 26—Una larga jornada.
„ 27—Adela.
„ 28—Inmigrante.
„ 29—Unos entredoses.
„ 30—Se quitó de enmedio.
„ 31—Rodolfo Valentino.

EXTRAÑAS COSTUMBRES DE UNA TRIBU INDIA

En los inmensos bosques de la isla de Sumatra, India Oriental, habitan ciertas tribus salvajes, conocidas por el nombre de Batachi-Karos.

Estos salvajes, que son en número más de 20.000, dependen todos de un jefe supremo, elegido por los cabezas de familia y acatado por todos.

Sus costumbres son pacíficas, sus leyes, primitivas, pero buenas; la hospitalidad es para ellos algo muy sagrado, tanto que si un blanco se arriesga a entrar en sus dominios no debe temer nada. Es recibido y tratado como un dios, le ofrecen cuanto de mejor poseen y es agasajado constantemente.

Pero ¡ay del blanco que no correspondiese o que no respetase debidamente a sus mujeres! Serían capaces de hacerle pedazos, según dice el famoso explorador belga M. I. Claine, que en 1895, pasó algunos meses en aquellas regiones.

Los hombres trabajan la corteza de los árboles, que emplean para la fabricacion de objetos decorativos y de uso doméstico.

Las mujeres se dedican a tejer y a teñir telas, que son muy apreciadas en la India. Los que por poseer un espíritu más inquieto no se contentan con los encantos de una vida sedentaria, se consagran a la caza del elefante y del rinoceronte, que abundan todavía en la parte meridional de Sumatra. Su sistema de caza es muy característico; empiezan por hacer en la tierra, en el lugar por donde suelen pasar los paquidermos, grandes excavaciones, que cubren luego y disimulan del mejor modo posible, con objeto de engañar a los animales, generalmente muy desconfiados. Estos pasan, caen en la cueva, de la que no pueden moverse, y su captura resulta facilísima.

Dedícanse también los indígenas a la extracción del alcanfor arábigo, que es el producto de la cristalización de la resina en cierta especie de árboles y que es empleada en la India para la fabricación de objetos artísticos muy especialmente para embalsamar cadáveres.

Una particularidad muy curiosa es, que a diferencia de los demás salvajes que son analfabetos, éstos saben leer y escribir y componen a su modo poesías que tienen por tema el amor y que, según parece, son de una delicada inspiración.

Cuando uno de la tribu muere, sus despojos son inmediatamente expuestos al sol y permanecen a la intemperie hasta que su descomposición sea completa. A los huesos que han quedado se les da solemne sepultura entre plegarias y ritos extraños. El cráneo no se entierra. La familia del muerto lo guarda y venera como preciosa reliquia.

El culto por los difuntos es considerado como algo sumamente sagrado. ¡Pobre del que osase insultar a uno de ellos! Entre los Batachi-Karos existe la creencia de que la muerte purifica al más malvado. En una de las leyes que están grabadas en planchas de madera y conservadas en el "Quiosco de la Justicia", está escrito que "el pecado se deriva del peso de la materia", y que "el espíritu siempre es puro".

Por lo tanto, cuando uno se muere, la creencia popular es que "las culpas que hubiere podido tener en vida se destruyen al mismo tiempo que la carne, y el espíritu, libre ya de toda impureza, se eleva hasta las altas regiones donde los astros brillan, para proteger desde allí a los que quedan".

Una de las más extrañas costumbres de esta tribu es la veneración, rayana en la idolatría, que existe por los labios del muerto, especialmente por los de los de los más elevados en jerarquía, y, sobre todo, por los del jefe supremo.

De vuelta de su larga expedición el antes citado explorador, I. Clayne, trajo un brazalete de plata, cuyo interior contenía unos labios disecados. El brazalete en cuestión le había sido regalado por el jefe de la tribu para testimoniarle, con el presente que para ellos constituía el más preciado amuleto, la gran deferencia y adhesión suya y del pueblo. Al tiempo de regalárselo pronunciaba profundamente conmovido, las siguientes palabras: "La fortuna te acompañará todos los días de tu vida, y la felicidad no se separará un momento de ti, te asistirá durante el sueño y se sonreirá cuando despiertes. Yo te entrego, Rostro pálido, la prenda segura de la dicha en este mundo. Así lo juran los labios que aquí se encierran... ¡Acuérdate!"

TEATROS

"JUANA AZURDUY", EN EL NACIONAL

Era hasta ahora campo predilecto de operaciones para los cultivadores del teatro poético, la época de Rosas, que ya cuenta con una producción abundante, tanto literaria como histórica, que facilita cualquier trabajo de esta índole y que ya tiene en el público un ambiente propicio para la apreciación y comprensión de un conflicto planteado sobre la base del ambiente nacional en aquella época.

Sin embargo, los autores de la pieza del epígrafe, señores Adriano Díaz Olazábal y Juan A. Caruso han preferido espigar en otro campo y lo han hecho con fortuna. La figura de la protagonista no es, ciertamente, un tipo popular para el gran público, ni siquiera es una heroína argentina, si bien tuvo una destacada actuación en las luchas por la independencia y el grado militar de que hacía gala le fué conferido por las autoridades de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

Claro está, que la pieza radica su conflicto básico en una intriga de amor de la que es protagonista la misma Juana Azurduy, desarrollándose las escenas en el ambiente bélico en que se maduró la personalidad de la ilustre capitana.

No se ha observado una absoluta fidelidad histórica, pero ello se hace disculpable porque no se limita la acción a un grupo de personajes de realidad conocida, sino que entre ellos han sido mezclados otros de carácter poemático, necesarios para dar solidez y vivacidad al argumento.

El conjunto resulta interesante. Se logra dar también una nota colorista y emocional, destacando debidamente la simpática figura de la protagonista, a través de las terribles vicisitudes en que la colocan lós encontrados sentimientos que luchan en su corazón.

El verso es sonoro y fluído, bien adaptado a las diversas situaciones del poema.

La interpretación resultó un poco fría, tal vez por falta de seguridad de los actores en su respectivo papel.

"ANGELO GAMBA, NO ES UN OTARIO", EN EL COMICO

Para beneficio del primer actor Luis Arata, fué estrenada esta pieza de Bertonasco y Martignone, en la que se nos presenta bajo aspectos puramente festivos, sin otra pretensión que la de divertir al auditorio, el drama de un pobre hombre que ha vivido una vida miserable haciendo creer a su gente que no disponía de recursos, mientras ahorraba cuanto podía para procurarse una vejez tranquila. Cuando ya ha consolidado una cantidad considerable, cae en manos de unos estafadores que por procedimientos ingenuos le arrebatan el fruto de sus sacrificios. Todo esto resulta muy divertido en escena, por más que los autores no dan muestras de ningún ingenio, pero es innegable que la gente se ríe.

Arata, que conoce a su público, quiso en las postremerías de su temporada dejarlo contento y a fe que lo logró con su labor graciosa, en todo momento. El beneficiado fué objeto de vivas demostraciones de simpatía, recibiendo obsequios y aplausos en cantidad.

"¡QUE DIRAN NUESTRAS RELACIONES!", EN EL LICEO

La cooperativa que dirige Pierina Dealessi en el Liceo, ha estrenado esta pieza de Malfati y Ballestero, con buen éxito.

Sin gran originalidad en cuanto al conflicto básico, se explotan en esta pieza las situaciones a que da origen una enemistad familiar o, mejor dicho, entre dos familias, cuyo antagonismo termina en tres matrimonios.

El público recibió con aplauso esta producción siguiendo con interés las escenas, renderas en su mayoría. La nota sentimental está tocada levemente y con acierto, contribuyendo a dar una buena impresión de conjunto.

Los elementos de Pierina Dealessi se afanaron por dar a la obra una interpretación esmerada, lográndolo plenamente. Merecen mención, además de la primera figura citada, la actriz Vargas y los actores Zárate y Bello.

EL ULTIMO ESTRENO

Se anunciaba como último estreno de la temporada de Roberto Casaux, en el Nuevo, al pieza de Julio F. Escobar titulada "Lágrimas de cocodrillo", de la que nos ocuparemos en el número próximo.

LA OPERETA ITALIANA

En el Politeama continúa el éxito de la compañía Siddivó, que ha demostrado lo que al público le gusta el género, cuando el elenco es discreto, la presentación de buen gusto y las obras interesantes.

Nos ocuparemos próximamente del estreno de una novedad del maestro Lombardo titulada "Chinchilla".

CARTEL FIJO

Desde hace varias semanas, los programas del Smart podrían servir de un día para otro sin cambiarle más que la fecha y la cantidad de representaciones de las dos obras que se vienen dando allí con singular éxito: "El teniente Peñaloza", que pasó las trescientas y sigue disfrutando de buena salud y "Nos cayó de arriba un cura" también muy afortunada.

"COSAS DE LA VIDA", EN EL AVENIDA

La compañía que tiene por primorísima figura a la actriz mejicana María Terosa Montoya, puso en escena con motivo del aniversario de la independencia de México, la comedia en tres actos "Cosas de la vida", de María Luisa Ocampo, escritora que goza de justo renombre en aquel país.

Estamos acostumbrados a apreciar la producción literaria femenina y ¿por qué no decirlo? a descontar los escasos méritos que, en el teatro, viene revelando entre nosotros la mujer que escribe. Por lo común, la obra escénica femenina es una expresión de cursilería sentimental. Diríase que el teatro no es género, propicio a la actividad literaria de la mujer. Al menos, así lo han demostrado nuestras escritoras más sobresalientes en otros campos.

Ante la comedia de la Srta. Ocampo, cabe hacer una excepción. Es la suya, salvo el título, que pudo ser mejor, una obra interesante, bien desarrollada, con calor de humanidad y situaciones de fuerza dramática indiscutible. Un asunto viejo, harto conocido, en manos de la comediógrafa mejicana toma carta de ciudadanía artística y se hace escuchar con creciente interés. Ha bordeado la autora, con plausible discreción, los peligros de caer en la cursilería más ñoña, salvando con acierto su trabajo y dándole una cariz de novedad.

Gira el argumento en torno de la situación de la mujer engañada por un aristócrata ambicioso, que procura trepar a altas posiciones políticas. Rechazada Luisa, que así se llama la heroína, por el egoísmo y desamor del seductor, se resuelve a rehacer su vida consagrándola integrante al hijo del pecado. Y cuando aquél, derrotado en sus ambiciones, vuelve los ojos a Luisa, ésta, armada de dignidad femenina, fuerte en su dolor, le rechaza enérgicamente, prefiriendo cerrar su corazón al amor del hombre que la deshonró y vivir para su hijo.

Tiene la pieza bien logrados efectos y llega al público el dolor de la protagonista, que tuvo una eximia encarnación en la Montoya, actriz que le dió al personaje extraordinario relieve. El público aplaudió largamente "Cosas de la vida", sancionando un éxito merecido y doblemente simpático, por la fecha que se conmemoraba y la circunstancia de coincidir con el estreno, para nuestro público, de una producción de valores debida a la pluma de una escritora mexicana que promete mucho en la obra de creación de un teatro propio en su país.

"UN PADRE EN BUSCA DE SEIS HIJAS"

Con este título ha estrenado en el Buenos Aires un gracioso juguete cómico el popular autor don Julio F. Escobar, quien ha declarado en los programas que el asunto le fué inspirado por una obra de Felipe Trigo. A pesar de tratarse de un juguete. "Un padre en busca de seis hijas" es una piecita divertida, interesante, con situaciones cómicas bien aprovechadas por el diestro autor que hay en el Sr. Escobar, cuya experiencia escénica y dotes de ironista le permiten sacar partido de escenas y momentos que se prestan para provocar la hilaridad. Muiño y sus compañeros dieron relieve a a obra, que fué aplaudida.

Anuncia la compañía que serán los primeros estrenos "Compadrón y guitarrero", de Alberto Godel, y "Era un malevo buen mozo", de Trongé.

BENEFICIOS A TODO PASTO

Ya por finalizar las temporadas, las comedias empiezan a realizar funciones en honor y beneficio de sus primeras figuras. Matilde Rivera y Enrique De Rosas rompieron el fuego beneficiándose, en una función que reafirmó los prestigios que tienen dichos artistas y el cariño que les profesa el público. Ambos fueron muy agasajados. Con posterioridad, se consagró una "serata d'onore" a Evita Franco y José Franco, actores que con aquéllos constituyen las figuras más interesantes del elenco. El público celebró con largas manifestaciones a Evita, sobre todo, que tanto viene sobresaliendo en las últimas temporadas.

PARRAVICINI

La nueva producción de Hicken, "El harén de don Florencio", ha logrado gran aceptación en el Argentino, donde Parra hace florecer sonoras carcajadas todas las noches. Parece que ese harén multiplica sus mujeres más y más...

MADAME PAGANO

La última pieza de Berrutti, y "Pulgarcito", de Beltrán y Riese, se sostienen en el cartel del Ideal, gustando las dos "in crescendo". "Pulgarcito", bien lograda pieza para niños, entusiasma al menudo auditorio que llena la sala en las funciones de "matinée".

ZARZUELA

La única compañía de zarzuela que funciona en Buenos Aires, se defiende espartanamente de la competencia bataclánica y del género chico criollo. Desfilan por las carteleras del Mayo las producciones del género más celebradas otrora y siempre hay gente que gusta estimular las cosas que ¡ay! en otro tiempo eran el disloque del público. Quiera Dios que resucite el buen gusto y se eclipse el bataclán...

GRAND SPLENDID

Tanto las "matinées" como las veladas de los domingos, constituyen espectáculos de gran relieve en esta regia sala de la calle Santa Fe, administrada con singular acierto por el Sr. Carbone.

Para esta semana, primera de primavera, el cartel incluirá bellas películas cuyo solo anuncio ha despertado interés en el núcleo de familias de la aristocracia porteña que ha erigido en su favorita a esta sala magnífica.

CAPITOL

Continúa pasándose "La última orden", película que evoca el movimiento revolucionario ruso y contiene episodios impresionantes, pocas veces llevados con mejor fortuna a la pantalla.

GLORIA

La bonita sala de la avenida de Mayo, que tiene en don Marcos Sánchez un excelente administrador, tendrá en esta semana un programa de todo punto atrayente, ya que lo constituyen películas seleccionadas donde se alternan lo cómico y lo dramático con indiscutible acierto. Puede predecirse, pues, el éxito de sus funciones.

PARC

El confortable cine de Palermo que más prestigio tiene entre las familias de las circunscripciones de Las Heras y Palermo, continúa atrayendo mucho público, en razón de las bellas producciones que incluye en su cartel, siempre bien organizado.

AVENTURAS DE PIPIRI



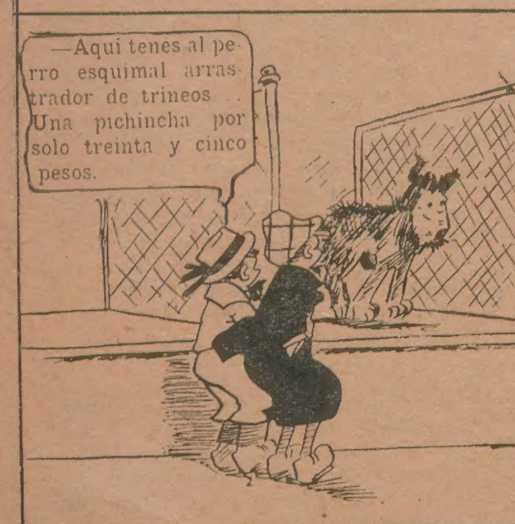






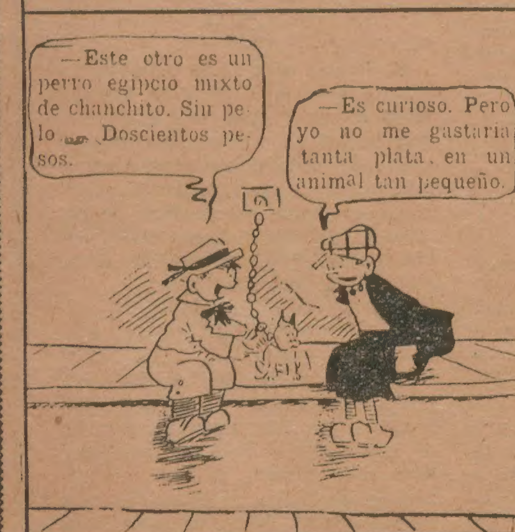


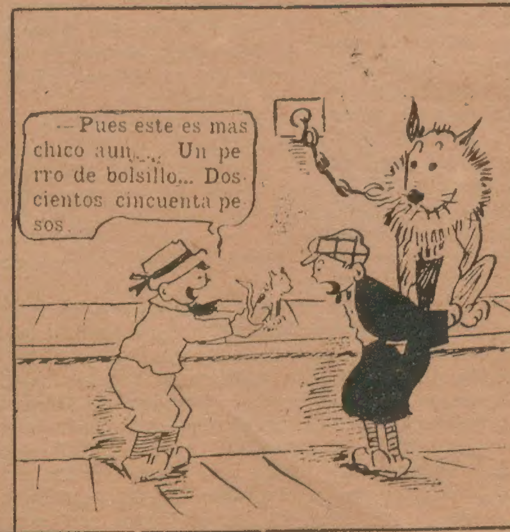










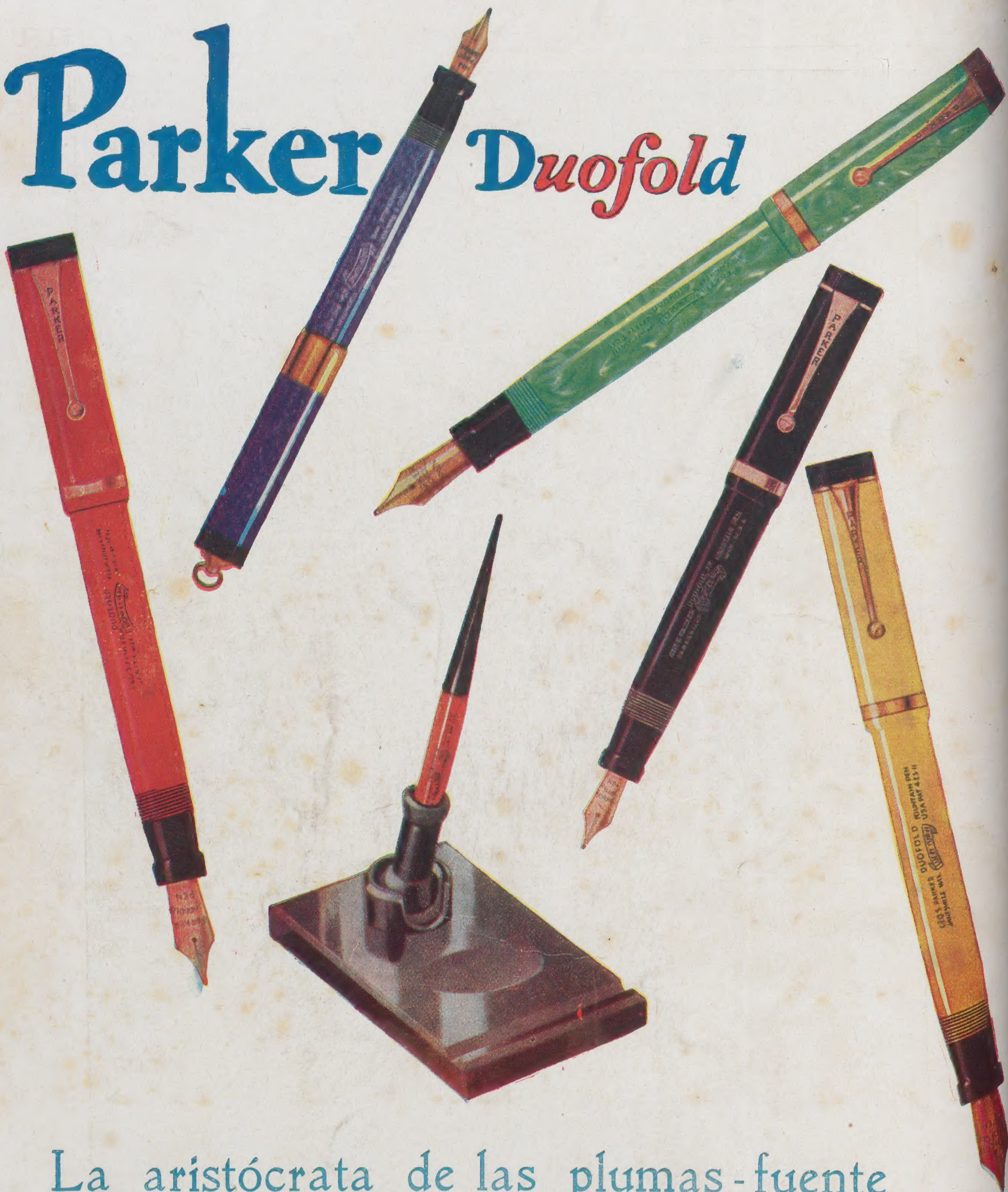




Ultimas creaciones de la moda femenina



Vestidos sastre. — 1 — Modelos Zinunermann — Conjunto para la tarde, compuesto de un traje cuya parte superior está confeccionada con crespón de China rosa, botonado de cristal y de una falda de ''fulgurante'' color negro. — Chaqueta de crespón de China rosa finamente presillado con cordoncillos de seda negra. — 2 — Vestido sastre clásico confeccionado en tela cuadriculada de tonos gris mezclados. Chaleco de ''reps'' de seda color crema. — 3 — Traje de dos piezas o sea una chaqueta y una falda de ''popeline'' color azul marino, guarnecido con motivos bordados en coral sobre fondo rosa .



La aristócrata de las plumas-fuente

UNICOS DISTRIBUIDORES:

THE RIVER PLATE SUPPLY Co.

769 - Moreno - 775 38 - Mayo - 2815 Buenos Aires

Agente Exclusivo en el Uruguay: **Pablo Ferrando. Sarandí 675. Montevideo.**

A. García y Cía., Perú 1746